

CUADERNOS

HISPANOAMERICANOS



MADRID 32
AGOSTO, 1952

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

32

AGOSTO 1952

En el presente número destacan, en su «Brújula del pensamiento», los trabajos de García Valdecasas, *Arma Virunque*; el de Fernández Carvajal, *Los niños*, poemas; el de Ricardo Guillón, sobre el pintor Willi Baumeister y el Anceschi *Ezra Pound y el humanismo poético americano*. La «Brújula de actualidad» aparece dividida en cinco amplias secciones: *El latido de Europa*, *A remo hacia las Indias y España en su tiempo*, «Bibliografía y notas» y «Asteriscos». En las páginas de color, *¿Adónde va Europa?*, un trabajo de J. L. Dumontier Beroulet; *Pasión y muerte de la juventud francesa*, Robert Brasillac. Ilustran el número dibujos inéditos del pintor español Ismael Moreno.

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

REVISTA MENSUAL DE CULTURA HISPANICA

«Cuadernos Hispanoamericanos» solicita especialmente sus colaboraciones y no mantiene correspondencia sobre trabajos que se le envían espontáneamente. Su contenido puede reproducirse en su totalidad o en fragmentos, siempre que se indique la procedencia. La Dirección de la Revista no se identifica con las opiniones que los autores expresen en sus trabajos respectivos.

«Cuadernos Hispanoamericanos» es una revista mensual de cultura hispánica, cuyo fin pretende recoger objetivamente la realidad cultural de Hispanoamérica, interpretando al propio tiempo la cultura europea según un criterio hispánico. El economista, el sociólogo, el universitario, el poeta, el filósofo, el historiador de América, contribuyen desde sus páginas al conocimiento mutuo y al intercambio cultural entre todos los países de lengua castellana.

CORRESPONSALES DE EDICIONES MUNDO HISPANICO

ARGENTINA: Queromón Editores, S. R. L. Oro, 2455. *Buenos Aires*.—BÉLGICA: Juan Bautista Ortega Cabrelles, 42, rue D'Arenberg. *Bruselas*. - Agence Messageries de la Presse. Rue Du Persil, 14 a 22. *Bruselas*.—BRASIL: Livraria Luso-Espanhola e Brasileira. Av. 13 maio 23, 4.º Edifício Darke. *Río de Janeiro*. CANADÁ: Comptoir au Bon Livre. 3703 Avda. Dupuis, angle Ch. de la Côte des Neiges. *Montreal*.—COLOMBIA: Librería Nacional Limitada. Apartado 701. *Barranquilla*. - Carlos Climent. Instituto del Libro. *Popayán*. - Librería Hispania. Carrera 7.ª, 19-49. *Bogotá*. - Pedro J. Duarte, Selecciones. Maracaibo, 47-52. *Medellín*.—COSTA RICA: Librería López. Avda. Central. *San José de C. R.*.—CUBA: Oscar A. Madiedo. Presidente Zayas, 407. *La Habana*.—CHILE: Edmundo Pizarro. Huérfanos, 1.372. *Santiago de Chile*.—DINAMARCA: Erik Paludan. Fiols-traede, 10. *Copenhague*.—ECUADOR: Agencia de Publicaciones «Selecciones». Plaza del Teatro. *Quito*. - Agencia de Publicaciones «Selecciones». Nueve de Octubre, 703. *Guayaquil*.—ESPAÑA: Ediciones Iberoamericanas, S. A. Pizarro, número 17, bajo izqda. *Madrid*.—ESTADOS UNIDOS: Argentine Publishing Co. 194-18. 111 th. Road. St. Albans, L. I. *Nueva York*.—FRANCIA: Livraire des Editions Espagnoles. 78, rue Mazarine. *París (6 éme)*.—GUATEMALA: Librería Internacional Ortodoxa. 7.ª Avda. Sur, 12-D. *Guatemala*.—HONDURAS: Agustín Tijerino. Agencia Selecta. Apartado 44. *Tegucigalpa, D. C.*.—ITALIA: Librería Fera. Piazza di Spagna, 56. *Roma*.—MÉXICO: Juan Ibarrola. Libros y Revistas Culturales. Belisario Domínguez, 3-9. *México D. F.*.—NICARAGUA: Ramiro Ramírez V. Agencia de Publicaciones. *Managua D. N.*.—PANAMÁ: José Menéndez. Agencia de Publicaciones. *Panamá*.—PARAGUAY: Carlos Henning. Librería Universal. 14 de Mayo, 209. *Asunción*.—PERÚ: José Muñoz R. Monzón, 137. *Lima*.—PORTUGAL: Agencia Internacional de Livraria. Rua San Nicolau, 119. *Lisboa*.—PUERTO RICO: Don Matías Photo Shop. 200 Fortaleza St. P. O. Box 1.463. *San Juan*.—REPÚBLICA DOMINICANA: Escofet Hermanos. Instituto Americano del Libro y de la Prensa. Arzobispo Nouel, 86. *Ciudad Trujillo*.—SUIZA: Thomas Verlac. Renweg, 14. *Zurich*.—TÁNGER: Información Bibliográfica Internacional. *Hesperia*.—URUGUAY: Germán Fernández Fraga. Durazno, 1.156. *Montevideo*.—VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. Bolero A. Pineda, 21. *Caracas*.

A R B O R

Revista General de
Investigación y Cultura

Redacción y Administración: Serrano, 117- Teléfono 33 39 00- Madrid

Lea en el número 78 (junio de 1952)
el trabajo de VICTOR GARCIA HOZ:

SOBRE LA FUNCION SOCIAL DE LA EDUCACION

NOTAS ♦ INFORMACION DEL EXTRANJERO
Y DE ESPAÑA ♦ BIBLIOGRAFIA

ALCALA I N D I C E

REVISTA UNIVERSITARIA

GENERAL MOLA, 70, 3.º DCHA.

APARTADO 6.076 ::: MADRID.

Redacción y Administración, Alcalá, 44.

Teléfono 22 83 70 (127). MADRID.

CUATRO MIL EJEMPLARES QUINCENALES

Una de las pocas revistas españolas
que de verdad viven de sus lectores,
para sus lectores, sin más subvenciones
ni ayudas que las de sus lectores. Con un

En el número 10 (10-VI-1952):

LA ACTUALIDAD EN LOS
COLEGIOS MAYORES

Suplemento

especial en papel «couché» y una «Bolsa
de Arte», en la que usted podrá seguir
al día el valor real, en mercado, de la
pintura antigua y moderna.

Todos los meses, en quioscos y librerías
o pidiéndola a General Mola, 70,
3.º dcha. Apartado 6.076, Madrid.

ESTRATEGIA DE LA EMPRESA
UNIVERSITARIA

por

PEDRO LAIN ENTRALGO

Pts.

Precio del ejemplar (con Suple-
mento)... .. 7
Suscripción anual a la Revista... .. 54
Suscripción anual al Suplemento... .. 24
Revista y Suplemento (por un año)... .. 78

Relación de las obras publicadas por el Instituto de Cultura Hispánica desde el 1 de enero de 1951 a 15 de mayo de 1952

COLECCIÓN DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA

- Breve Historia de España*, por José María Pemán.
Los caminos en la Historia de España, por Gonzalo Menéndez Pidal.
Reseña histórica de la villa del Salvador, por Rodolfo Barón Castro.
La Isla de la Tortuga, por Manuel A. Peña Batlle.

COLECCIÓN AMBOS MUNDOS

- Linaje y descendencia de Hernán Cortés, conquistador de Méjico*, por Dalmiro de la Válgoma.
Cuatro clásicos americanos, por Gonzalo Zaldumbide.

COLECCIÓN JURÍDICA

- La reforma del Congreso de los Estados Unidos* (La L. R. A. de 1946), por Manuel Fraga Iribarne.
Derecho constitucional ecuatoriano, por Ramiro Borja Borja.
La primacía del bien común contra los personalistas, por Charles de Koninck.

COLECCIÓN DE CONSTITUCIONES DE HISPANOAMÉRICA

- Las Constituciones del Ecuador*, por Ramiro Borja Borja.
Las Constituciones de Cuba, por Andrés María Lazcano y Mazón.

COLECCIÓN HISPANISTAS

- Vecindad histórica (Españoles y franceses)*, por Francisco Pietri.
Ideas y recuerdos taurinos, por el Marqués Jean d'Elbée.

COLECCIÓN DE ANTOLOGÍAS HISPÁNICAS

- Antología de elogios de la Lengua Española*, por Germán Bleiberg.

COLECCIÓN HOMBRES E IDEAS

- Sesenta notas sobre Literatura*, por Félix Ros.

- Tres poetas argentinos*, por José María Alonso Gamo.
Espíritu, técnica y formación militar, por Francisco Sintés Obrador.
Quijotes de España, por Santiago Magariños.
Novelistas de Méjico, por J. Fernández-Arias Campoamor.
Don Quijote en el país de Martín Fierro, por Guillermo Díaz Plaja.
Interpretación estética de la estatuaria megalítica americana, por Jorge de Oteyza.

COLECCIÓN MONOGRAFÍAS

- Unificación legislativa hispanoamericana*, por Federico Castejón.
Las Convenciones colectivas de trabajo con referencia a la Legislación ecuatoriana, por Eduardo Córdova Guerrón.

COLECCIÓN SANTO Y SEÑA

- Ensayo de la poesía indígena en Cuba*, por José Luis Varela.
Comunidad de pueblos hispánicos, por Carlos Hamilton.
Presenta y futuro de la comunidad hispánica. (Discursos del 12 de octubre de 1951.)

COLECCIÓN DE ESTUDIOS ECONÓMICOS

- Las relaciones comerciales entre España e Hispanoamérica*, por Manuel de Torres Martínez, con la colaboración de Carlos Muñoz Linares, Hernán Cortés Rodríguez y Carlos Fernández Arias da Cunha.

COLECCIÓN LA ENCINA Y EL MAR

- Rimas*, por Luis Rosales.
Hombre interior, por Jorge Blajot, S. J.

COLECCIÓN PLUS ULTRA

- Reliquias de la poesía épica española*, por Ramón Menéndez Pidal.
El volcán y el potro de Coipue (Cuentos americanos), por Margarita de Pedroso.

EDICIONES MUNDO HISPANICO

MUNDO HISPANICO. <i>Publicación mensual, gran formato, todo color. Suscripción anual</i>	160 ptas.
CORREO LITERARIO. <i>Publicación quincenal. Arte y Literatura. Suscripción anual</i>	96 »
CUADERNOS HISPANOAMERICANOS. <i>Publicación mensual. Gran interés cultural. Suscripción anual</i>	160 »

Señor Administrador de

EDICIONES MUNDO HISPANICO
Alcalá Galiano, 4 - Madrid

Ruego a Vd. que abra la(s) suscripción(es) reseñadas a continuación :

SUSCRIPCIONES :

Mundo Hispánico.

Correo Literario.

Cuadernos Hispanoamericanos.

Nombre Dirección

Ciudad Prov.

País Incluyo la cantidad de

valor de las suscripciones solicitadas. (Ruego enviarlas contra reembolso.)

- NOTA: a) Tache la o las revistas a las que no se suscriba.
b) Dentro de España se puede despachar contra reembolso.
c) Sirvase tachar el sistema de pago que no utilice.
d) Si usted la solicita del extranjero, remitanos su valor en dólares, haciendo la conversión a razón de 26,28 pesetas por dólar.

EDICIONES MUNDO HISPANICO
ALCALA GALIANO, 4
MADRID (España)



BRUJULA DEL PENSAMIENTO

ARMA VIRUNQUE

POR

ALFONSO GARCIA VALDECASAS

La primera arma, casi un arma prehumana, fué, seguramente, el palo (1). El palo, cuya imposición nos parece algo recusable y signo de fuerza bruta, fué, en su origen, un triunfo de la inteligencia. Quien supo por primera vez manejar un palo hizo, ciertamente, un enorme invento, de consecuencias entonces incalculables, hoy todavía presentes. Pasó el palo a las más nobles enseñas genealógicas. Ahí están las aspas de Borgoña, que no son más que dos bastos cruzados; ahí el símbolo de la majestad real, el cetro, que no es más que un contundente bastón. La palabra *sceptron* no significa, en griego, otra cosa. En latín, *scipio* (palabra de igual raíz) era el bastón que, en marfil (*eburneus*), se ofrendaba a los varones triunfales. El título de Scipión, de la gloriosa familia romana, se tomó, sin duda, de llevar bastón de mando, otorgado a su virtud de vencer. Signo de poder es el báculo del pastor, que, erigido en emblema de poder espiritual, se ha desprendido de todo aire amenazador.

Pero hace falta algo más que un cetro para que haya un rey: hace falta un séquito, un grupo, al que manda y que le sigue. ¿Cómo se forma ese séquito? ¿Cómo se hace el grupo guerrero? Si en el cetro descubrimos como una imagen del

(*) Las líneas que siguen recogen una de las conferencias de un cursillo sobre la guerra que di hace dos años en el Instituto de Humanidades. Tratan de ciertos orígenes de la guerra y de lo que ésta trajo consigo. Exponen esquemas de cómo ciertas cosas pudieron ocurrir dados ciertos supuestos. Esquemas fragmentarios que, claro está, no pretenden ni pueden ser *reales*: cumplen su papel si ayudan a entender algunos hechos. He preferido, en general, entre éstos, aquellos que son antecedentes de nuestro ser actual.

(1) No la piedra arrojadiza, como pensaba Burckhardt. *Historia de la cultura griega* (I. p. 7). El que usado como arma el palo sea anterior a la piedra no se funda sólo en que su manejo, como idea, es más simple, sino también en la conjetura general de que hubo una Edad de la Madera antes de la Edad de Piedra.

arma primitiva, quizá todavía podamos encontrarnos también con una imagen del grupo guerrero primitivo: pienso en la llamada «danza de espadas».

La «danza de espadas» es un tipo de danza extendido por casi todo el planeta. Recuerdo haber visto un grupo de bailarines de Cabezón de la Sal que bailaban con varas; es decir, con armas mucho más primitivas que la espada. Aquel baile al compás de un bígaro, con un ritmo monótono, atávico y extraño, daba la impresión vivísima de ser estampa de un fenómeno remoto, de valor originario. Había en aquella danza como una esgrima, un atacarse y defenderse, que era, al mismo tiempo, prepararse, ejercitarse, instruirse; quizá también recordar encuentros, peleas del pasado. Pero mejor que intentar describir la danza de espadas es recordar una descripción que hay en *El Quijote*, en las bodas de Camacho:

«... venía una danza de espadas de hasta veinticuatro zagales..., y al que los guiaba, que era un ligero mancebo, preguntó... si se había herido alguno... «Por ahora, bendito sea Dios, no se ha herido nadie.» Y luego comenzó a enredarse con los demás compañeros con tantas vueltas y tanta destreza, que, aunque Don Quijote estaba hecho a ver semejantes danzas, ninguna le había parecido tan bien como aquélla».

Lo mismo que en esta primera descripción, hay siempre un guía, que es el primer bailarín. Y la danza termina alzando a este bailarín sobre los palos cruzados, como erigiéndole en jefe sobre los demás. Este gesto ritual tiene su correlato histórico real en el alzamiento sobre el pavés. Entre los germanos era costumbre, que Tácito refiere (Hist. IV, 15): ... *impositus scuto, more gentis, et sustinentium humeris vibratus, dux deligitur*. El hecho se repite, ocasionalmente, con emperadores romanos, o habitualmente con reyes francos o godos, y, si la Historia lo pide, llega a nuestros días; la fuerza emotiva del viejo rito recobra entonces su vigor.

Al solio improvisado del pavés sustituirá más tarde el permanente del trono: el sentido no cambia; se trata de alzar

al rey por encima de los demás (*elevatio*). Cuando *sube* al trono es cuando el rey adquiere en toda su plenitud el poder real.

Parece que en los bailes de varas hay, cruzado con el sentido guerrero que evidentemente tienen, un mito de carácter germinativo. En la espatadanza vasca, el primer bailarín parece un momento como muerto: sus compañeros lo llevan tendido, lo depositan en el suelo y entonces vuelve a la vida, renace. La danza de espadas suele practicarse ritualmente al entrar la primavera, generalmente en Carnaval. Esta unión entre lo primaveral y lo guerrero tiene también hondas raíces. Marte, cuyo mes es marzo, el mes primaveral, fué en Italia, probablemente en su origen, no un dios de la guerra, sino un dios vegetativo, un dios de la primavera, que vino a ser luego dios de la guerra, acaso con la extensión del *ager romanus*.

Rómulo, hijo de Marte, era llamado Quirinus, lo que alude (era el dios de las curias) a que Rómulo fué juntador de guerreros: *co-vires*. Quirites son los descendientes—no ya por la sangre, por la creación—de Quirinus, quien, dios de guerra y de guerreros, se identifica rápidamente con Marte.

Hay una íntima asociación originaria entre guerra y danza. Los pueblos primitivos iban a la guerra danzando. Si Sócrates decía: «El mejor bailarín es el mejor guerrero», es que el baile era entrenamiento para el combate. Desde los cinco años ejercitaban la danza de armas los niños espartanos. No sólo era entrenamiento de cada guerrero: el conjunto, por la danza, podía convertirse en una efectiva unidad. De ahí la importancia inmensa que tuvo el baile en la aparición de cuerpos tácticos. Aún hoy el desfile militar exige la música de marcha rítmica y guerrera.

Pero otras preguntas nos asaltan ahora: este grupo de bailarines que danzan con espadas (acaso doce o veinte, o más) podía ser, según lo dicho, un residuo de una realidad originaria, en que los bailarines eran efectivos guerreros, y el cuerpo de baile, cuerpo de combate. Ese grupo de guerre-

ros, ¿cómo se formó y en donde?; es decir, ¿en qué sociedad de hombres?, ¿y cómo vivían los hombres cuando surgió un grupo así?

Se considera como forma más primitiva de convivencia humana la que designamos con el nombre de *horda*. La horda es un grupo indiferenciado de hombres y mujeres, cuyo número oscila, según los pueblos, de la docena al centenar. Viven, normalmente, en una economía puramente predatoria; cogen lo que necesitan de lo que encuentran; forman una sociedad que los sociólogos llaman homogénea porque no hay entre ellos ningún mando, ninguna jerarquía. Hay, sí, generalmente, un principio de división de actividades o de trabajos. Donde existe esta división, los hombres se dedican a cazar, a perseguir animales; las mujeres cuidan el fuego y cogen vegetales. Hay veces en que esta sociedad homogénea sin mando, sin «constitución», tiene que tomar un camino, una decisión. Lo que ocurre entonces es que alguien toma la iniciativa. En aquel momento, ese alguien es el más apto. Entre los esquimales, uno de los pueblos de vida social más primitiva, hay un principio de jerarquización momentánea en aquella acción de caza que exige la colaboración de varios miembros: el ataque al gran oso blanco. El guerrero más valeroso, el más resuelto, el más capaz, se lanza al ataque el primero. Los otros le siguen y ayudan. Este primer cazador tiene después una posición preeminente en el reparto de la pieza cobrada. Pero es una situación transitoria. No se fragua sobre ello ninguna estructura ni diferencia social permanente.

Según muchos, la primera forma de gradación social dentro de las sociedades llamadas primitivas ha sido la gradación por edades. De una parte, los ancianos eran los que tenían acumulados los recuerdos de la vida, de las experiencias adquiridas; los que deliberaban sobre lo que había que hacer ante cualquier novedad que sobreviniera. Son los depositarios del saber del grupo social. Frente a ellos, los jóvenes sienten entre sí una solidaridad, que incluso se extiende más allá

de la horda en que viven, a otros de la misma edad. Un impulso vital, un afán de exploración, un deseo de aventuras los alejan y apartan de las formas recibidas de las sociedades en que viven. Los jóvenes se buscan, se reúnen aparte y acaso conciben el realizar algo en común. Imaginemos un conjunto de hordas que han llegado a tener un cierto carácter sedentario. Supongamos que, como ha ocurrido en grandes sectores de la Humanidad, empieza a predominar la vida fija y sedentaria en sitios establecidos. Normalmente, cuando esto ocurre, es que la mujer ha adquirido un puesto preponderante en la vida social. La mujer, efectivamente, ha descubierto la agricultura. El fluir de la vida, que la mujer siente en sí mucho más que lo siente el varón; la percepción de su vida interna y del dar vida a otro ser, le permite descubrir el ciclo de germinación y de reproducción en la tierra. La tierra, entonces, se convierte en tierra madre, la gran diosa fecunda que a través de la muerte restituye la vida. El descubrimiento fué portentoso, y sobre él se edifica toda una cultura y un sistema de creencias y ritos perdurables. Uno de ellos, a mi juicio, la piadosa costumbre de dar tierra a los muertos.

La mujer, que inicia la agricultura, es también la guardiana del fuego, la que lo cuida y mantiene mientras los hombres se alejan a la caza.

La mujer está así en situación de producir, almacenar y conservar alimentos. Todo ello hará que la mujer tenga el papel superior y principal en una sociedad a la que logra hacer rica y a la que obliga a ser sedentaria. La mujer vive más por el tiempo que por el espacio. No sólo la maternidad y la crianza, también las largas velas junto al fuego, la atención al crecimiento y germinación de las plantas, la inclinación sobre la tierra fecunda, el cuidado del futuro..., todo ello es propio de la mujer. El varón, por el contrario, se diría que es más por el espacio que por el tiempo, más por la vista que por el oído. El varón busca nuevos horizontes, alza la mira-

da hacia la presa lejana, va tras la aventura y es, ante todo, originariamente, cazador; cazador de manera tan arraigada en su ser que, a través de todos los cambios, la caza sigue siendo actividad que le apasiona del modo más extremado. Hasta cuando se dedica a las faenas más remotas del apresamiento de animales, todavía el hombre de algún modo sigue cazando, o haciéndose la ilusión de que caza. En las *Meditaciones del Quijote* nos recuerda Ortega que una y otra vez los filósofos han llamado al hombre de ciencia *venator*.

¿Cuál sería la situación de estos muchachos en la sociedad matriarcal que conjeturamos? Esa vida sedentaria en la cual ellos se encuentran inmersos es algo muy opuesto a sus ímpetus más primitivos. Los más indóciles no querrán la sumisión al trabajo guiado por las madres. En el común desvío hacia él se unen quizá los procedentes de distintas colonias sedentarias; sienten esta comunidad que los aparta de las distintas sociedades a que pertenecen; emprenden algo en común. ¿Qué? Se ha dicho que posiblemente el rapto de mujeres. El rapto de mujeres es, ciertamente, un fenómeno histórico y prehistórico de una importancia y de una reiteración grandes. Se ha señalado incluso que hay en él algo de impulsión biológica, previa a cualquier actividad específicamente humana. Y la razón que se da es ésta: como los seres vivos pueden reproducirse simplemente por división y hay infinidad de vegetales y animales que se reproducen de ese modo, la diferencia de sexos no puede tener su sentido último en la reproducción de los seres, sino, por decirlo así, en el «ensayo» de seres nuevos. La diferencia y combinación de sexos permite que puedan producirse seres con características distintas de sus ascendientes. El sexo llamado a ser agente de la variación biológica es el sexo masculino. Entonces tiene un sentido que diríamos biológico la lucha o cualquier otra forma de eliminación entre los varones, ya que solamente los prevalentes pueden transmitir sus caracteres o tener una descendencia. Es el fenómeno conocido de que en muchas especies animales superiores,

en la época de celo, luchan los machos tras una especie de desafío previo (canto de la perdiz o brama del venado). No necesitan esas luchas ser mortales, aunque a veces lo son; basta simplemente con que el macho menos fuerte, menos capaz, se vea privado de pareja.

Ahora bien : la función biológica antes señalada sólo se explica y sólo se cumple en el caso de lucha y rapto individual. Pero el fenómeno, mucho más importante en la especie humana, del rapto colectivo de mujeres, tiene una explicación más compleja, específicamente humana y de carácter no meramente biológico, sino social.

Sin duda, las correrías primaverales no eran ajenas al instinto que en el cuento de Kipling empuja a Mowgli hacia la aldea. Sin duda, por milenios, la guerra, donde la había, iba asociada a la primavera (también donde la había). Un viejo refrán español que recoge el maestro Correas dice que «guerras y turmas de tierra engéndranse en otoño y paren en primavera». Pero el instinto no es la causa ni de las campañas de primavera ni del rapto colectivo. El rapto colectivo de mujeres responde a causas que hoy llamaríamos económicas y políticas y que—*sit venia*—son expresión de una *civilización* desarrollada. Volveremos sobre ello. Mientras tanto, cabe imaginar que los jóvenes del incipiente grupo guerrero no tardarán en adquirir conciencia de su poder; tienen un quehacer propio que llena su vida y van afirmando su ser y su iniciativa frente a las obediencias ciegas a los *tabús* transmitidos por las generaciones viejas. Se sienten distintos y separados de los demás. Se apartan, acotan sus terrenos, donde no permitirán llegar a los extraños. De ahí nacerán los cuarteles. Se ha establecido entre ellos una forma de unión y convivencia superior a todo lo que había existido hasta entonces. La común empresa los forja y amalgama. Son fuertes, pero he aquí que tienen que ser más fuertes la próxima vez. Han entrado acaso en territorios vedados, lejanos, y de un territorio lejano puede venir un peligro semejante al que ellos han cons-

tituido para otros. Hay que prepararse, hay que aprender, hay que entrenarse y estar en forma. Surge la disciplina. La compleja palabra *disciplina*, de *discere*, envuelve instrucción, aprendizaje. Es la misma raíz que en griego hace *didasko*, enseñar. Pero es difícil representarse todo lo que encerraba la palabra raíz *scire*. Era, según creo, un *saber, poder y querer* a un tiempo. Ello permite sospechar todo lo que de sistemático y entero tuvo pronto el aprendizaje de la actividad guerrera. Quien en ella enseña y guía, porque siempre el guía, el jefe, es preciso, enseña a los discípulos de manera directa, vital: con el ejemplo y también con la imposición. Es el más fuerte, el más capaz, el que más puede, el que los forma y disciplina, el que los prepara: el *imperator*. *Imperator* es, originariamente, quien prepara la guerra. Pero tampoco ese preparar puede entenderse como hoy. El *imperator* impregna, contagia su virtud y saber a los suyos. Son su hechura. El lazo que los une es más fuerte que la misma sangre. Antes que el amor de los hijos era la disciplina militar: *Disciplina castrorum antiquior fuit parentibus romanis quam caritas liberorum* (*Digesto*, 44, 15, 18, 7).

Este preparar—*parare bellum*—es, pues, sobre todo, preparar a aquellos que son como hechura suya, que son sus secuaces para la empresa guerrera. Y he empleado la palabra *secuaz*. *Secuaz*, y también *socio*, viene de *sequor*, seguir. En el grupo guerrero cuaja una estructura social nueva: hay aquí una forma de coexistencia que supera definitivamente la horda informe, sin mando y sin estructura. Pues la empresa guerrera hace necesaria y permanente la estructura jerárquica de guías y secuaces. Ha surgido aquí algo que potencialmente encierra todas las posibilidades de organización, de jerarquía, de mando: de ilimitada expansión social.

Esos hombres que siguen a un conductor—*un dux*—son, hemos dicho, disciplinados por el ejemplo y por la imposición: los dos resortes contrapuestos de todo hacer socialmente determinado. Se sienten tan unidos entre sí como aparte

de todo el resto de la sociedad: hacen sus sociedades *secretas*, las «ligas de varones» o *Männerbünde* que los estudios etnológicos han descubierto en tantos pueblos.

La mejor explicación del fenómeno la dió el gran etnólogo P. W. Schmidt (2).

Es la explicación que ya en parte hemos seguido. El varón no se resignaba a la preponderancia femenina del régimen agrícola matriarcal. Intenta combatirla y se junta en sociedades secretas. Celebran ceremonias secretas en lugares apartados. Se ponen máscaras espantosas para anunciar a las mujeres «la voluntad de los espíritus». Las aterrorizan y amenazan de muerte.

Las «ligas de varones» están jerarquizadas verticalmente con duras iniciaciones y pruebas en su ingreso y ascenso. Poco se sabe de sus cultos y ceremonias, pero una esencial son los banquetes rituales, muchas veces orgiásticos.

El grupo guerrero empieza, pues, en estas culturas como sociedad secreta; a ella se pertenece secretamente, porque los jóvenes no quieren que los mayores y mujeres que conviven con ellos sepan esta actividad suya: es que nacen *contra* la sociedad que hay. Es muy frecuente que las primitivas correrías guerreras se hagan con máscaras: es que no quieren dejarse conocer. Así, no habrán sido ellos, sino esos otros seres, las máscaras que los cubren, quienes organizaron aquella acción dañina y perniciosa para otros. No siendo ellos, no cabe venganza contra ellos ni contra su grupo social; la ficción ha salvado la convivencia pacífica ulterior. (Todavía los Carnavales, en los países donde subsisten, toleran contravenciones sociales que el resto del año se castigan severamente.)

Pero, además, el secreto va a ser un elemento constitutivo del grupo guerrero, y ello también para el que tiene distinto origen del expuesto y por una razón de carácter permanente: porque cuanto tiene relación con sus planes, con su entrena-

(2) «Imitations tribales et sociétés secrètes» (Sem. d'Ethn. rel. 1923; *Völker und Kulturen*, 1925). El nombre de *Männerbünde* lo introdujo Schurt, *Altersklassen und Männerbünde*, 1902.

miento, con su disciplina, con sus armas, con su técnica, todo eso es muy importante que no se sepa, que no trascienda, para que permita sorprender y dominar al adversario. La necesidad del secreto adquiere una importancia, un valor como no lo tiene entonces ninguna otra actividad humana. El celo con que se guarda el saber mágico o técnico tiene un sentido de monopolio, pero el secreto del guerrero es condición de su éxito en una empresa de vida o muerte.

He aludido a una forma de grupo guerrero que tiene origen distinto del expuesto hasta aquí. Me refiero a los pueblos nómadas, a los pueblos que hicieron del amansamiento y explotación de animales su forma de vida.

Esta forma de vida les impide ser sedentarios. No es que no haya animales en las primeras formas de vida sedentaria humana. Son los que llamaríamos animales domésticos, a diferencia de los ganados. El gato, el perro, se acercaron seguramente al hombre, mejor, a la mujer, por la dulce atracción del fuego.

Pero el apresamiento, el apacentamiento y cría de animales de trabajo o alimento es un paso más allá en el desarrollo de la actividad cazadora, y es obra del varón.

La cultura pastoril es una cultura patriarcal. La mujer tiene en ella un noble papel, pero no el mando que alcanza transitoriamente en la cultura sedentaria agrícola. La caza, el pastoreo y el ataque o defensa contra otros grupos humanos se enlazan y suceden entre sí de modo, por decirlo así, normal y coherente, en el desarrollo de los pueblos nómadas. La fuerza guerrera es más connatural al grupo nómada, está identificada con el mismo y siempre a su cabeza.

En cambio, en la cultura sedentaria, como hemos visto, los jóvenes guerreros sienten su fuerza naciente, como oposición al resto de la colectividad. Pero esa colectividad *estaba ya allí*: la tienen, hasta cierto punto, que respetar; tienen, desde luego, que contar con ella; más aún: aunque se le opongan, le pertenecen, pues su lenguaje, sus creencias, sus

costumbres, son comunes. En esta polaridad frente a las formas establecidas de convivencia social va ganando fuerza el nuevo y revolucionario poder que el grupo militar encarna. Pronto seguramente se producirán en la sociedad una serie de reacciones; no van a impedir, sin embargo, que sigan adelante, inexorablemente, las consecuencias decisivas para su historia de la aparición del grupo militar. El grupo militar es a un tiempo peligro y defensa de la sociedad con la que, apartado, convive. Y cuando llega a tener conciencia de que él es lo más fuerte que hay en la sociedad, entonces dará un paso decisivo: impone su ley a la colectividad. Esta imposición no significa, necesariamente, destrucción del derecho anterior; significa más bien un nuevo derecho, nuevo por su origen y su sentido, que, normalmente, en una dosis u otra, se coordina o compone con el derecho viejo.

Cuando el grupo de guerreros, formado por incorporación bajo un mando de miembros de distintas procedencias, se siente lo bastante fuerte para imponerse en una nueva forma de la sociedad, se siente también lo bastante en peligro frente a otros posibles grupos rivales, para necesitar un cambio en su propia organización y estructura. El grupo de guerreros, mandado por un jefe o por un rey, decide imponer a las sociedades de las cuales proviene una nueva forma de convivencia. El grupo guerrero se erige entonces en señor sobre la sociedad: ha aparecido el Estado. Ello puede ocurrir también de otra manera. Por ejemplo: un grupo nómada, pastoril (en principio mejor dotado para la acción guerrera que el sedentario), se establece por la conquista sobre grupos agrícolas. Los va a tratar un poco como a sus rebaños. Apacentará a los grupos sometidos, rigiéndolos, defendiéndolos y explotándolos. Puede haber la bastante comunidad de intereses para que la situación perdure y cuaje en verdadera unidad.

En cualquiera de estas hipótesis, el grupo de guerreros es el grupo que tiene *poder*. Rey—*rex*—, lo mismo que *rico*, significa «quien puede», «quien tiene poder». Eso eran nues-

tros «ricos homes» medievales. Y la *riqueza* de esta raíz indoeuropea, *reg*, en la configuración de conceptos políticos, nos aparece clara si pensamos que de ahí viene reino, región y Reich, regir y regimiento, regla, reglamento y rector, y que también viene, cosa que no se ha observado suficientemente, *derecho*, *directum*, *Recht*, *right*, *Gericht* (juicio) *Richter* (juez), etc.

Esta nueva fuerza aparece constituyendo una unidad de mando con poder imperativo sobre todo el ámbito adonde ella alcanza. Hasta donde llega el poder del *rex*, hasta allí llega el reino, Reich o región; sobre ese ámbito va a ejercerse la nueva forma de autoridad. Autoridad significa, originariamente, «aumento». Autor es «quien aumenta o acrece», de *augere*. También la raíz es indoeuropea: *aug*. De ella, en griego, *auxo*, aumentar, como en alemán *wachsen*, crecer. Augusto, el acrecido, será título de quien alcanza el más alto poder.

El origen guerrero del Estado fué ya entrevisto por Nietzsche: «Sólo las garras de acero del Estado podían apiñar a los hombres en número suficiente para hacer de ellos una sociedad extensa. La guerra y el soldado, que es su posibilidad uniformada, nos dan una imagen, *acaso la imagen originaria del Estado.*» El Estado le parece así brutal en su origen, pura imposición y violencia. «Pero—dice Nietzsche con una imagen quizá más bella que exacta—la planta que en lucha incesante por la existencia logra llegar a la floración, nos aparece de pronto en toda su belleza. En la esencia del Estado veo un mecanismo semejante. La bárbara dureza de su origen desemboca en el arte y en el genio (3).

Un origen como el descrito tiene el Estado-ciudad de la antigüedad clásica. La ciudad griega, la *polis*, está formada esencial y constitutivamente por guerreros. Parece haber tam-

(3) Nietzsche, *Der griechische Staat*. «La constitución de todo Estado es en su origen constitución de guerra, constitución militar», escribía Otto Hinze en 1906. (*Staatsverfassung und Heeresverfassung*). Obligado recordar el gran ensayo de Ortega: *El origen deportivo del Estado*.

bién una última comunidad de raíz entre la palabra *polis* y la palabra *plousius*, *rico*. Los polites, los ciudadanos que constituyen la *polis*, son, como los «ricos homes», los poderosos.

La aparición de la ciudad antigua tiene un extraño carácter sobre el que hay que llamar la atención. La ciudad nace por un acto de fundación, por una decisión tomada de una vez; nace, realmente, como nació Palas Atenea, diosa de ciudad: hecha, derecha y revestida de todas sus armas. El acto de fundación de la ciudad se nos presenta como la decisión de un conjunto de aldeas de reunirse en ciudad. Es lo que se expresa con el término de *synoikismo*: la unión de distintos hogares en una unidad superior. Aparece, pues, la ciudad como fruto de una unión decidida, acordada. Pero decidida ¿por quién? Por aquellos que, miembros de las distintas aldeas, están ligados entre sí por la unidad guerrera. Por eso la fundación de la ciudad, la *polis*, suele ser un acto tremendo, de imposición y fuerza.

«Pocas veces ha habido—escribe Burckhardt—en la ciudad griega tanto dolor acumulado como en el momento mismo de su fundación. La empresa ha tenido que ser realizada por minorías fuertes» (*Historia de la cultura griega*).

Esas minorías son los guerreros. Los demás van forzados a ella, porque estos pueblos agrícolas, que viven en sus aldeas, sienten un apego casi vegetal al terruño en que viven; el amor, el culto reverencial a sus antepasados, que están allí enterrados, es como la raíz de que reciben la propia existencia. Forzados por los guerreros, tienen que abandonar sus hogares. Entonces recurren—es el expediente mágico admirable—a llevarse un poco de la tierra donde descansan sus antepasados. La llevan simbólicamente al sitio donde se crea la ciudad. Los que se niegan a ir se hacen extraños, extranjeros, y son eliminados.

La ciudad antigua es, pues, fundamentalmente un gremio

de guerreros, como la llama Max Weber (4). Es fortaleza y guarnición. De unos casos a otros predomina uno u otro aspecto. Esparta, que es ciudad en sentido plenario, sólo era guarnición. No era fortificación porque sentía con orgullo que el valor de sus guerreros era su mejor fortaleza. Roma es guarnición, pero es también fortificación; se funda marcando el foso dentro del cual va a estar la ciudad. Y es tan importante el respetarlo, que motiva un fratricidio: el de Rómulo dando muerte a Remo. Otras ciudades en otras culturas, por ejemplo las ciudades chinas, acaban por no ser más que fortaleza. China quiso ser toda ella plaza amurallada para defenderse de la otra forma de guerra que hemos aludido y que tiene trayectoria distinta de la expuesta aquí: la guerra que hacían los pueblos nómadas. Anticipemos lo que ahora no vamos a desarrollar: la lucha de nómadas y sedentarios y las dos formas de combate en que se oponen determinarán durante milenios y hasta ayer mismo la marcha de la Historia universal.

En una de sus profundas visiones, y por profunda oscura, Bachofen señala en los muros la conjunción de lo *sanctum*, que tiene su raíz en la materia telúrica, y lo *sacrum*, perteneciente al reino de la luz, dedicado a los *dii superiores*. Los muros, como los árboles, nacen de la tierra y siguen unidos a ella; pero en ambos se manifiesta la potencia viril. El muro es santo: inmóvil y firme como la tierra, y sacro: consagrado a la protección del principio varonil de la luz hacia el que se yergue (*Gräbersymbolik der Alten*).

Y así, aunque la fundación de la ciudad sea decisión varonil, el principio femenino está en ella. No sólo está, la hizo posible, pues que fué la mujer quien hizo sedentaria la cultura.

En la ciudad hay que hacer subsistir lo que era la esencia de vida de aquellas poblaciones aldeanas: el culto a los antepasados, el mantenimiento del fuego del hogar. Hemos vis-

(4) En *Wirtschaft und Gesellschaft* y en *Wirtschaftsgeschichte*.

to cumplir lo primero en el transporte simbólico de la tierra sagrada; para lo segundo hay que llevar el fuego y crear las sacerdotisas que velen por su mantenimiento: las vestales. Y la ciudad tendrá su diosa, patrona de la misma.

La mujer entra, pues, en la ciudad antigua con todos los honores... que se pueden guardar al vencido. En Esparta, Afrodita era representada atada. No es ello un símbolo de su fidelidad, como se ha querido interpretar, sino de sujeción. Está encerrada dentro de límites que le vedan el acceso a la vida pública. La ciudad es una organización en la que mandan sólo los hombres. La vida de la ciudad es vida *pública*; es decir, vida de *púberes varones*. La mujer queda relegada al reducto del hogar. Quienes deciden del futuro de la ciudad son los hombres, y deciden en cuanto combatientes, en cuanto guerreros y armados. El «pueblo en armas» es una nueva fuente del Derecho; más aún: una fuente de una nueva clase de derecho. El derecho en las culturas que llamaremos preestatales es como un sistema de creencias y reglas de conducta religiosamente vividas, y cuya infracción lleva en sí misma la maldición y castigo. Es lo que solemos designar con la palabra *tabú*. Ese derecho es vivido por la comunidad como un Derecho natural y necesario, que pertenece al orden del mundo, que está por encima de los hombres. Ese derecho se revela como se revela la verdad religiosa. El sacerdote, el profeta, son los órganos de su revelación.

La tradición es el vehículo propio del derecho revelado. Las leyes de nuestros mayores, por venir de ellos, ya están consagradas como derecho. El Estado, al nacer, se acoge al derecho antiguo o se concierta con él. Consagra así su legitimidad. Pero el Estado, expresión del *imperium* guerrero, representa una voluntad renovadora, en cierto modo revolucionaria, que ha de imponer nuevos comportamientos a los miembros de la comunidad. La nueva realidad del poder militar; la nueva realidad del ámbito acrecido a que se extiende; la disposición sobre botín o tierra conquistada o prisio-

neros; la imposición sobre el resto de la sociedad, todo ello implica la aparición de nuevos derechos y, a veces, de reglas generales. Aparición de derechos con un sentido de derecho subjetivo, que antes no existía. Los miembros del grupo guerrero, disciplinados y jerarquizados, son, cada uno por sí, un sujeto de poder. La relación de derecho-poder se individualiza y personaliza. No había antes propiamente derechos como facultad de los individuos. Había más bien mágicas sujeciones o responsabilidades subjetivas, como la de la venganza de sangre. Con el comienzo del Estado aparece la noción que hoy llamamos de capacidad jurídica. Claro está que hoy entendemos capacidad jurídica como resultado de un desarrollo normal de las facultades mentales del hombre. El supuesto actual de la capacidad jurídica es la capacidad psíquica. La noción originaria de capacidad jurídica es, por el contrario, la de que es capaz en derecho quien puede combatir como miembro armado del grupo guerrero. O, empleando otra expresión, es capaz en derecho el capaz de llevar las armas.

Esa capacidad jurídica se manifestaba igualmente en la participación, en la formación de la voluntad que decidía las cuestiones públicas. Los comicios eran las asambleas de los combatientes partícipes en la creación del derecho nuevo. La fórmula romana «el Senado y el pueblo romanos» nos aparece como un eco de una significación originaria que traduciríamos por «los ancianos (los depositarios del antiguo saber) y los jóvenes» (esto es, la nueva fuerza guerrera). Es como la composición y ajuste del antiguo derecho y el nuevo.

Es un fenómeno curioso que las lenguas romances, que deben su ser a la latina y su derecho al romano, no hayan heredado el sustantivo *ius*. Sólo nos han llegado derivados del mismo, como el adjetivo *justo* o el sustantivo *justicia*; por cierto, perdiendo, en parte, la noción de su dependencia de *jus*. Pues, originariamente, *justus* o *justitia* era lo que estaba con el *ius*, lo conforme con él.

Contra lo que a primera vista pudiera parecer, creo que el triunfo en las lenguas románicas de la palabra *derecho* acentúa su significación subjetiva y de poder. La idea corriente, que ve en el derecho, *le droit* o *il diritto* la aplicación metafórica de la imagen geométrica de la línea recta, me parece, cuanto más se piensa, más insostenible. Pues lo recto es lo *regido*, y lo directo, lo *dirigido* o *guiado*. No es lógico pensar que algo tan fundamental y vital como las relaciones implicadas por este complejo verbal hubieran de determinarse por una abstracción metafórica; más bien cabría decir que, en todo caso, la idea de lo recto, como recto geométrico, podría venir del alcance directo de las armas, de la recta extensión de la lanza.

Hay palabras y complejos verbales que son monopolio e imposición del vencedor. Triunfan con él y con las formas que le dieron el triunfo. Cuando un grupo guerrero subyuga un pueblo y se asienta en su territorio, ¿cómo extrañar que conserve e imponga, en su vida entre los vencidos, *su* derecho, *su* guerra, *sus* armas, mientras asimila las ventajas culturales de aquéllos? Es curioso que, en latín, gran parte de los términos *guerra* y *derecho*, empezando por los dos mismos *bellum* y *jus*, no tengan comunidad de raíz con otras lenguas indoeuropeas. Posiblemente tengan un origen etrusco, como consta lo fueron, al menos, los últimos reyes de Roma. Análogamente, los pueblos románicos toman estos vocablos de los germánicos vencedores. Guerra es de origen germánico (*werra*); de ahí también el inglés *war*.

Igualmente ocurre con la palabra *derecho*, cuya raíz y ramificación idéntica a la de *Recht* ya hemos recordado. Es la fuente germánica la que nos ha proporcionado no sólo el vocablo, sino también el contenido espiritual del mismo. Paulatinamente se ha ido concibiendo y viviendo el derecho, dando más peso a su significación subjetiva de poder que a su significación objetiva de orden; aceptando como pura evidencia que el derecho se puede crear cuando para la visión tra-

dicional el derecho, en última instancia, tiene sus raíces en el mismo orden de la creación, y está, por consiguiente, más allá del humano albedrío.

Ha habido, pues, una transformación muy honda en este punto. Cuando nace, en origen, el nuevo derecho trata de identificarse con el antiguo. La fórmula con la que el *populus* romano daba sus leyes encierra dos significativas expresiones. Como es sabido, las leyes llevadas al pueblo para su aprobación se llamaban *leges latæ* y también *rogatæ*.

Ha llegado hasta nosotros la *præscriptio* de una *lex rogata*: la *Lex quintia de aqueductibus*. Dice así:

T. Quintius Crispinus consul populum iure rogavit populusque iure scivit in foro pro rostris ædis divi Iulii p(ri-die) K(alendas) Iulias.

El magistrado *rogaba* la ley al pueblo. Este *rogar* tiene una significación originaria que lo atrae a *regir* y al complejo verbal de que hemos visto que proviene la palabra *derecho*. No era, ciertamente, un ruego. Era un ejercicio de potestad jurídica. Basta pensar en la significación que damos nosotros, todavía, en nuestra lengua, a compuestos jurídicos de la palabra *rogar*. Abrogar y derogar son los actos por los cuales deja de regir un derecho; prorrogar y subrogar es extender o atribuir el ejercicio de una potestad jurídica. La significación jurídica latina de la palabra y sus compuestos son aún más intensamente reveladores de la afinidad de raíz con la que sirve de base a toda la constelación del derecho en las lenguas indoeuropeas.

A su vez, la fórmula por la que el pueblo declaraba la ley es muy significativa.

El pueblo *scivit*. Las leyes del pueblo se llaman *populiscita*; las de la plebe, *plebiscita*. Ese *scire* (que hemos visto también en la medula de la disciplina militar romana) era todavía la revelación del derecho por el acto de conocimiento y de poder de la asamblea. No era aún la creación del derecho por el acto de voluntad del legislador. El derecho, en su ra-

dical sentido, en su esencial función para la sociedad, no era cosa que pudiera crear el Estado (5).

El Estado, pues, partía del derecho, acogía a él sus disposiciones. El riesgo del nuevo poder, un riesgo creciente con los siglos, es que la sobreposición del derecho estatal sobre el «no escrito» puede acabar con la virtud del derecho y, entonces, consigo mismo.

La progresiva sustantivación incondicionada de la «voluntad» del legislador, como *la* fuente del derecho, llega a oscurecer y atacar la esencia del derecho mismo.

Pero dejemos esta digresión, volviendo a las filas de nuestro tema.

Si es, como hemos visto, inmensa la transformación que va a sufrir el derecho por la aparición y gravitación del grupo guerrero, no será menor la que sufra la sociedad misma. Se ha señalado, hace tiempo, en la guerra su carácter de fuerza social integradora. Y esto por dos razones: primero proyecta hacia afuera los impulsos agresivos que podrían romper el grupo. Es «función constante de la guerra fortalecer los lazos de unión entre los individuos de la comunidad en lucha y aumentar su sentimiento de ser miembros de una unidad». Tan eficaz parece como medio de unión, que si no hay guerra efectiva, los clanes se agrupan ceremonialmente en dos bandos hostiles. Así ocurre entre los indios del Pacífico del Norte, incas e iroqueses (6).

Un ejemplo más dramático podríamos encontrar entre nosotros. Desde 1815, España no ha tenido guerra nacional exterior. Pero ¿cuántas guerras civiles?

(5) Dilthey, en la *Introducción a las ciencias del espíritu*, destacó esta verdad: «En este respecto el derecho no se hace, sino que se encuentra. Por paradójico que suene, éste es el profundo pensamiento del derecho natural.» (Ed. alem., págs. 78 y sigs.)

«Un hombre *ewe* contaba que las leyes están hechas por los caciques y los jóvenes (la gente en estado de manejar las armas) en común, y añadía: *Lo notable es que hay leyes que no han sido hechas por los caciques ni impuestas por la amenaza de ciertos castigos, y sin embargo todos las conocen. Así, pues, hay leyes que están escritas en el corazón de los hombres.*» (Gräbner, *El mundo del hombre primitivo*, p. 203.)

(6) Quincy Wright, *A study of war*, I, pág. 374.

En segundo lugar, ya lo hemos indicado, el grupo guerrero permite la expansión del área y de la población regida. Da así el supuesto de la formación de mayores comunidades.

Las posibilidades de crecimiento que ofrece la estructura militar (el nuevo tipo de poder creado por ella) son indefinidas. Si el primer grupo guerrero son diez mandados por uno, cuán fácil hacer de cada uno de ellos jefe y guía de otros diez. El crecimiento de las unidades militares en la guerra, partiendo de cuadros de mando reducidos, es una prueba al alcance de la mano. Históricamente, así se crearon vertiginosamente imperios inmensos, como el de Gengis Khan (7).

Con la guerra aparecen también las relaciones internacionales propiamente dichas. El fenómeno ha sido también agudamente observado: «Particularmente en épocas primitivas, las relaciones entre pueblos como totalidades eran puramente guerreras; los demás tratos, los derivados del comercio, la hospitalidad, el *connubium*, eran meras relaciones interindividuales que hacían posible, sin duda, el acuerdo entre unidades populares; pero que no lo llevaban a efecto por sí mismas» (8).

No está con ello agotado, ni remotamente, el cuadro de las transformaciones de las sociedades humanas por obra de la guerra y por la acción del grupo guerrero.

La sociedad guerrera crea una forma de vida que no sólo va a configurar su propio ser, sino que va a transformar el de todas las sociedades en torno. La disciplina militar se va a erigir en modelo de todas las disciplinas. Podríamos mostrar su efecto en el trabajo, la industria, la enseñanza... Ningún ejemplo mejor que el de la disciplina religiosa del cristiano. El reino de Cristo no es de este mundo, pero en este

(7) Gengis Khan consolidó sin cambiar nada los principios tradicionales de la sociedad nómada. Concibió su imperio como una familia de *ulus*, así como el *ulus* era una familia de tribus, la tribu una familia de clanes, el clan una familia de familias. (Lot, vol. II, 327.)

(8) Simmel, *Sociología*, III, 86. Véase, por ejemplo, la descripción de Thurnwald (*Die menschliche gesellechaft*, I) de cómo se entra en una horda esquimal: haciéndose amigo de un miembro de ella. No hay, pues, propiamente relación con el *todo*, sino relaciones interindividuales.

mundo hay que ganarlo. Es el reino de la paz, pero en la Escritura hay una expresión bien clara: «No vine a traer la paz, sino la espada.» Verdad que «el que eche mano de la espada, por la espada perecerá»; «porque si yo quisiera poder, docenas de ángeles me lo darían»; pero, a pesar de ello, la actitud del cristiano es una actitud de combate, es una actitud de guerrero. Como guerrero luchará por el reino celestial, y contra las potestades del mal y las tinieblas. En San Pablo aparecen los símiles guerreros para designar la actitud que han de observar los cristianos:

«Pero nosotros, hijos del día, seamos sobrios, revestidos de la coraza de la fe, del yelmo de la caridad y de la esperanza de la salvación» (I Thess., 5-8).

«... en palabras de veracidad, en el poder de Dios, en armas de justicia ofensiva y defensiva» (II Cor., 6-7).

«... Despojémonos, pues, de las obras de las tinieblas y vistamos las armas de la luz» (Rom., 12-12).

«Por lo demás, confortaos en el Señor y en la fuerza de su poder; vestíos de toda la armadura de Dios para que podáis resistir a las insidias del diablo; que no es nuestra lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malos de los aires.

«Tomad, pues, la armadura de Dios para que podáis resistir en el día malo y, vencido todo, os mantengáis firmes. Estad, pues, alerta, ceñidos vuestros lomos con la verdad, revestida la coraza de la justicia y calzados los pies, prontos para anunciar el evangelio de la paz. Embraced en todo momento el escudo de la fe, con que podáis hacer inútiles los encendidos dardos del maligno. Tomad el yelmo de la salud y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios» (Ef., 6, 10-17).

En la epístola segunda a Timoteo aparece la expresión «soldado de Cristo» (2.^a, 2, 3): «Soporta las fatigas como buen soldado de Cristo Jesús. El que milita para complacer

al que le alistó como soldado no se embaraza con los negocios de la vida civil.»

En Corintios (II, 10, 3-6) aparece con el símil guerrero el mando y disciplina: «Aunque vivimos según la carne, no militamos según la carne, pues las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas por Dios para derribar fortalezas..., doblegando todo pensamiento a la obediencia de Cristo, prontos a castigar toda desobediencia y a reduciros a perfecta obediencia.»

En la literatura posterior se multiplicarán los símiles castrenses. Todos los miembros de la comunidad cristiana tendrán que sentirse miembros de la milicia. El modelo de conducta es el que les brinda el Ejército romano. El sacramento del bautismo se equipara al juramento de la bandera. Cristo es *rex*, *imperator*, y, en definitiva, todo cristiano es un soldado de Cristo.

El cristiano llama a los que no lo son *paganos*. Harnack (9) ha mostrado que esa expresión no se refiere, como se ha sostenido, a quienes no viven en ciudades, a los campesinos, más tardíos en cristianizarse, sino a los que no militan en la fe, a los «paisanos», por emplear la palabra castellana que conserva la significación de origen. La contraposición de *paganus* a *miles*, del paisano al militar, es bien antigua en la lengua latina. La palabra *pagano* designa quién está en el *pagus*; pero también el que no es guerrero, el que, diríamos, está *pacificado*. La raíz última de la palabra *pax* es la misma de la de *pagus*; el pagano podríamos decir es el que vive pacificando en el *pagus* bajo y, por contraste al *miles*, al combatiente.

Esta inspiración en el modelo de vida del soldado no impidió, naturalmente, al cristianismo primitivo acentuar su radical oposición a los fines guerreros de este mundo. Ello justamente subraya todo lo que de ejemplar tenía la disciplina del soldado cuando la tomaron por modelo. No era sólo su

(9) V. Harnack, *Militia Christi*, «Die christliche Religion und der Soldatenstand in den ersten drei Jahrhunderten», 1905.

disposición a arriesgar la vida, era el entrenamiento cotidiano, el ascetismo y rigor de su ejercicio. La vida del soldado fué la primera vida totalmente reglada, día por día y en todas sus horas, de vigilia o de sueño. Vida a toque de corneta, con faenas, ejercicios, comidas o descansos comunes y medidos.

Esa vida reglada por muchas vías va a ganar influjo sobre la vida civil. Cuando nacen los conventos—cuarteles para la disciplina del alma—, el eco de sus toques de campana para rezos y horas va a dar una pauta para la vida de toda la sociedad.

Recuerdo haber leído que en una parodia de la vida del blanco hecho por pieles rojas, uno de éstos sacaba un grueso reloj y lo miraba, diciendo: «Voy a ver si tengo hambre.» El hecho de que miremos el reloj para ver si ha llegado la hora de satisfacer un apetito que quizá no se sienta hunde una de sus raíces en aquella remota disciplina militar. Y ésta nace de la guerra, y por ella crece y se perfecciona.

La influencia de la guerra sobre la técnica ha sido igualmente incalculable. La técnica humana ha encontrado su más fuerte estímulo en la creación de las armas. Y como ya vimos, el arma primera hace posible la aparición y el crecimiento del mando personal. Mumford ha observado que mientras alfarería, cestería, agricultura, durante siglos y siglos, desde el neolítico hasta el siglo XVIII, progresan lentísimamente, durante todo ese tiempo el progreso de las armas ha sido visible y constante. Y ha repercutido a su vez sobre la técnica general e industrial. La guerra ha sido la principal propagadora de la máquina (10).

Del palo primitivo a las armas atómicas hay una trayectoria continua; dentro de ella está inscrito el proceso de la historia humana.

Pero entonces, si de la guerra ha brotado todo lo que he-

(10) Mumford, *Técnica y Civilización*, págs. 168 y sigs.

mos visto desfilan por estas páginas, un tanto en confuso tropel, habrá que preguntarse: ¿por qué ha sido así? ¿En qué ha consistido ese poder creador y suscitador de la guerra? ¿Cómo ha operado y cuál ha sido su mecanismo? Y todas estas preguntas, para desembocar en: ¿qué hemos de temer y qué nos cabe esperar de la guerra hoy?

Alfonso García Valdecasas.
Serrano, 18.
MADRID.

LOS NIÑOS

Y OTROS POEMAS

DE

RODRIGO

FERNANDEZ-CARVAJAL



LOS NIÑOS

*Amigos de los pájaros y de los perros,
hijos de los jardines, donde como una flor se ofrecen al aire,
los niños encienden el mundo, levantan su sueño a lo alto,
corren hasta el borde de Dios, dejan caer su voz en el inmenso
vacío,
y se tienden después, ebrios, a la sombra de un gran árbol
amoroso,
riendo entre el césped, mientras las flores se abren.*

*Los niños no han salido todavía de la espesa sombra divina,
sombra de una montaña entre cuyas cañadas nacimos todos
como la fiera nace en la aspereza de la montaña terrestre.
Y por eso todos tenemos aspereza de El,
añoranza de El como el jabalí de las zarzas,
deseo de aquella infancia en la que el sol nos besó al fin la
frente,
pero en la que todavía la montaña sombreaba la rumorosa
llanura.*

*La infancia es como una gran sabana poblada de altas hierbas
en el corazón secreto y triste de Africa
adonde bajaran onzas y leones soñolientos;
aire expulsado de un hondo pecho respirante.
Esta sabana, arroyada por el agua de las vertientes,
engendra bajo la sombra de Dios sus cosechas.
La montaña, con su presencia dominadora y augusta,
pone moreno su aire, pasa sobre él una grave y gozosa ala.
Aire moreno de la infancia, fresca sombra de Dios en el guiño
de los jardines,
fresca sombra de Dios en la leche grumosa de la merienda,
en la naranja,
en la brisa que en torno nuestro batía la colgadura del tiempo
cuando con la mano nos enjugábamos el blanco labio mojado.
Dios moreno, Dios lento que derivas con la luz del día,
Dios de la infancia, cercano como la primera rama de un
árbol,
Sobre los niños rueda tu cóncavo seno,
y en el sonido, como en la onda de una campana, están los
niños anegados.
Girad, animales jóvenes, gacelas,
animalitos de la casa de Dios que jugáis con el ovillo de sus
días luminosos;
girad hasta que la noche os rinda con su duro beso.
Porque escrito está que hemos de salir de la sombra,
como el león que, enloquecido por el hambre, va al desierto,
y que apenas las aves y las nubes traerán hasta nosotros
el recuerdo de la montaña paterna.*

EL PAJARO

*Con sabiduría vieja y apretada,
como el fruto violento de una encina en una violenta llanura,
he de decir que he visto a Dios, gran halconero, cebando un
gran pájaro.*

*Un pájaro de ojo encendido, pico terrible y suavísimo plumaje rojo,
que entre sus garras le traía toda la cotidiana inquietud de los hombres,
como le podría traer una débil ave desangrada.*

*Este pájaro era el crepúsculo: el crepúsculo cruel que dos veces por día baja a la Tierra
y sorbe al mar su luz, y a los hombres su amor pesadamente amasado,
y a cambio deja, como una pluma que en lentos revuelos hubiera caído al suelo,
el mensaje ígneo, el puñal ardiente de la belleza.*

*Entonces supe por qué lo bello tiene para los hombres ese aire oscuro de cosa comprada con sangre.
Por qué las olas, las muchachas, las perfectísimas tardes, son, en el fondo, altares veteados de un rojo sombrío
donde se consumó un sacrificio lento hace mil años.*

*El crepúsculo visita como dueño absoluto la Tierra.
Primero, el reflejo de su plumaje tiñe vagamente de rojo los montes,
y luego, entre un rumor estruendoso de alas que golpean el aire,
se cierne sobre ellos, se posa, hunde en el purísimo césped las garras,
y con las alas sombrea y enloquece el mar radiante que junto a los montes murmura.*

*Tendidos en las playas, o vueltos de espalda aparentando indiferencia,
los hombres mezclan sus voces al rumor inmenso del crepúsculo,
pero apenas hablan de él, porque saben que nada pueden contra su fuerza,*

*y que si se enfrentaran el corazón les quedaría acaso sangrante
en el ferocísimo pico.*

*Toma, pájaro terrible, lo mejor de la casa:
el río, la brisa naciente,
el ardor de los hombres enamorados,
los estampidos secos de la escopeta del cazador en la linde
del bosque,
las palabras distraídas de los que conversan de asuntos tri-
viales,
la arena que se escurre entre las manos de los que descansan
a tu paso en la playa.
A cambio de todo, déjanos otra vez tu pluma,
tu agria pluma tremenda que Dios acarició con su mano,
y con ella iremos recorriendo la belleza mortal del mundo
hasta que un día cualquiera, para que podamos ver la otra
luz más alta,
tu pico nos saque los ojos*

EL BOSQUE

*Por el cielo del bosque vuela el ave
y la sigue un aroma hondo y violento.
En esta hora el alto bosque sabe
dar su tesoro desatado y lento.*

*El bosque boga grave en la mañana
tras de una cierva hace cien años ida,
cuya memoria como flor lejana
trae cada primavera repetida.*

*El bosque entre los pájaros desata
su alma robusta y áspera hacia el cielo.
Brilla y zurea en la celeste plata
y es luego césped en el vago suelo.*

*A veces alza el bello soñoliento
la res tranquila que en su arcano mora,
y huye solemne y bendecido el viento
como el alma madura de la hora.*

*Ah, el lento bosque, con su gran respiro,
todo en el tiempo y en el aire echado.
El lento bosque donde está dormido,
bajo la umbria, el celestial ganado.*

LOS LOCOS

*Veo hogueras, vagas hogueras que apenas crujen.
Estos son los locos, señor, los locos que pasean por el jardín
del asilo,
cuyas almas levísimas recoge eternamente
la concha de tus manos allá en tu playa.*

*Señor, Señor Niño que presides los aires,
no juegues más con el lento cauce flúido.
Déjalo volver, como vuelve la lengua del animal manso,
y que estas tristes ramas secas se reflejan en él un instante.*

*Porque son sólo luciérnagas que se quemaron,
hijos que nacieron antes de tiempo,
campanillas que brotaron del campo hondo y jugoso
cuando ninguna primavera las convocaba.*

*Yo los veo pasar, mientras tu rosa gira sonoramente en el
aire,
insensibles a los frescos pétalos que acaso de Ti caen y en
su viejo cuerpo se posan,
pececillos fuera de tu río inmenso
que en la roca descansan, y allí diariamente besan la muerte.*

Tú no pudiste, Señor, decretar que estos cuerpos nacieran.

*Al abrir las compuertas, en el primer día del mundo,
se despeñaron en desorden criaturas que apenas tenían em-
pezadas,
como si un ciclón asolara el taller del alfarero.
Y entre ellos estaban los locos, los tristes locos obsesos,
los locos que parecen perseguir eternamente una margarita,
los que son sólo una espera viva, un tallo ofrecido a tu dulce
espada,
un oscuro carbón que solamente se encenderá con tu lumbre.*

*Pero sus almas existen, sus almas saltan entre tus dedos,
sus almas esperan a los pobres cuerpos cansados.
Y un día se encontrarán, ya en tu región maravillosa,
y Tú arrojarás, riendo, los pececillos al río.*

EL PASO DE DIOS

*Dios lentamente cruje, acaso alienta,
acaso silba junto a nuestro oído.
Todo El espera luz, todo tendido
sobre un lecho de gracia y de tormenta.*

*Derriba la cabeza. Hay una lenta
brisa que se despeña en su vestido.
Hay en su labio un agua azul, un ruido
de amor que nace, marcha, vuelve, tiente.*

*De ola en ola pasando nos entrega
sabor de sal mojada, espuma ida,
lluvia que vagamente al viento cede.*

*De ola en ola pasando nos anega
con mansa fuerza de testuz vencida
la fuga de su pluma terca y leve.*

EL AMOR QUE SE ALZA

*Luz en la noche, enciéndete, luz en la noche.
Sobre el camino hay sombras vivas, sombras de rumorosos
árboles.*

*Acaso tus collares destellan; acaso tu voz virginal resuena
como traída hasta mí por el viento.*

*¿Eres tú la que espero, muchacha sentada en la vera,
dulce corazón, pájaro tibio, oro encendido y silente?*

*Tus manos tienen la secreta ofrenda del amor, como si te
pasmaras de ella,
como si Dios te la hubiera dejado al pasar para que yo la
encontrara.*

*Al llegar no me conociste, y me hube de manifestar con pala-
bras.*

*Primero era un fragor torpe, una resaca que golpea y clama,
un montón de usos desteñidos, de amargas esquinas rotas,
de filos que me habían estado sangrando toda la vida,
de corazones que me habían cantado alguna vez como cam-
panas.*

*Quedaste turbada, con la túnica en el oleaje,
niña que de repente siente rodearla el agua.*

*Después, un pez alegró la marea,
una luz súbita batió, un ala viva venció la sombra,
un raudo sol arrojó fuegos a mansalva.*

*Y ahora el secreto calor nos invade, nos quema las manos,
nos ama.*

¡Pájaro de colores, música, halcón sin dueño que se alza!

CANCION DE LOS COLORES

*Decías los colores:
malva, lila, ciclamen. Todo un vasto
reino de luz abierto,
y como espada llameando.*

*¡Aquí está el malva, aquí está el rosa,
aquí tu corazón, aquí el blanco!*

*Color éramos, amada,
color de hoja profunda y pétalo llorando,
color inmóvil que te quería,
color de sueño o vaso,
color de viento corto,
color de corazón parado.
Cuando nombraste los colores
todo se te rindió, como un campo
que derrumba sus fortalezas, como un sueño
turbio que abre sus puertas y escapa gritando.*

*Soy verde hoja profunda, anégame
con tu malva maravillado,
con tu lila fresco, con tu rosa,
con tu leve corona de blanco,
con tu sueño de los colores
absorto y claro como un árbol.*

*Este es el reino silencioso
que nos estaba destinado.
Este es el fuego que rodea
tu corazón, sin lastimarlo.*

Rodrigo Fernández-Carvajal.
Granja, 4. Parque Metropolitano.
MADRID.

EL PINTOR WILLI BAUMEISTER

POR

RICARDO GULLON

La visita a España, con ocasión del Segundo Congreso de la «Escuela de Altamira», del pintor alemán Willi Baumeister, es acontecimiento que merece ser destacado. Baumeister es el artista más importante de la Alemania actual y desde hace años su obra es seguida entre nosotros con interesada curiosidad. Buen testimonio de ese interés fué la monografía que en 1934 le dedicó Eduardo Westerdahl, crítico de alerta sensibilidad, en las ediciones de la «Gaceta de Arte» tinerfeña. Sirva el dato para hacer notar que si el ambiente general de este país, en cuestiones de arte, aparece bajo el signo de la incuriosidad y la pereza, rara vez faltaron mentes alertas y bien informadas que escrutaran con atención los movimientos estéticos actuales.

Baumeister cuenta sesenta y un años plenos de vitalidad, de energía creadora, de humor ingenuo y sólido. Alto, vigoroso, expansivo, irradia fuerza y alegría. A su lado uno se siente rejuvenecido; más, vuelto súbitamente a esa hora magnífica en que aún gozamos incontaminado el placer de vivir, el deleite de las agradables naderías que dan a la vida su dulce sabor. Comunicativo y jovial, sabe crear a su alrededor una atmósfera de comprensión y simpatía, cuyo influjo no tarda en hacerse patente sobre quienes le asisten. Hablando de pintura, su palabra le cambia y enardece. Toma el lápiz o el carboncillo, y con rápidos y firmes trazos ilustra lo que pretende decir. Por clara que sea su expresión, se le antoja incompleta hasta tanto le da representación gráfica. Su lenguaje es preciso y medido; expone las ideas con seguridad, por medio de fórmulas densas y sencillas; pero, acaso desconfiando de su capacidad para hacerse entender, acaba por recurrir al dibujo, al apunte, a la figura, como lo haría un geómetra en el curso de una demostración.

La palabra que más veces le he oído repetir es «Wonderwar» (maravilloso, admirable). De descubrimiento en descubrimiento, todo le parecía excelente, digno de la exclamación que le dedicaba. Y es grato vivir al lado de seres que supieron conservar, entre los embates de la vida, esa pura capacidad admirativa, esa aptitud para recibir, con asombro y agradecimiento renovados, los dones de la existencia y extraerles su zumo. No es extraño que, quien así siente, vea las cosas, los objetos, la realidad toda, como espectáculo intacto, conjunto de riquezas vírgenes ofrecido a los ojos ávidos del contemplador para incitarle a la creación. ¿De cuántas maneras y de qué maneras puede la realidad ser trasplantada a la pintura? De la contestación a esta pregunta se deducirá nuestra actitud frente al arte. Por eso no será ocioso plantearla a quienes decidan echar su cuarto a espadas en cuestiones de estética.

Para los que piensan que la realidad sólo puede aparecer en el cuadro con su ropaje consuetudinario, adobada de tópicos y reteñida de convencionalismos, cuanto es imaginación, inventiva y fantasía creadora, constituye un elemento perturbador que conviene desterrar de los ámbitos pictóricos. Los partidarios

del realismo fotográfico, si fueran fieles a su doctrina y no se dejaran vencer por argumentos de autoridad, llegarían a poner en cuarentena al mismísimo Velázquez, cuyo realismo, por ahilado y en verdad «abstracto», debe perturbar y ciertamente perturba su mala conciencia de adalides de la copia.

Frente a la Naturaleza, ciertas personas apenas saben vibrar y ver por cuenta propia. Están mirando el arroyo o el soto y no lo ven: a su visión se superpone un esquema, arbitrario a fuerza de violento, en que la multiplicidad de lo real y lo posible se concreta a un prototipo. Otras personas, y tal es el caso de Baumeister, no sólo ven todo lo que hay en las cosas, sino también y al mismo tiempo su latido, la secreta palpitación que puede hacerlas cambiar y autoriza a pensarlas (siquiera idealmente) distintas de lo que son y de cómo existen. La visión de Baumeister es dinámica, imaginativa, y abarca una riqueza sensiblemente superior a la de quienes contemplan la realidad de modo inerte. Cuando en lenguaje popular hablamos de hombres que ven u oyen crecer la hierba, tengo para mí que se está aludiendo a los artistas, pues para serlo del todo necesitan tener los sentidos aguzados hasta un máximo de sutileza y sensibilidad. Baumeister, tras ver crecer la hierba, necesita registrar en el cuadro esa finísima vibración de lo real. Para lograrlo abarca la realidad desde otra perspectiva, conforme con tal específica necesidad de su pintura, que reclama medios en consonancia y una revisión total del mundo de las formas para adaptarlas a tan sutil exigencia.

El artista trata tanto de completar las realidades como de eliminarlas. Encuentra en lo real materiales que no le sirven y no vacila en desecharlos, abstrayendo del todo los elementos necesarios a la creación. Pero, al mismo tiempo y esbozando el envés de este ademán, arroja a la obra ingredientes irreales, mejor dicho, extra-reales, cuya falta ha advertido en los mundos contemplados. Entiéndase este proceso: si no es inconsciente, porque el artista tiene en todo momento sentido de lo que quiere lograr y va guiado por una intuición que hace las veces de la consciencia, si es espontáneo y por así decirlo, biológico. En Baumeister la realidad está traspuesta a un lenguaje inhabitual, acaso por la necesidad de contar con un instrumento de rigurosa lógica, trabado y articulado de manera que podemos llamar sistemática, por tan minuciosa y completa como es. Sus signos tienen una significación precisa, y no contentándose con ser expresivos, aspiran a ser unívocos en su expresión. Que un monarca aparezca despojado de los sólitos atributos con que se le representa en el naípe, no se opone a la fácil identificación de su presencia—según ocurre en las ilustraciones al «Saul»—, gracias a la sencilla expresividad de la imagen en que se condensa la idea de su realeza.

* * *

Hacia 1919, Willi Baumeister, superada la etapa de tanteo en que el artista se debate inicialmente, emprende su marcha por las sendas de la pintura. ¡1919! ¡Cuánta ilusión posible todavía en el alborar de la que se creyó postguerra y fué simple entreacto! ¡Qué hora expectante y removedora para las artes y especialmente para la pintura! Por fuerza debo refrenar el deseo de escribir alguna cosa sobre el esperanzado instante del mundo que siguió a la llamada «guerra europea»; es necesario reducir el asunto de este ensayo a sus límites propios, y aun haciéndolo así, el análisis de la pintura de Baumeister,

que se extiende a lo largo de los últimos treinta años, algo dejará traslucir en sus mutaciones de los cambios en la sensibilidad y la preocupación del hombre moderno.

Prescindo de los años de aprendizaje, no por considerar desdeñable su influencia sobre el artista, sino por creer que durante ellos germinan oscura y lentamente las semillas que más tarde van a convertirse en flor y fruto. Y el fruto y la flor constituyen el objeto de nuestro estudio. Los primeros tiempos fueron de labor sin brillo, hecha en silencio, en la Academia de Bellas Artes de Stuttgart (ciudad natal de Baumeister), sin ser apenas influido por sus maestros oficiales. En 1912 y 1914, breves estancias en París, donde experimenta la influencia de Cézanne y de los pintores cubistas. Viene luego el paréntesis de la guerra, hasta 1919. En ese año, ya desmovilizado, Baumeister comienza a trabajar en una serie de murales en que abundan los rectángulos y en general las figuras geométricas; mas la utilización de formas elementales no excluye el empleo de elementos libres (árboles y otros objetos) y la representación estilizada de la figura humana. Conviene señalar en estos trabajos el predominio de las líneas rectas sobre las curvas.

Los murales partían de una idea sencilla: «El hombre—escribió Baumeister—hace un muro. El muro le da un plano. El plano es el medio primitivo, el primer medio elemental de la pintura». Se trataba de volver ascéticamente a lo primigenio, tornando de nuevo a los elementos más sencillos, tenidos por superados antes de apurar todas sus posibilidades. Baumeister realizó sus cuadros sobre el muro, recurriendo al relieve para darles una profundidad real y no la ilusoria obtenida cuando el artista busca en la perspectiva la profundidad de la obra. Observó también que en las pinturas rupestres faltaba la perspectiva, y analizando cuidadosamente la evolución de su arte, advirtió que el Renacimiento, al imponer la perspectiva lineal, había destruido el plano, que reaparece en Manet y se acusa con mucho vigor en los cubistas.

En 1927 expuso Baumeister por primera vez en París, y de esta fecha data el reconocimiento extranacional de su talento. Ahí comienza un período de su obra que pudiera denominarse con cierta vaguedad «abstracto» empleo ese término con todas las reservas, pese a su evidente insuficiencia, sólo por creerlo útil para ser rápidamente entendido). En los cuadros de esta época predominan los colores finos y el negro: matices de gris combinados con blanco, muy distintos unos de otros, muy diferenciados. La paleta de Baumeister había conseguido ya esa delgadez expresiva, esa finura de colorido que en lo sucesivo no faltará nunca en sus lienzos.

Son tiempos granados. Tiempos de madurez. En 1929, a los cuarenta años, su arte está decisivamente afirmado. Tiende a la esquematización y logra invenciones inesperadas, versiones audaces de la realidad. Pinta varios cuadros representando escenas deportivas. El deporte venía suministrándole motivos de inspiración desde cuatro o cinco años antes y siguió proporcionárselos durante algunos más. La vigencia de las sugerencias deportivas en la obra de Baumeister duró por lo menos dos lustros.

En 1931, la corriente surrealista aflora en este artista, incitándole a pintar una docena de telas llenas de fantasía y de animación, habitadas por sus secretos sueños. Desde una pintura de la actualidad circundante, de que tenemos buenos ejemplos en los cuadros de asunto deportivo o maquinista, deriva a la pretensión, no contraria sino complementaria, de querer pintar las qui-

meras ambulantes por los desvanes del alma. Este proceso se desarrolla lógicamente en quien siente la inquietud y el deseo de expresarse por completo, y quiere recapitular en la tela emociones de dispar origen. El surrealismo, si técnicamente no podía enseñarle gran cosa ni hacer su mano más diestra o más flexible de como ya lo era, volcaba en la obra un impulso liberador y aventurero, fecunda incitación a buscar por todos los caminos, sin cerrarse previamente ninguno. Aunque los aportes surrealistas no sean sustanciales, han dejado en la obra de Baumeister una vibración, una jugosidad que justifica su presencia.

En «El Pintor» (*Der Maler*), consiguió algo muy interesante. Está íntegramente compuesto por puntos de colores elementales: rojo, azul, amarillo, negro y blanco. Es de 1932, momento en que inicia otras aventuras estéticas, creando nuevas imágenes de temas deportivos y empleando como materiales masilla y arena de colores. De 1936 a 1937 pinta unos veinticinco cuadros de máscaras, y en 1937 los llamados «Ideogramas», en que las manchas de color, si bien tendiendo hacia la abstracción, quieren tener valor significativo, significación. En alguno encuentro premoniciones, avisos de lo que años después va a ser el *Saul*; síntomas de una simbiología abierta, pero completa y colmada de sentido. En las «formas arcaicas» esa premonición es más notoria. Las «formas volantes», correspondientes a esta misma época, se distinguen por la inclinación de las manchas de color, que cortan el cuadro vertiendo sin demasiada violencia hacia uno de los lados; esa inclinación les da especial movilidad, y de ahí su nombre. Son ya pintura absoluta, desligada de la realidad exterior, aunque acaso menos ajena a ella de lo que suponga el espectador desatento. En la serie «Eidos» surgen amibas, formas asociadas a recuerdos oscuros, a entrevisiones, a los descubrimientos que el hombre realiza cotidianamente al contemplar la naturaleza con mirada desnuda. El cuadro titulado «Adonis y Perséfone», admirable combinación de blancas formas estáticas con tres grandes manchas negras dispuestas en la parte superior de la tela, tiene como fondo un puntillado de colores muy finos: verdes tiernos, azules débiles, insinuaciones de amarillo... Las formas que llamaríamos protagonistas, manchas planas que atraviesan el cuadro horizontalmente, se contraponen entre sí—lo blanco y lo negro: Adonis y Perséfone—y con las figuras etéreas, algunas vacías de color, que verticalmente ascienden a los lados del cuadro. El equilibradísimo conjunto produce la impresión de haber sido minuciosamente estudiado, compuesto en detalle, sin dejar al acaso sino el *mínimum* inesquivable. No es un juego de formas y de colores, porque detrás opera una imaginación que transpuso la mitología habitual a un lenguaje distinto, vigoroso y expresivo. Desde el punto de vista pictórico, la personificación de Adonis y Perséfone tanto podría realizarse en la forma habitual, encarnándolos en figuras humanas, como en formas puras y libres, según las inventó Baumeister. Y arguye mayor indolencia mental aceptar las primeras que intentar la recreación del mito con otros signos. Lo esencial es conseguir una obra bella, y tal puede obtenerse partiendo de cualquiera de los dos supuestos; así, el primoroso trabajo de Baumeister resplandece en su recién descubierta fraseología. La inveterada y harto resuelta objeción de que el espectador no entiende lo que el artista se propone tiene pronta respuesta. Para no entrar en disquisiciones, ya apuntadas por mí en otras coyunturas, me limitaré a preguntar: ¿Es que el espectador conoce los mitos de Adonis y Perséfone de modo sufi-

ciente para entenderlos? ¿Es cierto que, en general, su comprensión no ve más lejos de sus narices y que ante un cuadro representativo semejante al imaginado, los «santos», según les llaman los chiquillos, no le dicen nada?

Volviendo a Baumeister, señalaremos en su producción de 1941 cuadros que son simplemente relieves de líneas con manchas en color, y en la de 1942, los grandes empeños que le ocuparon durante los períodos denominados «africanos»: en éstos emplea con menos frecuencia materiales que no sean pinturas propiamente dichas. El negro es el color dominante, registrándose abundantes reminiscencias africanas, y no sólo del arte negro, tal como triunfó en París en las primeras décadas del siglo, sino de las culturas indígenas de diversas zonas y lugares del Continente oscuro. «Siduri», cuadro representativo de estos períodos, muestra no sé qué grandiosas huellas de culturas desaparecidas, algo semejante a los colosales fragmentos de templos en ruinas, templos de los que solamente quedan esos vestigios, indicios de la construcción antigua. La pintura, distribuída en diversos niveles, produce en el cuadro relieves y depresiones, y el color único gris-verdoso, más claro en las sombras y en las depresiones que en los relieves, por su misma uniformidad presta a la construcción el carácter severo adecuado a la utilización de elementos y sugerencias arcaicos. En otras telas hallamos signos parecidos a los de la escritura sumeria, que ha influído mucho en la obra de Baumeister; los colores suelen ser apagados y oscuros. Las telas «africanas» lindan por más de una vertiente con las llamadas «arcaicas de Ur», que recogen las formas de tan remota civilización, si bien en estos cuadros los colores predominantes son vivos y las formas evocadoras de la antigüedad alternan con las geométricas: cubos, rectángulos, círculos...

Al hablar de «períodos», no quiero decir que durante los años incluídos en ellos toda la pintura de Baumeister marchara en una sola dirección, sino que esa dirección fué la seguida con más persistencia. Junto a ella coexisten, incluso como compensación, otras varias, mezclándose y cruzándose de un modo natural y comprensible. Al lado de los cuadros del período africano (que se extiende desde 1942 a 1946), hallamos algunos tan diferentes de inspiración y hasta de técnica como el titulado «Figuras del sol», en el cual manchas de colores claros—rosa, azul, amarillo—, muy finos, se dispersan sobre nubes de color, difuminadas, compuestas con colores mezclados. De 1945 son los «Muros peruanos», en donde la montaña vibra y se anima, estremeciéndose en fragmentos de color variado, como si la entraña de la tierra, desgarrada por la imaginación del artista, crepitara de luces, de fuegos, de insólitas armonías coloristas.

Los paisajes metafísicos son de 1947-48, y en el 48 pinta Baumeister cuadros en que las tendencias metafísicas y arcaicas se mezclan, y telas que registran variantes de formas absolutas, conseguidas con las llamadas «formas perforadas», es decir, manchas de color con espacios huecos en los que el fondo visible es el lienzo mismo.

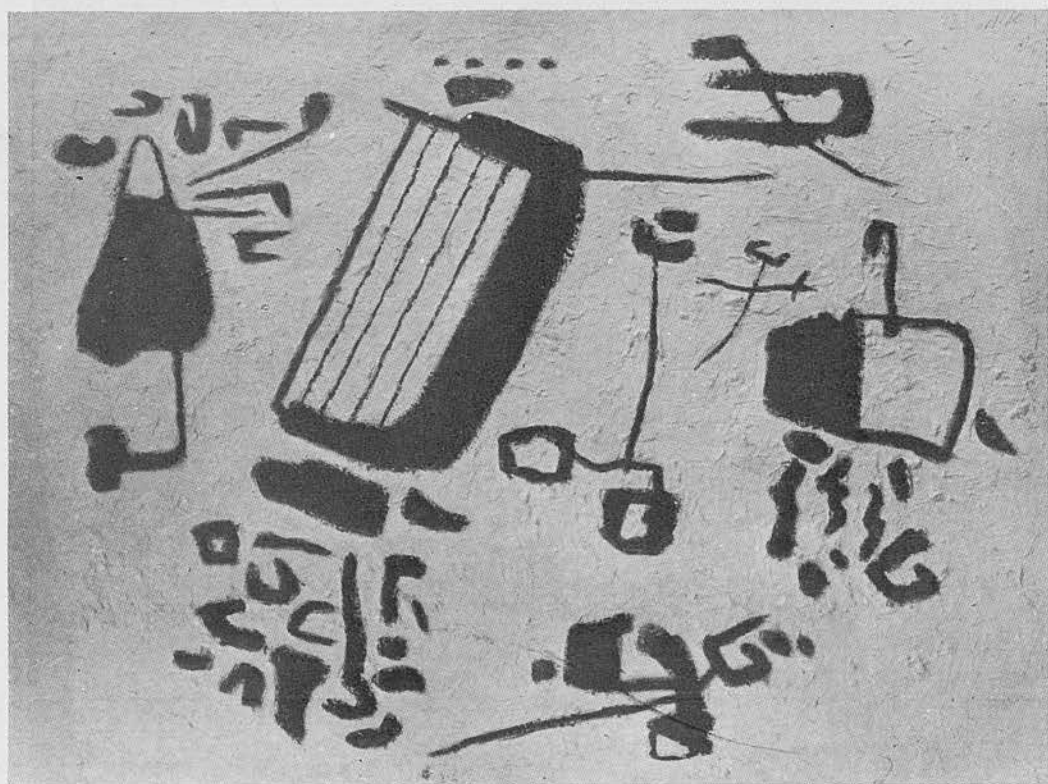
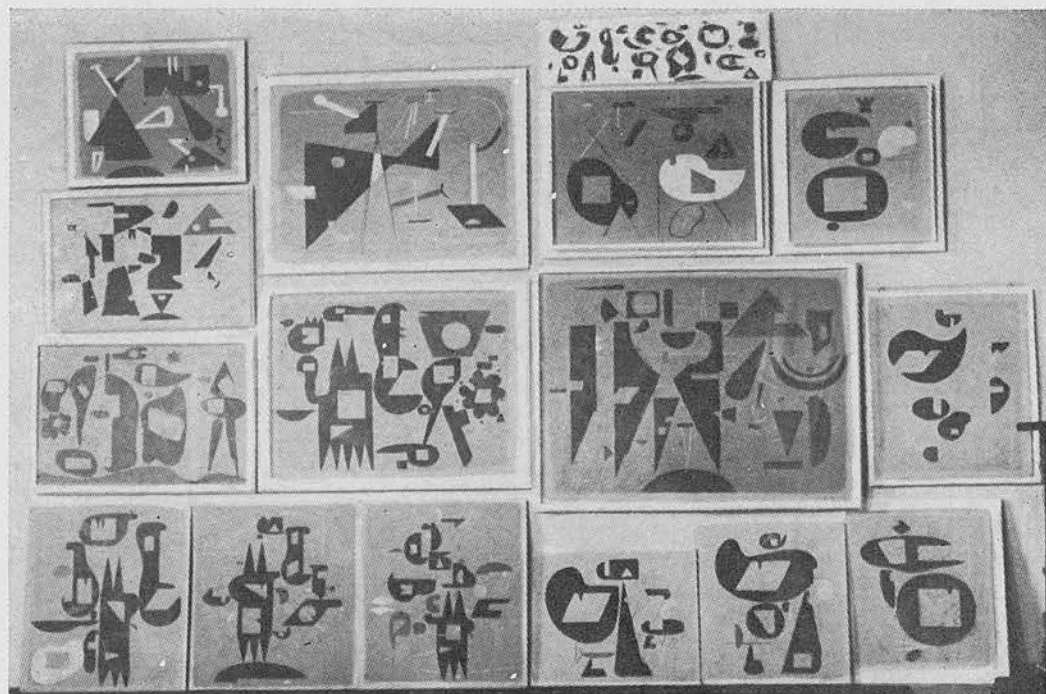
A menudo Baumeister utiliza una especie de peine de acero, con el que marca la pintura depositada sobre la tela; los trozos así preparados dan la impresión de tierra arada y a veces traslucen un matiz de color distinto del puesto a la vista del pintor. Técnicamente, este artista lo sabe todo, y su sabiduría técnica viene determinada por la intuición tanto como por la maestría. La sensibilidad propiamente pictórica de Baumeister sirve al juego de su

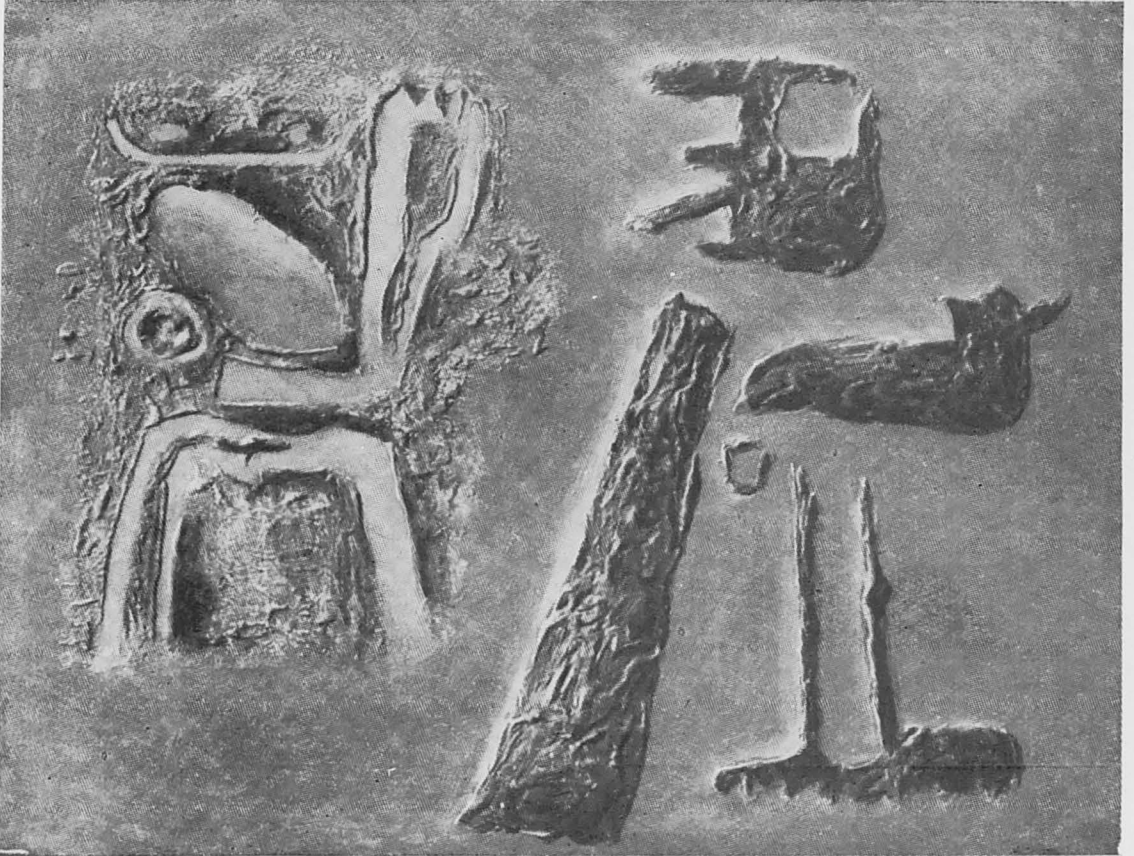
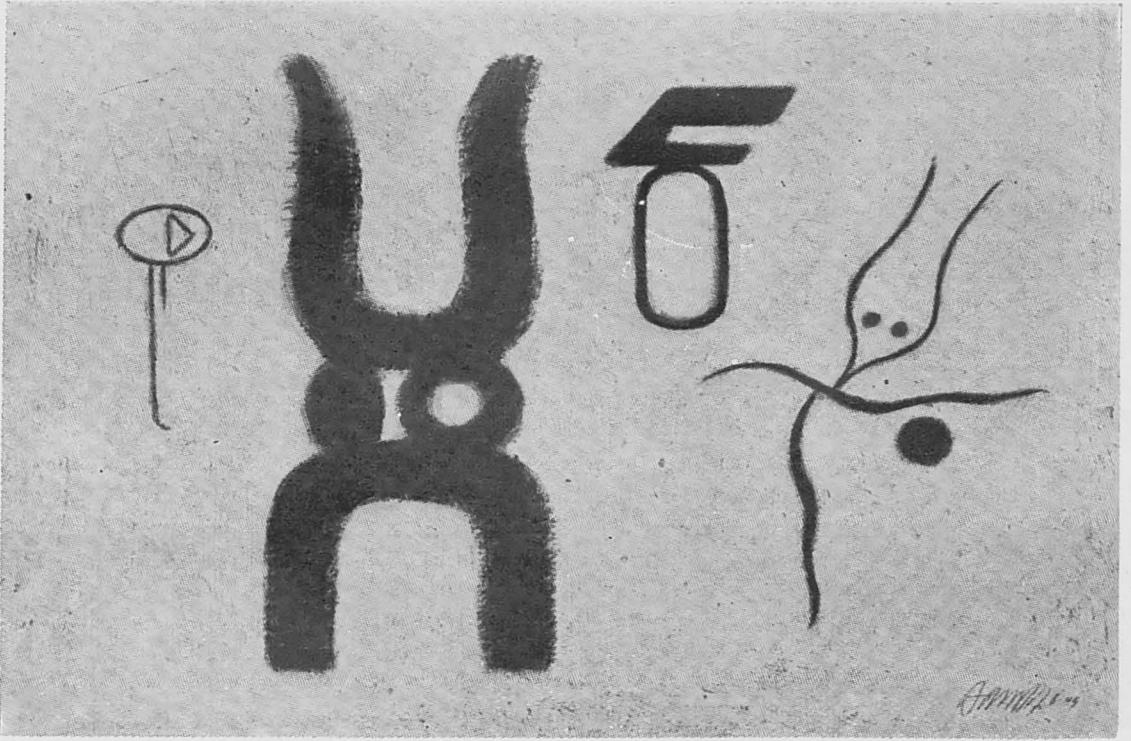
imaginación, sugiriéndole métodos, si no fórmulas, complementos necesarios de la creación artística.

En 1950, Baumeister insistió en las formas absolutas, pintando los cuadros de «manchas vivas»; aquí aspira a prolongar por otros caminos la aventura intentada con las «formas volantes». Las telas últimas están constituidas casi en su totalidad por figuras negras flotantes sobre fondos claros. Siendo toda su obra muy libérrima y desgajada de contención exterior, en las recientes entregas tal característica se acentúa y acentúa la tendencia al vuelo que constituye una de las cualidades más fácilmente perceptibles de su figuración. Y hay algo sobre manera importante y digno de ser destacado como punto esencial de este rápido examen de la pintura baumeisteriana; algo que, para poder expresarlo, requiere conocer al propio Willi Baumeister. La pintura de Baumeister está hecha en la serenidad, en la alegría y con la firmeza de quien descubre nuevos y seguros rumbos para el arte. Si se recuerda que ciertos críticos han considerado el arte abstracto como producto de la desesperación del hombre contemporáneo, y que los cantos de los novadores sonaron en sus oídos como salmos funerales, se comprenderá cuán importante puede ser el testimonio de un hombre cuya innegable buena salud física y espiritual, cuyo equilibrio y vitalidad le llevan a un género de creación que se adentra en lo absoluto precisamente cuando vive su hora de plenitud y esperanza.

Aun siendo hartamente esquemática esta reseña, creo habrá quedado clara la diversidad de facetas advertible en la pintura de Baumeister, a quien será inútil querer encuadrar en cualquiera de los movimientos artísticos con los que se encuentra relacionado. Baumeister escapa a toda tentativa encasilladora; su arte no obedece a más ley que a la denominada por Kandinsky: «de la necesidad interior», es decir, de la necesidad estética. Contemplando cuadros suyos de distintos periodos, se los advierte ligados por vínculos sutiles que revelan parentesco e inspiración común: acuerdo en lo esencial. Telas correspondientes a series de apariencia muy varia, y no digo contradictoria porque no hay contradicción sino solamente diversidad en el hecho de alterar el punto de partida y el objetivo; telas en que si formas y estructuras son sustancialmente distintas, conservan la impronta de una fantasía única, de una tensión que va cambiando y en el cambio se confirma y se afirma. La unidad de fantasía es decisiva porque representa la unidad del universo forjado por Baumeister: mundo donde las cosas quieren desgarrarse y volar, henchidas de dinamismo y aventura. Esta posición dinámica tan notoria en los cuadros recientes estaba en germen en los de hace treinta años, cuando las intenciones constructivistas de Baumeister parecían limitar su voluntad de movimiento. Pero ¿acaso las invenciones inspiradas en temas deportivos no dan fe, ya entonces, de su atención a las formas en marcha?

Hablando de Baumeister, decía Eduardo Westerdahl en la monografía citada al comienzo, que «como una aguja que marcara las más finas precisiones, como una placa que recogiera las más finas ondas, el artista de hoy, con el oído junto al pecho de su tiempo, parece percibir esos mensajes lejanos y precisos». Se refería Westerdahl a los mensajes llegados al hombre desde mágicas y remotas corrientes, y su frase no puede ser más justa en cuanto aplicada a creadores de sensibilidad tan abierta como Baumeister, en cuyos cuadros trasparece una luminosa captación de la realidad, imposible de lograr por los medios ordinarios.





Quisiera dejar al lector bajo la impresión de que en la pintura de Baumeister los elementos mágicos tienen al menos tanta importancia como las técnicas desarrolladas para darles realidad. Es cierto que las obras de la etapa constructivista quieren anular el engaño a los ojos inventado siglos atrás (según el cual se querían fingir en la tela las tres dimensiones de los objetos reales), mas es para devolver al cuadro su espacialidad y al plano su valor, para utilizar el espacio de la manera que creía más racional. En las telas de épocas subsiguientes, la pasión se agita y las formas se aprestan a fermentar, formas de pasión y aventura, y que por serlo parecen hallarse en disponibilidad e impresionan como si se pudiera esperar de ellas otra configuración, un cambio en la disposición de las imágenes, nunca fijadas definitivamente, en inmovilidad última. La renuncia a la tercera dimensión tiene el sentido de una evasión. Se huye de la manida realidad de lo corpóreo, buscando trascenderla y encontrar más allá ciertas calidades de los objetos que mejor se diría presentidas que conocidas. Cuando en ocasiones el arte moderno parece titubeante, es que está tanteando la expresión de algo no visto, sino intuído, de formas cuya vitalidad no es un hecho, sino una vibración, un temblor: esos mensajes mencionados por Westerdahl, que, como él apunta, son al propio tiempo «lejanos y precisos». Si por lejanos difíciles de captar, por precisos exigen una aprehensión terminante, y a ella tal vez no se llegase sin probar primero, sin buscar con paciencia, rasgando las sombras gracias a esas iluminaciones que constituyen una de las más eficaces armas del artista.

Iluminaciones. No está mal mencionarlas con referencia a Baumeister, puesto que confiesa su creencia en la fuerza de la inspiración. Piensa que el artista arranca en la creación de un supuesto y de un propósito que, por circunstancias diversas, van alterándose en el curso del trabajo. Surgen incidencias determinantes de cambios en el proyecto original, y entre ellas son decisivas las producidas por iluminaciones exteriores, por auténticos cambios de luz que incitan a dar imprevisto sesgo a la obra. Del proyecto inicial a la finalidad prevista marcha una línea, una línea recta, mas en algún punto de ella sobreviene el acaccimiento que la desvía y la hace ir en otra dirección, marcando un ángulo más o menos considerable (ángulo creativo), que es donde realmente se suscita la obra de arte tal como al fin se logra. El artista baraja en la creación elementos estrictamente personales con otros que, nacidos asimismo en su cerebro, tienen como elemento fundamental, como origen o punto de partida, inspiraciones exteriores, imprevistas en su peculiaridad, aunque su aparición sea previsible y pueda desde el comienzo contarse con ellas. Baumeister proclama el valor y la significación de tales inspiraciones con referencia al conjunto de factores que engendran el cuadro.

No sé si la movilidad de las formas, según Baumeister la concibe, quiere superar el dinamismo de sus telas anteriores al año cuarenta, pero el espectador desprejuiciado advierte progresiva fuerza ascendente en las manchas de sus lienzos absolutos. Las formas volantes tenían densidad, peso y volumen casi tangibles; ahora, en las manchas vivas, peso y densidad disminuyeron, y las figuras tienden a ascender, flameando en el espacio. Se puede comparar las primeras a máquinas voladoras, a proyectiles surcando el espacio, mientras resultará adecuado evocar, a propósito de las segundas, las gráciles y flotantes nubes. La calidad de borrones que fingen algunas «manchas vivas» fué bus-

cada para infundir la impresión de disponibilidad a que antes me refería y está en flagrante oposición con las «formas volantes» de la primera tendencia, conclusas y disparadas en una dirección precisa. Las pertenecientes a esta postrera etapa de la producción baumesteriana viven libres en su cielo, a merced del viento, que diríase puede alterar sus contornos y darles otra apariencia, otra figura. La actual singladura del gran pintor le mantiene en sus aguas predilectas y, como esos navegantes arriscados para quienes el placer del descubrimiento supera a cualquier otro, permanece dispuesto a reemprender con juvenil ardor la marcha hacia lo desconocido.

Ricardo Gullón.
Muelle, 22.
SANTANDER (España).

EZRA POUND Y EL HUMANISMO AMERICANO

POR

LUCIANO ANCESCHI

*A D. D. Paige, en el recuerdo
de una cena catuliana.*

De Luciano Anceschi somos ya varios los escritores españoles que hemos tenido grata ocasión de ocuparnos, aun cuando el artículo que se publica a continuación sea ciertamente la primera de sus obras vertida al castellano. La acción intelectual del profesor milanés de Estética se desarrolla en tres planos distintos: el de una poética cuyo primero y ya lejano impulso es, naturalmente, Croce, pero que, más de cerca, se ha beneficiado con el aporte teórico de Benfi con su propia preparación filosófica y con la decantación de las experiencias poéticas más vivas y abiertas de nuestro tiempo. Autonomía y heteronomía del arte e Idea de la lírica son, en esta dirección, sus libros capitales. El fino historiador del pensamiento estético que es también Anceschi se ha interesado por la idea del barroco (no está de más advertir que ha traducido y prologado Lo Barroco, de Eugenio d'Ors), a través, principalmente, del P. Bartoli y de los escritos juveniles de Juan Bautista Vico y no menos por la del neoclasicismo de Ingres, estudiado en parangón con Delacroix, y el de nuestro tiempo, el que ha acontecido entre las dos guerras mundiales: nuevo clasicismo que él personifica emblemáticamente para Europa en Eugenio d'Ors (al que ha dedicado un agudo libro), para América —y éste es el motivo conductor del estudio que aquí aparece— en Ezra Pound y, tal un superior trascender de esta y aquella localización hacia la unidad occidental de civiltà, en T. S. Eliot, tan profundamente conocido y apreciado por Anceschi que, remontándose hacia la raíz de la "idea de la lírica", ha traducido asimismo los textos más rigurosamente estéticos de Plotino y ha estudiado desde un interés actual los líricos griegos, verdecidos siempre en su perdurable juventud. El tercer plano de su actividad es el de la crítica literaria, penetrada de sentido lírico y, como podrá comprobar el lector, capaz de seguir con increíble agilidad las más difíciles curvas y repliegues de la obra amorosamente estudiada. Un grupo de hombres, poetas, escritores, están hoy consagrados a la renovación de las letras italianas. Luciano Anceschi trabaja junto a ellos y sus meditaciones constituyen la más alta contribución positiva, mayéutica, de su labor. Un propósito ejemplar, humanista, hondamente italiano, le anima: el de llevar "hasta más allá de la crisis, para el servicio de aquella diversa Humanidad que ya se viene formando, los modos antiguos de una superior felicidad".—JOSÉ LUIS L. ARANGUREN.

«Pound tiene un exquisito sentimiento del *humour*, y su estilo es verdaderamente magistral...» A propósito de las cartas de Pound, ha sido el mismo Eliot, en *Isolated Superiority* (en *The Dial* y fin de 1928), quien ha dado la voz de alarma; y, ciertamente, un discurso sobre la manera seca, insólita y a menudo extra-

vagante de la escritura epistolar de Pound es una bella tentación. Por ello, a consecuencia de estos avisos, de estas francas solicitudes de Eliot, un joven crítico americano, D. D. Paige, se ha dedicado en estos años con larga paciencia a la busca de las cartas, de las muchas cartas de Pound (1), aquellas cartas que ya por sí mismas declaran el sentido de una *acción* literaria fértil, coherente y abierta, de una operación ejercitada enérgicamente sobre el gusto de la más renovada y representativa sociedad literaria anglosajona.

Permítasenos alguna alusión al estilo. Es evidente que aquí el estilo, para decirlo con el antiguo *hominem sapity*, se trata de un hombre genial, vario, de temple nervioso y fortísimo. La prosa, por tanto, es nítida en su contorno, veloz y sin ceremonias, desprovista de todo *cadre* académico, con algunos juegos y movimientos internos verdaderamente nuevos, no sin extravagancias también, pero en general sólida en su construcción, muy impetuosa y vivaz, con saltos súbitos, imprevistos y, a trechos, como rota por fríos, tremendos sarcasmos; es una prosa potente por fortaleza natural de la imaginación constructiva, de una imaginación nunca humillada, nunca violada, antes bien, siempre como encendida por una *decisión* significativa, unitaria, resuelta. Hay en ella siempre, por decirlo así, como una búsqueda de sustancias vivas... Las dos cartas a Iris Barry, una joven poetisa amiga del poeta, son de 1916, y transmiten a la joven los consejos de Pound sobre la manera más conveniente y directa de *educación literaria para la formación del poeta*; y es a esta luz, y sólo a esta luz, como son aquí leídas y entendidas en sus indicaciones, en sus preferencias.

(1) De hecho, y precisamente al cuidado de Paige, se publicará pronto por Faber y Faber, Londres, una colección de *Letters 1907-1941. A Selection from the Correspondence of Ezra Pound*. Ya una primera *selection* de las cartas de Pound comprendía ¡seis mil páginas mecanografiadas!

Debo, pues, a la cortesía de Paige la posibilidad de hacer conocer, aun antes de que salgan en volumen, algunas cartas inéditas del poeta americano, cartas que me parecen interesantes por el singular sentimiento de extraordinaria energía con que se delinea en ellas el límite de validez histórica y moral de la *poética activa* americana del período entre las dos guerras. Un conocimiento verdaderamente útil, según me parece, y que sin duda agradecerá el lector atento a ciertas razones del discurso de la poesía en relación con la civilización y la cultura.

En el epistolario seleccionado por Paige se encontrará también la tarjeta dirigida a Carlo Izzo sobre la cancioncilla «know to Italians as *La Spagnola*», con un ejercicio de sabrosa ingeniosidad en la transliteración de los sonidos en relación con la voz y sus entonaciones; ejercicio que es curiosa muestra de la manera, al par extravagante y rigurosa, de Pound en uno de sus momentos de libre *allegria*. Verdaderamente Pound es un escritor impertérrito de cartas, un hombre que de este menester se ha hecho una eficazísima arma de magisterio, de doctrina poética y de moral literaria. Con él, la epistolografía se hace de nuevo, y en un sentido nuevo, *género literario*.

Querida Iris Barry:

Lo principal (para formarse en las letras) es absorber una cierta cantidad de buena literatura que no haya sido todavía rebajada, vulgarizada y predicada como una virtud por Carlyle, The Daily Mail, The Spectator o cualquier otra gentuza de la "opinión corriente". Es de suponer que tal cantidad de buena literatura pueda salvarle a uno de encenagarse en la contemporaneidad o de pensar que las cosas, naturalmente o por necesidad, deben ser como son o, deben cambiar según un catálogo de direcciones previstas. Y también que pueda servir como modelo de estilo o sugerir la posibilidad de diversos modos de perfección o máximo resultado.

La lengua griega me parece un depósito de ritmos maravillosos, aunque tal vez impracticables. Si no lee el griego ni tampoco traducciones latinas, no hay nada que hacer. La mayor parte de las traducciones inglesas son fatales. Las mejores están en prosa.

Los Selects Epigrams from the Greek Anthology, de Mackail, merecen ser leídos. Hay una traducción de Teócrito en la que Andrea Lang ha tenido, creo, algo que ver. Algunas partes son legibles y bellas, especialmente aquella en la que habla de la "Rueda mágica" (me parece que es el Libro IV, Idilio 2); y prueba a leer también alguna versión en prosa de la Everyman Library (2).

No sé si hay alguna traducción de la Odisea que pueda leerse. Quizá pueda leer el Libro XI. Yo mismo he intentado una adaptación en el metro del Seafarer, o algo parecido, pero no creo que nadie reconozca fácilmente la fuente. Ciertamente, las traducciones llamadas "poéticas" del drama griego son enteramente "imposibles".

La Safo de Wharton es una realización clásica. La encontrarás en cualquier biblioteca decente.

(2) Se trata del segundo de los *Idilios* de Teócrito, la Encantadora, verdaderamente uno de los más bellos, de una virtud poética extraordinariamente subyugadora. Canto siciliano ciertamente, canto siracusano: con humilde y tremenda obstinación, la prepotencia del amor, una desesperada y arrebatada prepotencia de amor se enlaza a infernales magias, y la invocación se dirige al mismo tiempo a los dioses *inferi* y *superi*: a Afrodita, a Hecate, a Selene, con duelo inquieto y súbitas esperanzas, violentísima e implacable, con no sé qué ritmo mortal y amorosamente, oscuramente vindicativo:

Χῶς δινεῖθ' ὄδε ῥόμβος ὁ Χαλκῆος ἐξ' Αφροδίτας,
ὡς τῆνος δινεῖτο ποθ' ἀμετέρῃσι θύρησιν

Son éstos los versos a que más directamente se refiere Pound. Y a propósito de Afrodita en Sicilia, quisiera recordar aquí ciertas pertinentes observaciones de un escritor francés: «En la generación siguiente (a la de los jónicos), Empédocles nos muestra que el pensamiento, con un nuevo salto adelante, se ha abierto a la exaltante felicidad del Amor. Este será el gran momento de Afrodita...; de Afrodita digo, que tuvo bien pequeño y casi imperceptible dominio sobre la filosofía de los jónicos. Ahora, allá lejos, en Sicilia, el delirio de los abrazos, de los contactos, de las caricias, los sueños amorosos y la metamorfosis, llevan a la diosa a la dignidad real; y después tuvo lugar el culto de Venus Ericina, un culto todavía muy seguido en Sicilia. Piénsese en la protección que la diosa otorga también hoy a algunos escritores sicilianos en la farsa de amor en la narración de Brancati y al modo de singular acritud y dulzura erótica con que Quasimodo ha leído los *Lirici Greci*.

Te mando por correo la Latin Literature, de Mackail. En ciertos aspectos no merece confianza y es hasta viciosa, pero Mackail tiene realmente el mérito de que le gusta la materia sobre la que escribe. Es la pobre alma maldita del difunto Walter Pater y ha escrito algunos poemas que, hace veinte años, me parecían finamente cincelados. Las traducciones de la Antología Griega arriba mencionadas están muy bien. Personalmente le guardo un poco de rencor. Su elogio de Tácito me impresionó tanto que durante cinco años ha arruinado mi prosa inglesa; con la tentativa de escribir inglés como Tácito, escribía latín MUY MALO. Sin embargo, algo he aprendido de Tácito. Ahora sé que el genio de ambas lenguas NO es el mismo.

Catulo, Propertio, Horacio y Ovidio son los que importan. Sobre todo Catulo. Marcial, algo. Propertio, por la belleza de su cadencia, aunque use siempre el mismo metro. De Horacio (3) no tendrás necesidad durante mucho tiempo. Y dudo que tenga alguna utilidad, salvo para los latinistas. Te explicaré esto algún día de viva voz. Virgilio es un poeta de segundo orden, una versión tennysonizada de Homero. Catulo tiene intensidad y Ovidio puede enseñar muchas cosas.

El Pervigilium Veneris (4) es hermoso; es el niño mimado de Mackail, quien, en torno a su belleza, se entrega a un lirismo un poco desproporcionado.

Que yo sepa, no hay ninguna historia de la poesía griega que sirva de algo. Todas se llenan de «voz inmortal» y de «águila tebana», como si Pindaro no fuese el campeón de charlatanería de todos los tiempos. Verdaderamente, el «bombo», etc.

Esta es verdaderamente una corta lista, pero para mantenerte firme y adquirir una idea general del desarrollo poético, debes leer, por lo menos, estos clásicos. Tal vez puedas encontrar alguna traducción francesa en prosa de Catulo y Propertio.

Hubo poesía en Egipto; he visto un librito de interesantes traducciones, pero he olvidado su nombre. Cathay te dará una idea de la poesía china y el Seafarer de la anglosajona. Después, como dice Mackail (pág. 246), nada interesante hasta Provenza. Después de Provenza, Dante y Guido Cavalcanti, en Italia.

Tal vez TODA esta estofa medieval sea muy mala para el propio estilo. No sé si tendrás tiempo para vivir en medio de ella... y sobrevivir (suponiendo que yo haya sobrevivido).

El francés de Villon es muy difícil; pero debes servirte (directamente) de un texto de Villon y no fiarte de las traducciones de Swinburne (aunque sean muy bellas en sí mismas); son demasiado exuberantes y blandas. Demasiado blandas, quiero decir, para quien está aprendiendo a escribir. En el Testamento hay partes aburridas, pero se pueden desenterrar también cosas bellas.

Con esto tienes bastante para estar ocupada alrededor de una semana (o también puede ser que alrededor de un año).

(3) Véase el ensayo de Pound *Horace*, publicado en *The Criterion*, vol. IX, núm. 35, enero 1930.

(4) Se encuentra una alusión a la historia del significado singular que ha tenido y tiene en la poesía y en el gusto anglosajón contemporáneo (con particular atención a Walter Pater), en el breve *Apéndice* de la grata versión del *Pervigilium* mismo, realizada por Caterina Vassalini y editada por Fussi, Florencia. Recuérdense también las razones de T. S. Eliot.

En medio de una fecunda abundancia de cuestiones aludidas casi al vuelo, pero con autoridad, en una impostación muy en relieve, de gusto *imaginista*, se despliega una insospechada manera de lectura, de brusca afabilidad. Por lo demás, pese a su tono familiar, el discurso literario muestra un sentimiento crítico de ningún modo aventurado, sino enteramente sentido y «presto a responder de sí»; y hay aquí gérmenes en extremo vitales: muchos ensayos han sido escritos después—por el mismo Pound o por otros—sobre los argumentos aquí debatidos. En cuanto a la prosa, ¿quién conseguirá dar en una lengua diferente ese no sé qué de imprevisto, de inesperado en la perentoriedad de la dicción? ¿Y ese resuelto sentido de elección necesaria, absoluta? De todos modos, si se atiende a la manera como son aquí ordenados los pensamientos, a los modos de la sintaxis, se advertirá en seguida que justamente en estas cartas a los amigos (en las cartas a Miss Barry como en las otras) se manifiesta una inquieta y atropellada manera de *anticipación* lógica, intensa y cargada de energía expresiva. Se trata de una inclinación de la mente que lleva verdaderamente hasta el extremo una *forma de visión* propia de la prosa de Pound y, en general (piénsese también en la sintaxis de E. E. Cummings), de la prosa de los escritores americanos contemporáneos: una inclinación de la mente a presentar el objeto del discurso desde el primer momento *en primer plano* con una afluencia inmediata de todos los motivos urgentes—con una negativa a articular, a desenlazar el discurso en los nexos temporales de sus momentos y movimientos lógicos—; en fin, con una gran confianza en la velocidad de comunicación de una intuición «global». Tal módulo de composición se entrelaza también adecuadamente con un extraordinario *tic* de Pound, con aquel inquieto movimiento suyo del sentimiento—tan fructuoso a veces en la expresión poética, con resultados nuevos y victoriosos de imprevistas analogías y aproximaciones—, que, siguiendo un impulso incansable, no desprovisto de ciertos estros lunáticos, pasa fulmíneo de una imagen a otra por no sé qué extraordinarias asociaciones entre lejanos, lejanísimos sentidos y verdad de objetos. Se forma así el tejido de una prosa intensa y veloz, de racional y seca adjetivación; una prosa que mueve la mente del lector con vigorosas sollicitaciones de inesperados y sorprendentes pensamientos.

Una prosa, pues, digámoslo así, *hablada* (en efecto, ninguna *palabra libresca*), un discurso vuelto a una sociedad determinada. Pero ¿a qué sociedad? ¿A quién mira, a quién habla Pound? Con

un *humor* agudo, cortante, y una autoridad no desprovista de alguna prepotencia, su solemne paso verbal se convierte pronto en una conversación magistral, un tantico dogmática, con una extraordinaria energía de movimiento y parece dirigirse a una sociedad literaria en formación o, al menos, a una sociedad aun muy restringida. Pound se dirige a aquella sociedad anglosajona que, al comienzo de siglo, sintió la urgencia de una renovación literaria, y para esta sociedad promueve un estimulante esfuerzo de *bildung* y de preceptiva poética; la fundación de aquella nueva *institutio* que después Eliot ha desarrollado llevándola a nuevo equilibrio, a diversa medida de metafísica cristiana. Sin embargo, hay que guardarse, como alguien ha sugerido justamente, de reducir a Pound a una «especie de Squarcione» para el sucesivo «Eliot-Mantegna»! Aquí asiste, antes que nada, la alta lealtad y verdad de la poesía de Pound, nunca «segunda» ciertamente; y además piénsese en las cartas anglosajonas *antes* y *después* de Pound, calcúlese, casi físicamente, la fuerza viva de su extraordinario impulso. Las cartas de Pound son innumerables. Una primera selección, llevada a cabo principalmente con el propósito de documentar su acción literaria, llenaba más de seis mil grandes folios apretadamente mecanografiados; y Pound no os aparece nunca detenido en una quietud ideal; todo él se descubre al lector: carácter, enojos, humores, polémicas. Un poeta dice: «Pound howl», y será menester también advertir el sentido de inmediatez, de naturaleza no calculada en aquel su *desgañitarse*.

Por otra parte, en sus cartas y en su libre y original labor crítica, Pound se muestra siempre tal cual es, y aparece propiamente como una de las figuras predominantes de aquel *humanismo americano* del que tanto se habla hoy. Convendrá, es cierto, examinar oportunamente la validez semántica de una etiqueta tan comprometedora; pero es cosa segura que el movimiento a que corresponde, si bien a un viejo europeo no puede menos de parecer a veces de difícil frecuentación y, en alguna manera, *barbarus et immanis*, es un movimiento que opera profundamente, un movimiento fértil y robusto, capaz, en fin, de confortar ciertas hipótesis y esperanzas de una vida de Europa después de Europa, fuera de Europa.

Visión «global» intensísima y toda ella sustancial; inquietos modos de uniones sintácticas con singulares *tic* expresivos; reflejo todavía caliente sobre la palabra escrita, de la palabra dicha, y dicha en la jerga de una sociedad cerrada que posee sus siglas re-

servadas, sus mitologías, sus fuertes ídolos... ¡Qué dificultad la de trasladar a otra lengua una prosa tan reacia!

Véanse otras razones de poesía, en veloces giros de sintaxis, con la libre intuición propia de la movida verdad de las cartas:

Londres, 27 julio 1916.

Querida Iris Barry:

Naturalmente yo podía haber sabido que has aprendido de memoria casi todo Villon, pero mi conocimiento tiene sus límites, y además es probable que yo pensase más bien en la suma actual de poesía digna de ser conocida que sobre lo que tú hayas o no absorbido. Has leído Villon, Ford Madox Hueffer, la antología Des Imagistes, nueve poesías mías, Omar Khayamm, cuarenta y cinco volúmenes sobre la disección de plantas y de animales, Zcla...; basta de todo esto. Con tal de que no adores a Milton (5) y a Francis Thompson, bien está.

Mándame el B cuando quieras. Pero verdaderamente me le has chafado al decirme que teme ser plagiado. ¡Es como Cannell no atreviéndose a leer nada por el temor de destruir su "individualidad"! La misma debilidad, sólo que por el otro lado. Pero si un hombre tiene verdaderamente algo suyo, nadie puede tomárselo ni puede perderlo a restregones.

Continuemos con nuestro catálogo.

Tal vez debo corregir lo que he dicho de Tácito. En tanto se escriba poesía y no prosa, puede hacer bien, solicitando nuestra fe en la concesión y densidad de la frase o de un verso.

Después de Villon, uno puede, creo, saltárselo todo, hasta Heine (que probablemente te sabrás también de memoria).

Si no tienes nada que hacer y te interesa el lirismo y la gracia, hay una línea lateral. Charles d'Orléans y la Pléiade. Y Burns es digno de estudio por su técnica de los ritmos. Pero no creo que sea ésta la línea principal.

Théophile Gautier era un hombre que sabía escribir. Una expresión tan perfectamente clara como la de su Carmen est maigre puede enseñar muchas cosas. Muchos de sus primeros poemas no son más avanzados que la poesía del fin de siglo. O, para decirlo más exactamente, el fin de siglo inglés llega hasta donde Gautier había llegado en 1830 antes de escribir L'Hippopotame.

No sé de verdad qué decir sobre los poetas franceses más recientes. No estoy seguro de que puedan inducir a una imitación ventajosa. Uno debe estar bien lastrado frente a ellos. Quisiera saber si mi This Generation—que tiene una

(5) Sobre Milton, véanse también los juicios de Eliot, desde *The Sacred Wood* hasta *Elizabethan Essays*. etc.. a propósito, por ejemplo, de la «erection of the Chinese Wall of Milton», a propósito (también con referencia a cierto parecer de Swinburne) de la *literatura del Comus*, etc. En cuanto al juicio último de Eliot sobre Milton, véase la *Annual Lecture* (1947) de la *British Academy*, que termina con estas significativas palabras: «In short, it now seems to me that poets are sufficiently removed from Milton, and sufficiently liberated from his reputation, to approach the study of his works without danger, and with profit to their poetry and to the English language.» Véanse también algunas concomitancias entre Eliot y Pound a propósito de cierto gusto de la poesía francesa, como necesario para la formación del poeta.

parte dedicada a ellos—saldrá antes de que llegues a ellos. Si quieres, te daré una lista de lo que vale la pena de conocer.

Pero me parece que te sería más útil leer prosa francesa (?). ¿Cuánta has leído? ¿Cuánta has leído como el lector que sigue el relato? ¿Cuánta como el artista que analiza el método?

Como te dije el domingo, creo que los Trois Contes de Flaubert, y especialmente Coeur Simple, contiene todo lo que se sabe sobre el arte de escribir. Ciertamente se debe leer el principio de La Chartreuse de Parme y la primera mitad o algo más de Rouge et Noir. Trasladándote bruscamente de Stendhal a Flaubert, verás cuánto mejor escribe éste. Y, sin embargo, hay mucho de bueno en Stendhal, una especie de solidez que no tiene Flaubert. Una mayor confianza en la cosa que en la palabra. Y esto es el fundamento sólido, es decir, la cosa es el fundamento. Probablemente ya habrás leído L'Éducation Sentimentale y Madame Bovary. Me parece que esta pequeña lista y la otra breve lista que te envié ya contienen todo lo sustancial de la materia.

Es verdad que algún día deberás probar el soufflé de los poetas franceses contemporáneos. Pero antes tienes que conocer una gran cantidad de Voltaire. Yo lo estoy leyendo ahora, MUY tarde. Hasta que haya llegado al final del gordo tomo octavo no puedo saber si te lo debo arrojar. Quizá tendrás que leer todo el Dictionnaire Philosophique. Probablemente ninguna mujer, entre las vivientes, lo habrá hecho. Se pueden encontrar siempre cosas que "ninguna otra persona viviente" ha hecho, unos cuantos vastos territorios de papel impreso que puede uno reservarse para sí mismo y para unos pocos amigos. Es una gran defensa contra los tontos, contra los semicultos y contra los académicos de todas clases (declarados o no).

Yeats y yo dedicamos juntos los últimos meses del invierno a leer a Landor. Hay en él una cultura total. No sé si te gustará. Acaso harás mejor reteniéndole hasta más adelante, pues me parece que te estorbaría un poco engullírtelo ahora. Pide ocio y pereza. Landor no es un gran poeta, salvo en unos pocos pasajes en los que es bueno, muy bueno, pero no como modelo. Uno ha llegado a pensar decididamente que "es muy bello, pero no está en el buen camino".

Tu primera tarea debe ser la de procurarte las herramientas de tu oficio. Más adelante podrás llenarte de tanta—o de tan poca—erudición como te convenga. A los cuarenta años probablemente darás gracias a Dios de que todavía te quede algo por leer.

¿Y poesía inglesa? ¡Uf! Quizá no se deba leer nada. Chaucer contiene ya en sí cuanto se ha logrado en inglés. Pero si lees a Chaucer, probablemente te pondrás a escribir (como me pasó a mí, aunque no hay razón para que caigas en la misma especie de imbecilidad) en inglés arcaico, cosa que no debes hacer.

En cuanto a los isabelinos, como todo el mundo los ha estado imitando tanto tiempo y tan chapucosamente, me parece que probablemente hace su lectura más daño que provecho. En todo caso, déjalos quietos.

Wordsworth es un carnero aburrido. No te servirá de nada, aunque sea mejor que otros; si no hubiese prosa francesa ni ninguna otra cosa digna de leerse, algo se podría aprender sobre descripción de la naturaleza en sus interminables balidos.

La técnica de Byron está podrida.

No estoy seguro de que *The Borough*, de Crabbe, no valga la pena de leerse. Por lo menos tiene una chispa de buen sentido. Intenta describir las cosas como son, y aparte sus digresiones morales, se le puede leer sin peligro. Es en ciertos aspectos más moderno que muchos modernos (sin embargo, también antiguo; pero, comoquiera que sea, tal vez merezca una tarde).

Lo principal es leer prosa francesa. Cuando quieras poetas franceses modernos, te enviaré una lista de los más inteligentes.

Podrías aprender latín si no te trastornara demasiado. Si te trastorna, yo te leeré en voz alta algunas cosas latinas y griegas y quizá probaré a traducírtelas. El valor de los poetas romanos estriba en que son los únicos que conocemos con los mismos problemas aproximadamente que nosotros [los anglosajones]: la metrópoli, los puestos y guarniciones imperiales en todas las esquinas del mundo conocido, las Luces (el siglo dieciocho está obsesionado también con el espectro del Catolicismo, el Índice, la Inquisición). El Renacimiento es interesante; pero sus poetas, inferiores. Los griegos no tuvieron un mundo exterior, un imperio, una metrópoli, etc., etc.

Es mejor leer cronológicamente, pues de otro modo se expone uno a exaltarse a propósito de una imitación y no de las verdaderas creaciones y descubrimientos.

¿Qué diré de Browning? ¿Te divierte? ¿Es posible leerle después de haber leído novelas rusas? No lo sé, porque lo he conocido antes de saber que existiesen novelas rusas. Me parece que no hay ninguna razón para que lo leas ahora. (Lo mismo vale para Yeats. Hemos sido inundados de falso celtismo para mucho tiempo, imitaciones de imitaciones de Yeats y de los simbolistas ad infinitum. Bordes blandos, mollaros.) También Kipling ha desvalorizado mucho la moneda de Browning y Swinburne. El mal consiste en que uno atrapa la manera de Browning y los manierismos. Por lo menos, yo he pasado esta enfermedad y no hay razón para que la pases tú también.

[Al margen:] Algunos de los libros puedo mandártelos cuando quieras.

Todo el arte se divide:

a) Concisión o estilo: decir lo que se quiere con el menor número de palabras y las palabras más claras.

b) Necesidad actual de crear o construir algo: de presentar una o varias imágenes de cosas concretas dispuestas de tal modo que estimulen al lector.

Aparte la expresión de estos objetos concretos, se pueden hacer simples declaraciones de hecho, como "estoy cansado", o expresiones pertenecientes a un credo, como "después de la muerte no sobreviene ninguna otra calamidad".

Yo creo que los objetos deben predominar sobre las aludidas declaraciones y conclusiones; estas últimas son puramente facultativas, no esenciales; a menudo superfluas y, por tanto, malas.

Debe haber también emociones; de otro modo, cadencia y ritmo se harán insípidos y sin interés.

¿Es todo esto tan simple como aquel consejo del escultor: "Coge el cincel y quita toda la piedra que no sirve"? No, mi consejo es un poco mejor.

No tengas prisa. No te devuelvo los poemas, porque es más importante que te alimentes de buen forraje. Conseguirás mucho más con estas lecciones que

con la revisión de los pequeños y problemáticos defectos de tus últimas cosas.

Otro día te enviaré una buena cantidad de la obra de nuestros contemporáneos como pavoroso ejemplo de lo-que-no-se-debe-hacer y de cuáles-son-los-resultados-normales.

Si no puedes encontrar ninguna traducción decorosa de *Catulo* y *Propercio*, supongo que deberé aparejar algo que te sirva. Ya hablaremos sobre ello.

¿Qué más?

¡Ah, sí!; que quizá harás bien en enviarme una lista de los escritores en prosa que has leído desde Zola para que sirva de guía a mis envejecidos pies. Con unas pequeñas notas diciendo si leyéndolos has aprendido algo sobre el arte de escribir.

Cuando quieras el Landor, dame una voz y trataré de señalarte las partes más convenientes para empezar.

De los españoles, nada. Leopardi, espléndido y el único autor desde Dante por el que vale la pena de molestar, pero no es esencial como instrumento. España tiene un buen novelista moderno, Galdós.

E basta.

¿Se puede hablar aquí de un *ars poetica* del poeta americano contemporáneo? Es claro que Pound no habla del «poeta americano» más de lo que habla del poeta chino de la dinastía de T'Ang o de un hipotético poeta de la swiftiana Brobdingnag; él habla siempre *del poeta*, y creo que, desde su punto de vista, tiene razón al situar el discurso sobre este plano absoluto: Bergson habría dicho que «no gira en torno a la cosa», sino que «vive en la cosa», es decir, habría hablado de un «estado de simpatía». Por otra parte, parece igualmente clara la *situación* de su idea: de un lado, ésta se ha formado *después del fin de siglo*, y, en un cierto sentido, *contra* todo aquello que, con referencia al gusto, se entiende comúnmente como *fin de siglo*; del otro lado funciona sobre todo *en* el área—y *desde* el área—de la cultura anglosajona, con preponderancia de los intereses y los problemas americanos. Piénsese en la Europa de aquellos años ricos, y ya tan lejanos: en Francia, tan laboriosa y llena de atrevidos fermentos, con los comienzos y, en ciertos casos, con la afirmación de los hombres de la generación que Thibaudet llama «del 1914», en la Italia de *Lacerba* de la *Voce*, en aquella época, un poco intemperante pero viva, de eversiones y reformas, de veloces y liberadoras condenas, en todo aquel sucederse de escuelas y movimientos en una inquieta y gran inestabilidad en la indagación de las vías del nuevo siglo; y piénsese a la vez, por contraste, en Inglaterra, tan parada en su propio tiempo, aparentemente feliz y hecha como ídolo de sí misma..., ahora entenderemos muchas de las adhesiones, de las repulsas, de

los resentimientos de Pound, y todo el movimiento que, de una Europa amada, y en parte ya conocida y frecuentada, converge en la novísima impostación de su doctrina poética.

Es cierto que en las cartas a Iris Barry y a Harriet Monroe el *temporis partus masculus* poundiano no se ha cumplido, sino que está aún, por decirlo así, en el período del movimiento embrional de la idea; sin embargo, entendiendo la línea de desarrollo, se advierte, como por alusiones, la manera de los estudios literarios posteriores, en los cuales la escritura, si no se mueve mucho más desplegada y lógicamente articulada, está ciertamente más meditada y sazónada y alcanza formas veloces, de seca y apretada evidencia; una medida lacónica, como de aforismo. Por otra parte, el plano sobre el que se mueve la búsqueda en las cartas es el mismo de los estudios críticos, y de hecho el poeta viene permaneciendo sin cesar en los mismos pensamientos que mueve largamente dentro de sí hasta extraer de ellos, al final, jugos particularmente densos y nutritivos de brevísimas razones; así, el movimiento de la mente es siempre de una coherencia evidente, segura de sí y, en sus relieves imprevistos y como inesperados, en último término, despiadada. ¿Y cuál fué la situación histórica en que se encontró envuelto al principio de su carrera el joven Pound? Había habido poetas en América: Poe, la Dickinson, Whitman... Pero no había habido una «civilità» de la poesía y aquellos poetas habían pagado el don de la soledad con una padecida condición de limitante aislamiento. ¿Y Inglaterra? Con el *fin del siglo* pareció verdaderamente que Inglaterra hubiese agotado en extremas extenuaciones musicales y sensuales el curso vivo de su «gloriosa historia poética»... Por todo esto, el joven Pound advirtió pronto que se encontraba en una situación de desierto y corrupción de la poesía; y, en lo que afecta a su país natal, sintió la necesidad de trasfundir nueva sangre a la poesía, suscitando un grupo de *fedeli d'amore*, y quiso levantar otra vez del horrible *kitsch* periodístico de lenguaje falsificado y genérico en el que había caído, liberarla de los descarados lirismos de fácil efusión sentimental y pobre hombría de los últimos seguidores de Longfellow o de las decaídas violencias verbales, de la prosa a menudo grandilocuente, pero propiamente oratoria, de los whitmanianos menores. El aspira a una intensidad nueva, a un nuevo—y penetrante—contacto con el tiempo. Y, efectivamente, en *Spirit of Romance*, en los diversos programas *imaginistas* y en las cartas del 1913 al 16, se encuentran ya felices *mots de passe* para una labor común, gérmenes singularmente impresionantes, de

orientaciones de la lectura y el gusto y, en fin, un decidido empeño moral de hallar una ley nueva de la *sintaxis* poética general, una especie de *instauratio magna* de la búsqueda expresiva. Ha sido éste, en Pound, un empeño asumido con verdadera resolución, como un destino, y confirmado siempre, después, en el movimiento activo del tiempo poético viviente, con la voluntad de sustituir una figura falsa y mortal. En este sentido son verdaderamente explícitos los dos pequeños volúmenes o sutiles breviaros *How to Read* (1931) y *A B C de la lectura* (1934), escritos intensos y verdaderamente reveladores por su significado programático; en ellos se encuentran los desarrollos de aquellos potentes gérmenes de la mente que se descubren en las cartas de los años 13 al 16; y por lo que se refiere al empeño y los propósitos de educación general, tén-gase en cuenta especialmente la rápida *Introduction to Method*, en *How to Read*. Y justamente aquí se comprende muy bien cómo, por su sentido exacto de la situación histórica y por los procedimientos y las razones poéticas, Pound se convirtió en la figura más relevante y responsable del *imaginismo*.

He aquí sus preceptos más fundamentales: 1) Expresarse en un lenguaje cotidiano, pero vivo, sirviéndose siempre de la palabra *exacta*, en versos libres y con ritmos nuevos, ligados en cada caso a la diversa inspiración y a la verdad interior de la poesía, «componiendo en el orden de la *frase musical*, no del *metronomo*» (6). 2) Contra los últimos simbolistas, ninguna disolución *musical* de la palabra y ni aun la menor concesión a lo genérico, a lo vago, a la onda creciente pero vacía de una *enflure* completamente satisfecha de sí misma y de su gesto. Presentar con energía un *objeto* nítido en sus detalles y en el contorno. Así, en la segunda carta a Iris Barry, precisa: «necesidad actual de crear o construir, de presentar una o más imágenes de cosas concretas, dispuestas de tal modo que estimulen al lector», y en otro lugar, desarrollando aquella idea de *presentación*, advierte que «una imagen es todo aquello que presenta un *complejo* intelectual y emocional en un instante del tiempo, con un sentido de imprevista liberación» y como de libertad plena de los límites del espacio y del tiempo; aquel sentido de

(6) Véase en *Make it new* el escrito *A Stray Document - A retrospect*. «En la primavera o principio del verano de 1912, H. D. Richard Addington y yo —dice Pound— nos encontramos de acuerdo sobre los tres principios siguientes: 1) *Direct treatment* de la cosa, sea ésta objetiva o subjetiva. 2) No usar absolutamente ninguna palabra que no deba servir convenientemente para la *presentación*. 3) En lo que se refiere al ritmo, componer en el orden de la *frase musical*, no del *metronomo*.» (Para la idea del *ritmo* véanse los desarrollos en las págs. 338-341 de *Make it New*.)

imprevista dilatación que se siente ante la presencia de las más grandes obras de arte (7). 3) *Dichten*=*concentrar*: la naturaleza misma del *quehacer* poético es la *concentración*, y sólo por medio de la concentración se hace el *objeto* imagen poética. *No dejar la iniciativa a las palabras*. Y con un movimiento singular, otra vez en la segunda carta a la señorita Barry, se precisa la *concentración* como *concisión* o, con óptima expresión, *estilo*.

¿Se trata de formulaciones indefinidas o genéricas? No parece. Además, ayudan algunas consideraciones. Ante todo, debe advertirse el momento de tránsito de la *poética* a la *poesía*, y tener siempre vueltos los ojos a la alta novedad y verdad de los resultados estilísticos y poéticos. De otro lado, si no es difícil entender cómo estos *monimenta* pueden concordar libremente con algunas exigencias y disposiciones testificadas, en la misma época, por el gusto europeo entre las dos guerras, convendrá darse cuenta del hecho de que éstas se llenan de significado concreto en la pronunciación exacta que reciben inmediatamente por su colocación en la historia literaria y humana, de la que emergen como símbolos reveladores... Verdaderamente aquí está *in nuce* todo Pound y también lo mejor de Eliot, del «sistema» de Eliot en sus movimientos fundamentales y más puros.

...*Tantum series iuncturaque pollet...*

En su discurso, que es un perpetuo $\eta\epsilon\rho\iota\ \eta\omicron\iota\eta\mu\acute{\alpha}\tau\omega\delta$, Pound advierte que no se conseguirá nada sin el estudio de la literatura: la verdadera $\xi\acute{\omicron}\delta\theta\epsilon\sigma\iota\varsigma\ \tau\acute{\omega}\delta\ \lambda\acute{\omicron}\gamma\omega\delta$ debe ser defendida contra «la chusma de la opinión del día», contra las insidias de la contemporaneidad, contra el *conformismo* tan frecuente en las letras y, en fin, contra las ilusiones de renovaciones «planificadas», pero innecesarias; y esta defensa sólo puede ser hecha a través de la literatura. La literatura, en realidad, ofrece algunos «modelos» no platónicos, sino capaces de sugerir de posibilidad de diversos tipos de perfección y de «resultados máximos». Con el fin de aclarar el sentido de estas *perfecciones* y de estos *resultados máximos*, convendrá tener presente que, si debemos prestar oído a la *Introduction* («largely autobiographical») de *How to Read*, casi en los años de las cartas morales a Iris Barry se sitúa el tiempo de un propósito en-

(7) Véase *A Few Dont's*, en la pág. 336 de *Make it New*. Se encontrará también el esclarecimiento de lo que Pound entiende por «complex» con aquella solicitante afirmación: «It is better to present one Image in a lifetime than to produce voluminous works».

tusiasta, pero difícil, del *hombre de oficio* que—reconocido por todos—es Pound; un propósito que habría de conmover también a ciertos críticos nuestros de rara y segura formación :

Later it struck me that the best history of painting in London was the National Gallery, and that the best history of literature, more particularly of poetry, would be a twelve-volume anthology in which each poem was chosen not merely because it was a nice poem or a poem Aunt Hepsy liked, but because it contained an invention, a definite contribution to the art of verbal expression (pág. 10).

El difícil propósito de una antología hecha, no ya según un criterio de puro juicio estético o de gusto, sino según *las invenciones verbales y la contribución concreta al arte de la expresión poética*, fué conducido a buen puerto más tarde por Pound, aunque parcialmente y sólo respecto de los poetas de lengua inglesa, no tanto en *Profile* como en *Section two* de *A. B. C. of Reading*; y es éste un propósito en extremo significativo. ¿Se puede hablar de una *estética que considera el arte desde el ángulo de quien hace el arte mismo?* Tal hipotética doctrina debería considerar previamente lo siguiente: que—desde los más remotos ejemplos—los poetas han advertido que su labor se ejercita sobre una realidad perteneciente, a la vez, al *tiempo* y al *sobretiempo*, sobre una realidad compacta del arte en la cual los problemas del *hacer* se transmiten, transforman e iluminan diferentemente según las diferentes luces de época, nación, civilización; y viven transfiriéndose de poeta a poeta en un discurso diverso, pero continuo. Por consiguiente, la individualidad del poeta no tiene nada que ver con la individualidad romántica y genial del sentimiento, sino que estriba más bien en la participación que cada poeta presta a la solución de tales problemas, en su modo histórico de presentarse (8).

Los nombres de la antología *ideal* de Pound indican ya por sí mismos en qué sentido entiende él útiles las aportaciones poéticas; son, pues, nombres-símbolo. Se dicta así—y es menester decirlo pronto—una condena pronunciada (en cuanto a él concier-

(8) Y véanse los desarrollos que ha dado T. S. Eliot a esta concepción en su ensayo *Tradición y talento individual*, publicado en el *Bosque Sagrado* (1920) con aquella doctrina, verdaderamente llena de sugerencias desde este ángulo, de la *simultaneidad*. «Toda la literatura de nuestro tiempo, y con ella la de nuestro país, tiene una existencia simultánea y forma un orden simultáneo. Este sentido histórico que es, conjuntamente, sentido de lo sobretemporal y de lo temporal tanto como de lo temporal y de lo sobretemporal es lo que hace a un escritor tradicional. Y es también lo que hace a un escritor agudamente consciente de su lugar en el tiempo, de su contemporaneidad.» Cfr. asimismo lo que sigue en torno a la singular (y fértil) idea de la *impersonalidad* del arte.

ne) con un fallo definitivo, de casación, de gran parte de la poesía clásica, de todo el petrarquismo europeo, casi de todo aquel orden de la cultura de Europa que se extiende hasta el simbolismo. Pound mira hacia otro lado con ojos que eligen según razones absolutas de vocación; y así su interés por algunas disposiciones poéticas del Medioevo y su estudio para entender de una manera nueva el sentimiento medioeval del arte en un movimiento unitario de la poesía, se inició con *The Spirit of Romance* (1910) y la teoría de la *imaginación objetiva*, y está de acuerdo con tantos diversos programas y propósitos de otros renovadores. He aquí, procedente de enero de 1915, una exposición sumaria, pero suficientemente explícita (y apoyada en oportunos y coherentes consejos en torno a la adjetivación y a la sintaxis) de esta doctrina: de una doctrina que, enriquecida luego en relaciones con otras ideas, mezclada después y como chorreante de motivos metafísicos y morales, se transformará finalmente en la poética eliotiana del «correlato objetivo» (9).

Coleman's Hatch, enero 1915.

Querida Harriet Monroe:

...la poesía debe estar bien escrita como la prosa. Su lenguaje debe ser excelente, sin diferir en ningún aspecto de la lengua hablada, salvo por su mayor intensidad (o sea simplicidad). No debe haber palabras librescas, ni antítesis ni inversiones. Debe ser tan simple como la mejor prosa de Maupassant y tan firme como la de Stendhal. No debe haber interjecciones. Ni palabras que levanten el vuelo sin referencia a nada. Concedido que no puede alcanzarse siempre la perfección, pero ésta debe ser nuestra intención.

El ritmo debe tener un significado. No puede ser un puro garrapatear sin asidero ni adherencia real a las palabras y el sentido, una especie de *tumty tum tumty tum ta*.

No debe haber clichés, frases hechas ni jerga periodística estereotipada. El único modo de escapar a esto es la precisión, resultado de una concentrada atención sobre lo que se escribe. La prueba del escritor es su capacidad para

(9) Además del ensayo, ya clásico, de Praz, T. S. Eliot y Dante, véase ahora el escrito de Ray B. West (jr.) en el número ya recordado de la *Quarterly Review of Literature: Ezra Pound and Contemporary Criticism*. West recuerda aquí muy oportunamente una reveladora y apropiada frase de Eliot, más bien reciente—septiembre 1946, en *Poetry*, de Chicago, exactamente—, en la cual el poeta declara que considera «los escritos de Pound como los únicos escritos contemporáneos sobre el arte de la poesía que un poeta pueda estudiar con provecho». Además—pero desde un ángulo de interés histórico y americano—, creo verdaderamente que está en lo justo West cuando observa: «T. S. Eliot es la figura más conocida entre los jóvenes poetas; y demasiado pocos, entre ellos, se dan cuenta de la deuda tremenda que Eliot y los otros poetas de la nueva escuela tienen respecto de los primeros escritos de Pound.»

tal concentración y para su poder de permanecer concentrado hasta que alcance el final del poema, ya sea de dos versos o de doscientos.

Objetividad, objetividad siempre y expresión; no volver la sintaxis del revés, no poner adjetivos despatarrados (como "addled mosses dank"), ningún tennysonianismo de lenguaje; nada que en ciertas circunstancias, bajo la tensión de ciertas emociones, no puedas decir de verdad. Cualquier expresión "literaria", cualquier palabra libresca, hace que se desperdicie una migaja de la paciencia del lector, de su confianza en tu sinceridad. Cuando verdaderamente se siente y se piensa, uno acierta a expresarse, en un balbuceo, con palabras sencillas; es sólo en la agitación, en la vana y superficial excitación literaria y en la embriaguez del metro, cuando se cae en el fácil—¡bien fácil!—lenguaje de los libros y poemas que uno ha leído.

La lengua sale de las cosas concretas. Las locuciones generales expresadas con palabras no concretas no son más que pereza; conversación, pero no arte y creación. Son la reacción de las cosas sobre el escritor, no un acto creador del escritor.

Los epítetos no son generalmente más que abstracciones (me refiero a lo que llaman "epítetos" en los libros sobre poesía). El único adjetivo que debe usarse es el esencial al sentido del pasaje, no el adjetivo decorativo y de ríngorango.

La antología ideal de Pound, su selección rigurosa, nueva y ágil—como, por lo demás, gran parte de su reforma gramatical y sintáctica—, se justifican precisamente por esta devoción absoluta a la *poética* del objeto y de la intensidad. Y justamente aquí se encuentra el motivo del primer gesto de recelo de los nuevos poetas americanos respecto de Mallarmé (10). El recelo no apunta tanto a lo que Mallarmé haya dicho eventualmente *en la* poesía, como a lo que ha dicho *de la* poesía. Y, sin embargo, Mallarmé es verdaderamente el más alto ejemplo de «poesía de la poesía». Es cierto que al propósito enteramente platónico de una «oscuridad preestablecida, por la cual el poeta expresa objetos abolidos con palabras alusivas», se contraponen una voluntad verdaderamente nada *monástica*, sino, por decirlo así y a su modo, *mundana* de poesía, en la cual «la cosa es el fundamento», por lo cual hace falta una «mayor confianza en las cosas que en las palabras», como el poeta

(10) Es claro: aquí la palabra Mallarmé es un símbolo que se refiere no tanto a la poesía de Mallarmé como al signo, dulce e imperioso, de su fundamental *dirección de poética*. Sobre este recelo de los poetas anglosajones respecto de Mallarmé he hablado ya en otro lugar, a propósito de Eliot. En cuanto a Pound, también Eliot advierte (en *Poetry*, septiembre 1946) que «Mallarmé is not discussed», con una ignorancia querida que es, en cierto modo, *exclusión*.

Las expresiones citadas, «great literature» y aquella otra sobre los poetas «starters of crazes» (una clasificación verdaderamente curiosa), se encuentran en *How to Read*, págs. 21-3. En cuanto a la doctrina del lenguaje, véase en *Make it New*, págs. 337-8, y en *A. B. C. of Reading*, pág. 12 y *passim*.

escribe a Iris Barry. En consecuencia, no hay nada de contradictorio ni de incomprensible si el poeta afirma también que «*great literature is simply language charged with meaning to the utmost possible degree*» siempre que *meaning* sea entendido no ya en el sentido de la *moralidad* romántica, sino como la *cosa* misma—objetiva y subjetiva—en toda la fuerza de sus infinitos movimientos internos y de sus externos vínculos y referencias. Ahora bien, Mallarmé, este «grand charmeur» de la última Europa poética, ¿estará verdaderamente entre los «starters of crazes»? ¿Y qué piensa Pound de la poesía última italiana, que sin duda conoce?

Tal vez alguien quisiera contraponer a las formulaciones doctrinales de Pound el rigor teórico de una lógica filosófica; y la victoria, en este terreno, me parece que no les sería difícil a las filosofías del a priori. Pero sería una victoria sin botín. Y además, ¿no supondría esto tal vez una violencia de la filosofía sobre la literatura, sobre la reflexión que la literatura tiene derecho a ejercitar sobre sí misma, según sus razones y sentimientos, tan particulares como necesarios? Como quiera que sea, en *How to Read* se encontrará, en fin, el pleno desenvolvimiento de una poética fecunda y significativa, de importancia fundamental para los anglosajones; y, al mismo tiempo, el agudo retrato de un hombre de letras a través de sus preferencias declaradas y de su mitología del gusto. Leyendo el tan sabroso librito se me ha ocurrido muchas veces pensar que sería verdaderamente un estudio que uniría *utile dulci* el del juego recíproco de los influjos y las fértiles relaciones entre Pound y Eliot.

(Concluirá.)



BRUJULA DE ACTUALIDAD

EL LATIDO DE EUROPA

EL ESPIRITU EUROPEO.—Sí, existe un espíritu europeo. Y se manifiesta, no en la identidad, pero en la semejanza de acento, en la de un cierto estilo de vivir y pensar, por fortuna más vivo y operante de lo que desearían sus detractores. La feliz diversidad de sus expresiones tal vez oculta a los apresurados cuanto en ellas hay de común, como de ramas vivificadas por la misma savia y mantenidas por la misma raíz.

Evidentemente el espíritu europeo no parece circunscrito a lo que un tiempo fué Europa, pues en las dos Américas, la hispana y la anglosajona, brilla a veces con claro destello como en los mejores círculos de nuestro continente. Quizá, incluso, podría pensarse que en el hemisferio occidental se manifiesta con más exaltada pureza el estado de espíritu llamado «europeo», porque allí sienten próximo y pavoroso el asedio de cierto tipo de barbarie que tal vez fuese injusto llamar «norteamericanismo», siquiera haya encontrado en los Estados Unidos terreno muy favorable para su desarrollo y propagación.

Atenazado entre Rusia y los Estados Unidos, el espíritu europeo no cede fácilmente. Socavado desde el interior, corroído por el ataque en dos frentes, se mantiene y lucha por sus propios medios; a las duras arremetidas opone defensas que le son peculiares: gracias de la inteligencia y refinamientos de la cultura; convicción de que existen valores imperecederos merced a cuya operante presencia el mundo resulta habitable y la vida digna de ser vivida.

Y conviene precisar que el espíritu europeo, si vigila con mejor lucidez en las minorías intelectuales, no deja de actuar, aunque de modo soterráneo y remoto, en el inconsciente colectivo, en grandes masas de población—campesinos, clases medias y obreras—con vigor no sospechado por los pesimistas doctrinarios para quienes la crisis actual no tiene otra salida que la catástrofe. Hombres oscuros, apegados a su fe y a su costumbre, se sienten adscritos a formas de vida que entrañan, a pesar de todo, la profunda y cristiana libertad que les hace dueños de sí.

Sin intentar un análisis detallado de lo que el espíritu europeo es y representa, pues la tarea requeriría tiempo y espacio de que no dispongo, sí cabe señalar dos de sus rasgos principales, tal vez

los más acusados y expresivos: la libertad y la caridad. Sustentado en estos principios, el europeo fué poco a poco ganando terreno sobre las rudas inclinaciones primitivas, hasta admitir como hecho normal la existencia del discrepante. Tardó siglos en hacerse a la idea y dar por supuesta la licitud del disentimiento, más al fin cristalizó en la tolerancia y en el reconocimiento del derecho a discrepar.

El mundo hispánico vive regido por tales principios, configurado por ellos. Lo hispánico es parte de lo europeo y su aportación vigoriza sensiblemente la idea del honor y el mantenimiento de una moral de caballeros. El conjunto de posibilidades que llamamos Europa está impregnado de esencias hispánicas, y no será excesivo atreverse a pensar que tales esencias alcanzan plenitud de valor por contraste con otras que, dentro de ese mismo conjunto, arrancan de diferentes formas de vida y pensamiento, porque esa beneficiosa confrontación pule sus aristas, reduce lo excesivo y desmesurado de ciertas manifestaciones extremas y exalta, en cambio, cuanto tienen de noble y de grande.

Europa vale porque—todavía—es una espiritualidad. Hispanoamérica y algunos grupos de los Estados Unidos constituyen su prolongación, quizá su reserva. Y esta espiritualidad puede devolver a la vida su sabor, haciendo que el hombre se reconozca en la imagen que le propone como posible una ilusión no limitada a proyectar sobre lo futuro el reflejo de un pretérito imperfecto, sino algo mucho más importante: la esperanza de profundas renovaciones que acierten a preservar la vigencia de los principios en que se asienta el mundo cristiano, el mundo basado sobre la primacía de lo espiritual.

R. G.

GRITOS DE ALARMA ANTE LA «RESTAURACION».—La revista *Frankfurter Hefte* (1) publica un importante trabajo de su director, Eugen Kogon, titulado «Die Aussichten der Restauration»—«Panorama de la Restauración»—, con este subtítulo: «Sobre los fundamentos de la sociedad contemporánea».

(1) Año VII, Cuaderno 3.º Cada número contiene unas 75 páginas sobre temas generales, especialmente de política, vida social, religión, filosofía y literatura, con interesante bibliografía. Precio del ejemplar, 1,20 dm. Redacción y Administración: Schaumainkai, 53, Frankfurt a. M. (Alemania).

Es significativa la insistencia con que dicha revista—que figura entre las dos o tres más representativas del pensamiento alemán de nuestros días—viene ocupándose del tema de la «restauración». En los últimos meses, y sin contar las notas, alusiones sueltas y otras menciones de menor cuantía, hay tres trabajos importantes dedicados al tema: Walter Dirks, uno de los intelectos más claros y penetrantes de esta postguerra europea y que comparte con Kogon la dirección de la revista, publicó en septiembre de 1950 un largo artículo sobre «El carácter restaurativo de nuestra época». En febrero de 1951, era F. M. Reifferscheidt quien, en una amplia y aguda exposición titulada «Triunfo del *Hindenburg-Deutsche*», denunciaba el regreso al poder en la República Federal y la entronización social en la Alemania occidental del típico alemán «de Hindenburg», el mismo cuya mentalidad imperaba bajo el segundo Reich; el que, agrupado en torno al viejo mariscal, acabó adueñándose de la República de Weimar y abriendo vía libre al bólico hitleriano; el que, desbordado por el nacionalsocialismo y viendo perdida una guerra que él mismo había ayudado a encender, volvió las espaldas a Hitler (muchos de los conjurados del 20 de julio de 1944 eran de estos *Hindenburg-Deutsche*), eludiendo así en su mayoría las peripecias de la desnazificación, cuyas víctimas han resultado ser los más desamparados de todos los antiguos hitlerianos—dejando a un lado el núcleo, muy escaso, de verdaderos criminales—, para consolidar su posición económica (y, en no pocos casos, su abusivo enriquecimiento a la sombra de la guerra) gracias a la reforma monetaria realizada bajo la égida del dólar en 1947, de la cual surgió el *Deutsche Mark*, y terminar imponiéndose a las restantes capas sociales en la actual República Federal, mucho más restauradora que revolucionaria o, simplemente, innovadora: régimen más acosado cada día por los viejos espectros del nacionalismo burgués, autoritario y egoísta.

Este fenómeno no es sólo típicamente alemán, sino que tiene sus correspondencias europeas. Dirks aludía claramente a ellas en su mencionado artículo, análisis minucioso de la sociedad alemana de 1950, que comienza con estas inquietantes palabras: «Estamos en trance de perder la paz»; y seguía con la denuncia del restablecimiento de la *Realpolitik*—decisivo elemento de toda restauración; recuérdese a Metternich—, pasando luego a distinguir la «restauración» del conservadurismo y de la reacción. «Las restauraciones nunca son totales..., nunca son consecuentes..., nunca son unitarias...; son acontecimientos «naturales»... La restauración es

un acontecer, un proceso, una situación, un clima; tiene muchos sujetos que, dependiendo unos de otros recíprocamente, no siempre necesitan cooperar unos con otros... Es mucho más el resultado de la desidia de los hombres que de su voluntad... A veces se alían la reacción y la restauración»; pero no hay que confundirlas. La reacción es consciente, mientras que la restauración no lo es. «A pesar de lo cual, tiene siempre valores indiscutibles que implantar: la tradición, la propiedad, el orden, métodos de eficacia bien probada, nombres prestigiosos.»

En su trabajo de marzo de este año, Kogon amplía aún más las perspectivas del estudio de Dirks, analizando no solamente la sociedad alemana de nuestros días, sino el conjunto de la sociedad europea. Es toda la Europa occidental la que vive bajo el signo de la «restauración», si hemos de dar crédito a sus palabras.

Esta situación es fruto de la entronización de la burguesía sobre la base política del Estado nacional: de ese Estado que la segunda guerra mundial ha sido incapaz de superar como fórmula de vigencia europea. La soberanía del Estado nacional, por un lado, y la del individuo, por el otro, son los dos polos en torno a los cuales ha girado toda la concepción social del liberalismo nacionalista y burgués, mientras que las formas políticas y sociales intermedias entre la nación y el individuo, así como las que correspondían a la comunidad internacional, perdían su vigencia respectiva. Al cabo de la evolución producida bajo este doble signo, «nos encontramos ante una fluctuante sociedad de masas, a la que se *administra*. Su formalismo jurídico democrático-burgués, derivado de la soberanía del individuo y de la del Estado nacional, no regula los principales aspectos de su existencia, sino que los deja abandonados a sus propios recursos, cuando no entorpece su desarrollo con una sobreabundancia de leyes de socorro, concebidas terapéuticamente».

La *restauración* «es una política de los *valores*, los medios y las formas conceptuales tradicionales, de las seguridades aparentes, del restablecimiento de intereses bien conocidos, en la medida en que ello sea posible; una política de falta de imaginación: la única política que, en el ámbito de la libertad, puede hacer una sociedad carente de ímpetus renovadores..., aun cuando está patente la necesidad de renovar la realidad en todas sus partes, integrándola en un orden adecuado a ella, en vez de restablecerla en su antiguo ser y estado». Kogon habla aquí de *orden*. No está de más el tomar, a propósito de ello, una frase de la página precedente, donde leemos: «La organización—demasiado lo sabemos hoy por propia ex-

perencia—no se identifica verdaderamente con el orden. Frecuentemente no pasa de ser un sucedáneo del orden (*Ersatzungsordnung*), y bastante a menudo con formas inadecuadas.»

La ausencia de ímpetus renovadores se manifiesta no solamente en la clase burguesa, cansada y consumida, sino también en ciertos movimientos que parecen o pretenden surgir de otros medios sociales: «La socialdemocracia de la Europa continental no posee hoy tampoco fuerza alguna de renovación social, sino que ha permanecido presa de esas concepciones burguesas de la vida, con las que creció y se desarrolló: lo mismo de la concepción unilateralmente idealista que de la unilateralmente materialista. Su internacionalidad falló, frente a la fuerza de la soberanía nacional, en la primera hora verdaderamente decisiva: en 1914. Demasiado ocupada en conquistar el poder central de gobierno en la democracia, no supo apreciar la importancia del principio social federalista, que le era mucho más adecuado.» Al socialismo democrático, tras de haber aplaudido el advenimiento de los grandes Estados nacionales de tipo centralista, y habiendo renunciado a la táctica revolucionaria en la lucha política, «sólo le quedó el forcejeo en torno al poder central de gobierno..., la aspiración árida y estéril de adueñarse del poder, para, una vez conseguido éste, ¿qué hacer? Algo no muy diferente de lo que hacen hoy los residuos de la clase burguesa, ya que la renovación no puede producirse así como así, sin cumplir ciertas condiciones previas». Mientras tanto, «el sector revolucionario de la clase obrera se ha entregado por entero a la ideología de la fe en la fuerza y (a través de ella)... ha caído en la esclavitud del stalinismo».

«La democracia necesitaba del federalismo como principio dotado de validez general: en lo social y en lo político, en lo nacional y en lo internacional. Solamente el federalismo podía proporcionar una estabilidad *dinámica* a la soberanía del individuo y a la soberanía del Estado, sin disolverlas en esa confusión de contradicciones en que, heridas de muerte, han caído actualmente.» Para Kogon, la gran oportunidad de renovar las sociedades de la Europa occidental es la que se ofrece con la posibilidad de establecer una Europa federada, cuya realización será «la más grande aventura positiva en la historia del pensamiento europeo. Si quienes desean la renovación saben ver bien las posibilidades actuales y obran como es debido, entonces le llegará su fin al período de la restauración». Ya que la unión europea bajo el signo del federalismo obligará a los Estados nacionales a romper los moldes estruc-

turales a cuyo amparo las fuerzas «restaurativas» han implantado su dominio en la sociedad europea contemporánea.

J. M. DE A.

ORSON-OTELO.—Los ingleses padecen las interpretaciones de Orson Welles con el estoicismo del anciano caballero a quien sucesivos desastres van desmantelando el solar legado por los antepasados. Orson-Macbeth, Orson-Otelo, y no Macbeth, y no Otelo, interpretados por el señor Welles. Ya sé que existe vastísima diversidad en las interpretaciones de los personajes de Shakespeare. La tradición británica admite transformaciones considerables, cambios sustanciales, y cada gran actor inglés, de Garrick a Macready y de Olivier a Gielgud, introdujo en las figuras dramáticas del «dulce cisne del Avon» matices deferentes, nuevos estremecimientos.

¿Qué está ocurriendo ahora para que los críticos frunzan el ceño e increpen airadamente al cómico americano, considerando inadmisibles sus audacias en la versión de las obras shakespirianas que representan? Orson Welles tiene demasiada personalidad para plegarse, siquiera heterodoxamente, al personaje interpretado. Como Charlie Chaplin, desborda el cauce previsto, y sobre la máscara no tardan en revelarse los rasgos del rostro encubierto. El espectador no acaba de creer en la existencia del *Dictador* o de *Monsieur Verdoux*, porque bajo la apariencia ficticia reconoce al Chaplin de siempre. Y lo mismo ocurre cuando en Macbeth o en Otelo descubre, no un Macbeth o un Otelo distintos de los habituales, sino un Orson Welles verdadero, un carácter que se impone a la invención y, sutilmente, la suplanta, destruyéndola.

Es natural que los coleccionistas de interpretaciones se sientan sorprendidos y hasta defraudados por esta irrupción del hombre en la ficción, de la realidad en el mito. Se comprende también la alarma de los celosos guardas jurados del coto shakesperiano, honestos eruditos que viven de cortar el cupón a sus habituales títulos ensayísticos, y ven amenazadas su seguridad y su costumbre por la irrupción de un fenómeno—el fenómeno Welles—que no entienden.

El actor americano acaba de obtener en el festival de Cannes un éxito resonante: su versión cinematográfica de *Otelo* consiguió el gran premio, pero no, por fortuna, la unanimidad en el aplauso. Se alínean contra él los partidarios de una supuesta tradición que, de existir, se basaría precisamente en el cambio, en una evolución

basada tanto en la necesidad de adaptarse a los gustos de la época como en la de violentarlos para imponer el de actores hostiles a las interpretaciones vigentes.

No creo que la versión de Orson Welles sea ortodoxa; por el contrario, la supongo herética, pero basta leer los comentarios de sus enemigos (por ejemplo, el publicado por el crítico de *Le Monde*: modelo de petulante incomprensión) para advertir que, gracias a ella, gracias a la enorme personalidad del protagonista, la obra recuperó su violencia originaria, su primitivo carácter apasionado y cruel.

En un comentario justificativo, Orson Welles puso de relieve la extraordinaria sensibilidad de los isabelinos ingleses, la abundancia de registros existentes en los hombres de entonces: «un lirismo tan fresco como una mañana de mayo compensaba una brutalidad muy próxima a la barbarie: sutileza e inocencia se mezclaban maravillosamente». Y la tentativa de Welles importa porque pretende resucitar esa personalidad según puede sentirla y poseerla quien como él está hecho también de contrastes que se equilibran, de rudeza y poesía, de violencia exaltada y gracia sin afectación, a la vez complicado e ingenuo, primitivo y refinado, astuto y tierno.

El arte de Welles acaso sea, en un postrer grado de análisis, más útil a la intención de los dramaturgos que las fieles interpretaciones de actores menos personales. Pues sirve magníficamente para manifestar en el hombre Welles, en el comediante Welles, las emociones y los sentimientos que el autor quiso expresar a través del personaje.

R. G.

A POR UNA EUROPA UNA.—...Pero sin la Rusia soviética y países satélites. Esta es la meta que ansían los anhelos confederacionistas del «Collège d'Europe», también llamado «Movimiento por la Universidad Europea» o simplemente «Universidad de Europa», con sede en la ciudad de Brujas.

Ahora que las grandes potencias mundiales, a babor y a estribor, a Oriente y Occidente (Rusia y los Estados Unidos), son producto de una estrecha unión de fuerzas y posibilidades hacia un destino marcado por una única voluntad, la atomizada Europa «europea», también llamada *culturalmente occidental*, ha comprendido que su

anatomía, fisiología y patología de mosaico contribuyen a esta realidad débil, sin voz ni voto, que hoy padece Europa frente a sus poderosos antagonistas. Hay que unir para ser fuertes. El viejo latiguillo imperialista ha tomado cuerpo, una vez más, en la silenciosa, casi muerta ciudad de Brujas.

El «Collège d'Europe» ha tenido por inspirador, promotor y tutor a un español: Salvador de Madariaga. De vuelta ya de sus coqueteos democráticos con la «democracia» comunista de la U. R. S. S., don Salvador ha decidido defender la cultura occidental (léase Europa) de los avances imperialistas del bárbaro oriente soviético. Animado por este espíritu, y en colaboración con los prohombres de la Universidad belga y con la promesa de algunas naciones occidentales, Madariaga funda en septiembre de 1949 la Universidad de Europa, órgano de alta política cultural con excelsos fines supranacionales. Su fin primero y confesado: la defensa de Europa por la unidad; determinar a Europa un papel de *prima donna* en la gran ópera del mundo; no resignarse a un reparto entre comparsas, mientras los dúos, las romanzas y las arias se reparten, más o menos equitativamente, entre los EE. UU. y la U. R. S. S.

Tras unas reuniones preparatorias en otoño de 1949, el flamante «Collège d'Europe», que aspira a colocarse a la cabeza de todas las Universidades del Viejo Continente, comenzó a funcionar en serio en octubre de 1950. Hace unas pocas semanas que terminó el segundo curso del «Collège», dando salida a la segunda hornada de europeístas a ultranza. Estos defensores de la Confederación se han formado en el espíritu de nuestro Luis Vives, con cuyo nombre ejemplar se ha bautizado a esta promoción. Porque es sabido que cada una de ellas—como las militares en España—se refugian tras la advocación de un nombre egregio, en este caso de un nombre significativo para la cultura europea. A la primera se le llamó «Promoción de Saint Exuperio», y «Promoción Luis Vives» a la segunda.

Aquí sí que se nota ya la mano de Madariaga. Porque ha de saberse que la «Universidad de Europa», organizada por un español, se monta con la participación de todas las naciones europeas; de todas, menos de España. A ella concurren universitarios de todos los países, becarios del Gobierno belga; de todos, menos de España. A pesar del carácter antisoviético del «Collège», a sus cursos pueden asistir como «observadores» representantes de países como Indonesia y «Berlín-zona oriental». España, no.

De ahí que sorprenda el apodo de la segunda promoción. Pero

todo se explica. Madariaga y su discípulo aventajado en estas lides, el también español e historiador, Abdón Salazar, presentan al gran humanista español Luis Vives no como español que llevó las humanidades españolas de entonces a la Universidad de Brujas, sino —¡atención!— como *judío*. Su sangre israelita le previene de los «gérmenes» hispánicos, convirtiéndole en «europeo» de una pieza, capaz de satisfacer las rigurosas exigencias históricas de Madariaga y de dar nombre españolísimo (pese a todo) a la segunda promoción de salvadores de Europa.

La fobia antiespañola de Madariaga llega al término de suprimir del programa europeísta todo cuanto tenga relación literaria, lingüística, jurisprudencial e histórica con España. Los «europeos» sabrán del francés y del inglés; de las principales literaturas: italiana, alemana, portuguesa, danesa, belga... De la española, nada; del castellano, nada... He aquí una labor científica, perfecta y sin tacha del historiador español Salvador de Madariaga.

En la tranquila ciudad de Brujas, tan llena de evocaciones españolas—barrios enteros pregonando nombres de España—, en esa tranquila ciudad hay gérmenes de inquietud. La empresa seguirá adelante. Madariaga ultimaré su anunciada *Historia cultural y política de Europa*, escrita a la medida de mentalidades manipuladas por el «Collège». Dios quiera que estas medidas de defensa supranacional frente a la U. R. S. S. y los U. S. A. no acaben en una ciudad de Brujas más muerta, más silenciosa, entre escombros y sin poesía, que las que cantara elegíacamente el gran lírico Rodenbach.

C. H.

LA MUSA DEL POETA.—Los eruditos tienen algo de policías. Lanzados sobre la pista son capaces de trabajos heroicos y pacientes para esclarecer la fecha de una obra, el lugar donde tal otra fué compuesta, la persona en quién se inspiró un autor para trazar determinada figura novelesca. Guillaume Apollinaire escribió en 1903 *La Chanson du Mal-Altímé*, y desde su publicación se creyó, o que la amada perdida era ficción poética o que se trataba de María Laurencin, cuya intimidad con el poeta era conocida. Ni se supuso que pudiera tratarse de la *Annie* o *Anna* de otros poemas.

Mas un grupo de eruditos, con técnica detectivesca, ha conse-

guido aclarar el misterio, y más aún, encontrar a la desconocida dama. Hubo musa antes que poema, y al cantarla narró el hábil renovador de la poesía francesa cuitas personales, poco antes sentidas. Tres investigadores, rastreando «con astucias de sioux» a través de cuatro países, lograron averiguar que la inspiradora de esos poemas vivía aún y era una inglesa: Annie Playden, ahora residente en California. L.-C. Breunig ha tenido la fortuna de entrevistarse con ella y de recoger (en un artículo publicado en el *Mercur de France*) noticias muy interesantes sobre la juventud de Apollinaire.

El poeta y Miss Playden se conocieron en París, en casa de la vizcondesa Elinor de Milhau, a cuyo servicio coincidieron durante un año en Neu-Clük y Honnef (Alemania); en esa etapa germinaron los poemas «renanos» y estalló el violento amor de Apollinaire. Estallido, sí, y violento, pues cuando la joven inglesa rechazó su oferta de matrimonio, formulada teatral, melodramáticamente, en la cumbre del Drachenfels, la amenazó con arrojarla por el acantilado si no le aceptaba, y más tarde, en Londres, la atemorizó hasta obligarla a partir—a huir—para América, desde donde dió orden de que en ningún caso comunicaran su dirección al pasional pretendiente, por miedo a que hiciese realidad el verso de Oscar Wilde que le escribió en una tarjeta postal: *Cada hombre mata lo que ama.*

Annie Playden ignoraba que Guillaume de Kostrowitzky (pues tal era el nombre usado entonces por Apollinaire, único que ella le conocía) hubiera llegado a ser poeta famoso, e incluso que fuera poeta. Súbitamente, esta mujer, a quien puritanos parientes acusaban cuando joven de tener «ojos perversos», ha surgido del pretérito—desde la lejanía de un rancho californiano—convertida en envejecida sombra del mito, en discreta e inverosímil sombra de la figura grácil y atrayente de la Musa, cierta vez reencarnada en los veinte años de una hermosa muchacha de las Islas.

R. G.

SOBRE DEMOCRACIA Y TOTALITARISMO.—A través de la amplia información de revistas realizada en la de Estudios Políticos, puede verse la preocupación por el tema de la democracia en el pensamiento actual norteamericano. Surgen preocupaciones a este respecto. No se ve ya la democracia como un dogma incommovible, sino como tema a discutir. El pensamiento dominante es naturalmente democrático, pero con importantes matices. Así es frecuente que se plantee el problema de la eficiencia del sistema mayoritario, pero también preocupa el hecho de que la democracia imponga el dominio de la mediocridad, la visión masiva de las cosas en la dirección del mundo. Esta es la tesis de Bovitt, que propugna se reconozca en el juego político un lugar a las personalidades de excepción. Se trata de una integración de la democracia y aristocracia al modo aristotélico, desde la preocupación mostrada en el pensamiento contemporáneo acerca de las minorías selectas.

No cabe duda que si de un lado la democracia no es incompatible de suyo con el reconocimiento de los mejores, ello no ocurre así debido a que las multitudes de hoy actúan en política dentro de formatos cerrados a los que se presta una apasionada conformidad. Porque no debemos confundir lo impersonal, en el sentido de aquello que se nos impone sin contar con nosotros, de esa otra forma del vivir colectivo que consiste en aferrarnos desde dentro a las vigencias y a los tópicos. Si lo colectivo actuase sólo en la forma convencional del modo de saludar o de vestir, quedando nuestra personalidad al margen, todo iría muy bien. Pero lo grave es que nos socializamos también por dentro, actuando no de un modo comunicativo al servicio de principios valiosos, sino desde la previa socialización de nuestra propia vida. Entonces resulta que no basta reservar una dosis de dirección pública a las personalidades fuertes, ya que éstas pueden usar su poder en acuñar modos masivos de comportamiento. El comunismo está dirigido, si no por minorías selectas, por personalidades fuertes sin duda. Pero se trata de otra cosa en esos pensadores: de dejar actuar a quienes sean capaces de puro ocio intelectual. Mas no puede negarse que Marx era hombre de prolongados ocios intelectuales. El problema de limitar la democracia no puede hoy ser planteado tan sólo desde la preocupación por las minorías, sino desde los principios mismos. Hay que poner en la base del Estado un orden valioso incommovible y no sólo un sistema de normas formales al servicio de las fuerzas contingentes. (Y de las no contingentes tampoco, porque el Estado—von Stein lo vió con claridad, y no era una ursulina, sino un

sociólogo y economista apegadísimo a las realidades—no está llamado a ser pasivo instrumento de las fuerzas dominantes.)

De poco hubiera servido, tras unas elecciones en el supuesto de un triunfo comunista, el comprobar que el pueblo había sido dirigido por personalidades bien dotadas.

En relación con el tema de la democracia aparece la cuestión totalitaria planteada, por ejemplo, en un artículo de Gurian, en la *Revista de Política*. Señala como nota específica del totalitarismo el hacer de la política una verdadera religión, esto es, el subordinar a la política todos los otros órdenes de la vida. En cambio, los regímenes autoritarios suponen un orden superior intangible que se estima no debe perecer ante la acción de las simples mayorías numéricas, y en salvaguarda del cual se reconoce un sistema estable de instancias de poder. El totalitarismo es incompatible con la actuación de la Iglesia, la cual supone un orden espiritual superior al Estado y reconocido por éste.

No supone para nosotros una panacea, dicho sea con todo respeto, un sistema político por el mero hecho de fundarse en un orden objetivo y tradicional ni por hallarse el Estado al servicio de una sociedad orgánicamente establecida. Este orden puede ser injusto y es función del Estado implantar la justicia en defensa de la persona humana frente al mismo orden social si es preciso. Pero es lo cierto que hoy se impone ante los riesgos del mundo occidental una coordinación de autoritarismo y democracia fundada en la intangibilidad de los valores supremos plasmados en nuestra civilización.

A la vista de lo anterior, produce verdadero asombro el ver cómo la política mundial de los últimos años se basó en la confusión entre el totalitarismo y toda forma autoritaria. Algún día será imposible entender cómo en estos años los grupos políticos del centro en varios países han admitido como válidas democracias a la Unión Soviética y sus Estados satélites, en tanto excluían a España por haberse visto obligada a implantar un sistema en algún respecto autoritario para defender los principios cristianos frente al totalitarismo comunista que se había apoderado del país.

S. L.

EL ARTE TEATRAL.—Paul de Saint-Victor, en su monumental obra incompleta *Las dos Carátulas*, nos ofrece una visión del teatro desde el punto de vista exclusivamente literario, de la literatura dramática. Acomete la extraordinaria tarea crítica de ir enjuiciando, desde los principios, las más importantes piezas del teatro universal. Calina Tolmacheva, por otra parte, con *Creadores del Teatro Moderno*, nos muestra otra visión distinta. Es la del teatro de los intérpretes—época de los «grandes actores»—y la de los directores, *régisseur*, que iniciaron la «re-teatralización» de la escena.

Ambas visiones, considerado el teatro como un arte aglutinador de otras artes, no era en verdad suficiente. A más de que el estudio parcial del teatro, de uno solo de sus aspectos, no podía convenir a la exacta perspectiva de su «todo», medida necesaria para el examen y comprensión de sus fenómenos y cuestiones.

Gaston Baty—uno de los adelantados de Copeau—y R. Chavance, en su *Arte teatral*, han acometido la ingente labor de ofrecer esta visión total del teatro. En su libro, complejísimo de por sí, proceden a un estudio sistemático de los grandes problemas teatrales, desde sus primeras manifestaciones, que aparecen confundidas con la danza ritual. Así, acaparan su atención los espectadores—sabido es que el público forma parte del fenómeno teatral—, los tabladros, la arquitectura y disposición artístico-funcional de los coliseos, el desarrollo de la escenotecnia, el ángulo económico del espectáculo, los intérpretes, los autores, sus obras y sentido de las mismas, la música, el ballet, la ópera y otros elementos constitutivos del arte teatral, los cuales se examinan agudamente y se cojean y enmarcan dentro de la coyuntura histórica que los encauza y determina.

Desde los orígenes, que los autores remontan a los confusos principios de la cultura oriental, pasan al milagro griego y a las resonancias que éste tuvo en la civilización latina. Después, prosiguiendo el cauce histórico, estudian la aparición del teatro cristiano, que da lugar a los «milagros» del siglo XIV y «misterios» del XV, para detenerse luego en la influencia del Humanismo y la Reforma con el hallazgo y difusión de la Poética de Aristóteles. Más adelante, esta Poética habría de restaurar las reglas y unidades clásicas de la tragedia y dar paso al «clasicismo francés». Con anterioridad, dedican un capítulo al por ellos llamado «milagro isabelino», momento de esplendor del teatro inglés, con Ben Jonson, Marlowe y William Shakespeare, y, casi paralelamente, examinan el Siglo de Oro español, con Lope, Calderón y Tirso. Luego, siguiendo la tra-

yectoria marcada, estudian el «romanticismo» y el «realismo», deteniéndose en la encrucijada de la primera guerra mundial, cuando los *régisseur* llevan ya varios años empeñados en los experimentos de una renovación escénica.

Dos líneas van atravesando, página a página, este interesante estudio. Una de ellas concede toda importancia al espectáculo: actuación, música, ritmo, línea y color. La otra se la concede al texto, y no admite a los otros elementos sino como a simples accesorios, reduciendo el teatro a un puro género literario. Pero lo cierto es que el arte teatral logra su autenticidad cuando se fusionan las dos corrientes y se establece el equilibrio entre ambas. Para Baty y Chavance el arte teatral tiene mucho, por no decir casi todo, de oficio. Es arte en el sentido de artesanía. Las grandes figuras en quienes encarnó genialmente el teatro—dicen—fueron Esquilo, Shakespeare y Molière, comediantes y directores de escena, que se hicieron escritores por amor a su profesión.

He aquí un principio cuyo desarrollo serviría para definir y estructurar al «hombre de teatro», en quien deben converger todos los elementos de este complicado arte.

J. M.^a Q.

COLABORAN EN ESTA SECCIÓN :

RICARDO GULLON

JOSE MIGUEL DE AZAOLA

SALVADOR LISSARRAGUE

JOSE MARIA DE QUINTO

A REMO HACIA LAS INDIAS

LA POESIA DE CARLOS IZAGUIRRE.—El profesor costarricense Moisés Vincenzi es una de las más distinguidas personalidades de su país. Catedrático de Filosofía en la Universidad nacional de Costa Rica y profesor de otras varias instituciones, ha dedicado buena parte de su vida a la enseñanza, pero sin limitarse a ella. Siente vigorosa afición a las tareas críticas, en cuyo ejercicio ha logrado obras estimables. La primera que de ellas se publica en España es el *Ensayo sobre el poeta Carlos Izaguirre*, recién aparecida en Madrid con enjundioso prólogo de Pedro Laín Entralgo, quien, lejos de limitarse a una convencional apología del autor y de la obra, le antepuso páginas que constituyen una excelente entrada en materia.

Estúdiase en este libro la poesía del hondureño Carlos Izaguirre y se estudia partiendo de la identificación existente entre los supuestos y las formas en que se sustenta y los principios que el comentarista siente como fundamentales. La visión del poeta y la del crítico están unidas porque arrancan de la comunidad de ideales, de un repertorio de opiniones y creencias operante en ambos con eficacia creadora, incitante a tipos de creación que, siendo como es lógico muy distintos, muestran un parentesco innegable.

Ese substratum común está mantenido por una meditación filosófica no menos declarada en Izaguirre que en Vincenzi. Izaguirre aparece a través de este ensayo y de los ejemplos en él transcritos como poeta de tendencia metafísica, como hombre para quien la poesía es el medio natural de responder a las interrogantes que el mundo alza en su espíritu. Por eso tiene razón el crítico cuando señala en esta lírica un impulso de liberación y de conocimiento. La poesía de Izaguirre quiere reflejar una verdad y una concepción del mundo más satisfactorias que las deparadas por la ciencia.

La poesía es un medio de penetración en lo indecible, en la esfera adonde no tienen acceso técnicas de conocimiento en apariencia más seguras. Cuando suscitada por una viva intuición del misterio, cuando apasionadamente tantea hacia las zonas oscuras de alma y mundo, la poesía sirve al hombre, le completa y provee de aquel sexto sentido cuya ausencia le impide formarse cabal idea de sí.

Vincenzi señala en Izaguirre dos características fundamentales: sinceridad y sentimiento de la libertad. Sinceridad como «organismo vivo—dice—que se alimenta a diario con buenos sentimientos, con ideas nobles, con deseos cada vez más puros y generosos». Sinceridad para revelarse no sólo verdadero, sino completo: entero y verdadero, sin traicionarse disimulándose, disfrazándose en el poema que debe ser confidencia y, por confidencia, veraz. Y sentimiento de la libertad que permite al hombre crearse, hacerse según desea, según oscuramente se conoce y siente.

La poesía de Izaguirre, partiendo de ambición tan nítida, es anchurosa y densa. No filosofía en verso, pero verso sostenido y alentado por una preocupación filosófica que, si no su razón de ser, constituye fuerte estímulo para la creación.

El ensayo está diestramente estructurado para dar al lector que no conozca la obra del poeta idea clara, y abundantes ejemplos, de ella. El libro primero es un estudio extenso y pormenorizado de la situación de Izaguirre frente a la que el crítico llama «crisis de la poesía contemporánea»; el libro segundo contiene un análisis de más de veinte composiciones de aquél, resultando (pues las incluye en sendos capítulos) una antología bastante completa de la lírica estudiada.

El procedimiento es recomendable para la presentación de poetas cuya obra no sea bien conocida del público a quien se destina el comentario. Obvio resulta que para saborear plenamente una crítica es preciso conocer las piezas analizadas. Y el libro de Vincenzi nos pone en contacto con una poesía hasta ahora ignorada aquí y que merece ser conocida, pues revela una obra poética de clara espiritualidad.

R. G.

COLECTIVIZACION DE LA CULTURA Y ASIMILACION DEL INDIO.—Esta vez corresponde la importancia más destacada, por tres de los trabajos que contiene, al número de abril de *Dinámica Social*, de Buenos Aires.

En primer lugar, es hora ya de que hagamos referencia a la interesante labor de investigación sociológica que viene realizando Julio Ycaza Tijerino, aunque tengamos que concretarnos solamente en esta ocasión a las reflexiones que hilvana en torno a «El problema del mestizaje». Se fija Ycaza en dos cuestiones de extraordinario interés: de una parte, la utilización que el mundo hispanoamericano debe hacer de la técnica moderna para salvar el actual abismo cultural que separa a las poblaciones india y blanca en Hispanoamérica; desnivel que él señala como causante de la actual falta de cruzamiento entre ambas; y de otra, la asimilación misma de las masas indias a nuestra cultura.

En esta breve muestra de sus trabajos, Ycaza condensa un estado de conciencia vigoroso y realista, plenamente capacitado para alumbrar soluciones válidas y eficaces ante su gran comunidad, que en tantos aspectos comunes es la nuestra propia. Nos fijaremos principalmente en su sana consideración de las posibilidades humanas de la técnica, como potenciadora de la materia, por cuya valoración se constituye en servidora del cuerpo, de modo que éste, al liberarse de muchas exigencias materiales, queda mejor condicionado para el pleno ejercicio de sus funciones naturales; y la integración humana de cuerpo y espíritu puede apuntar entonces a un objetivo humanista más elevado que los conocidos hasta ahora. A condición, pensamos, como es lógico, de que el espíritu continúe manteniendo intactas sus posibilidades transformantes, tal como la Iglesia las custodia y protege, pues en caso contrario no podrían evitarse nuevos desequilibrios entre espíritu y materia y, como consecuencia, nuevos desastres a la Humanidad.

Por esto, cuando Ycaza caracteriza las naturales tendencias a esta valoración o revaloración de la materia en el hombre europeo, norteamericano o hispanoamericano, y descubre como señales de este último «su fuerte carnalismo, inadaptable a determinadas normas rígidas de moral», nos hemos preocupado un poco. O no es inadaptable, o esas normas rígidas a que se refiere Ycaza son de muy poca importancia real y no afectarán a la santidad de la institución y sacramento del matrimonio, por ejemplo, porque yo pienso que ahí está el juicio justo y único desde el que puede apoyarse toda la reconstrucción de nuestra sociedad hispanoamericana, lo mismo peninsular que criolla, por grandes que sean las acciden-

tales diferencias sociológicas estructurales que ahora nos hacen en buena medida extraños.

El objetivo a que apunta Julio Ycaza con este replanteamiento del carácter instrumental de la técnica al servicio del hombre individual y social, es la colectivización de la cultura, problema que coincidimos en considerar como clave espiritual del futuro de nuestra comunidad de pueblos. O somos capaces de elevar prodigiosamente el nivel cultural, religioso y profano de cada uno de nuestros pueblos—dando al concepto de cultura todas las dimensiones de cultivo del hombre, desde la santidad hasta la técnica—, o caeremos irrevocablemente en el coloniaje religioso y político; creo que éstas son las características del límite del proceso de enajenamiento a que hemos venido estando sometidos durante muchas generaciones. Cultura colectivizada, es decir, según precisa Ycaza, no minoritaria o escogida, como ha sido característico de la cultura occidental europea, sino tal como la exige la actual evolución histórica del mundo: un tipo de cultura no para el hombre-individuo, sino para el hombre-Humanidad.

Desde esta perspectiva resultará posible la asimilación de las grandes masas indígenas hispanoamericanas y la solución al problema del mestizaje en toda su amplitud étnica y cultural, no concretada exclusivamente a la ambivalencia básica indoespañola, sino reconociendo además en la medida necesaria su ampliación a una verdadera polivalencia de sangres y culturas, abierta a lo negro en Cuba y Brasil principalmente, a lo angloamericano especialmente en los países del caribe y a una absorción de lo europeo en países como Argentina, por ejemplo.

Piensa Ycaza, por último, y creo que con razón sobrada, que ante nuestro actual estadio de cultura, racionalista, masivo y mediocre, sin pujanza artística ni intuitiva que resultaran fácilmente asimilables a las poblaciones indias, más seguro y honrado camino será el intento de apreciación de los propios valores culturales primitivos, y por ello más humanos de las masas indias, con objeto de asimilarlos a nuestra cultura. Y que podrán abordarse así simultáneamente la universalización de la cultura y la superación del separatismo nacionalista, tan arraigado en Europa, y cuyo florecimiento, al amparo de las doctrinas estatistas, en Hispanoamérica, coincidimos en señalar como un peligro no pequeño de desvirtuación de las verdaderas fórmulas cristianas de convivencia que debiéramos ser capaces de ingeniar e inaugurar en nuestro tiempo.

M. L.

MARIANO AZUELA, A LOS CUATRO MESES DE SU MUERTE.—El día 1.º de marzo de este año la Prensa hispanoamericana no dió la noticia de la muerte de Azuela (1873-1952). Azuela hizo, como médico, la guerra de la Revolución, y de allí nació, redactada en Nuevo México, su novela más conocida, *Los de abajo*, traducida a nueve idiomas. Deja inédita *Como las hojas* y una autobiografía, *El novelista y su ambiente*. *Los de abajo* apareció en 1916. Le siguen *Los caciques* (1917), *Pedro Moreno el insurgente* (1934), *El camarada Pantoja* (1937), *Mala yerba*, traducido al inglés por Anita Brenner en 1932, y muchísimas otras.

Los de abajo, que fué también adaptada para el teatro, refleja el ambiente social del México de Porfirio Díaz, y pinta los acontecimientos de la Revolución. Por esto se la ha llamado la «novela de la Revolución», aunque habría que citar también la de Martín Luis Guzmán, *El águila y la serpiente* (1928). La cuestión central es la de la explotación del indio, quien, bajo las órdenes de caciques militares, combate y muere sin saber por qué ni por quién. Y este negativo y desconocido motivo de lucha es lo que da carácter «revolucionario» a la novela. Porque Demetrio Macías, el general improvisado, tampoco sabe por qué y en favor de quién lucha. Y como en Macías, la ignorancia de la causa se percibe en los demás generales.

El testimonio de la novela de Azuela, hallado también en la citada de Guzmán, coincide con las más recientes interpretaciones de la Revolución mexicana. Los marxistas quisieron incluirla en su haber y la dotaron de supuestos ideológicos, acomodaticios y tendenciosos. Sirva de ejemplo el libro del peruano Esteban Pavletich, *La revolución mexicana* (Lima, 1932), por citar sólo alguno de menor extensión. La realidad fué violentamente falseada, y la carga política que la Revolución recibió la privó de un estudio sereno que midiera sus consecuencias en el terreno histórico-social mexicano. Hoy nos dice Leopoldo Zea, y lo confirman Octavio Paz y otros, que si por algo se caracterizó la Revolución fué por su absoluta carencia de supuestos ideológicos, emparentados con tendencias políticas europeas, por su plenísima espontaneidad. Quedarían por averiguar los fundamentos de tal espontaneidad.

Pues bien. Demetrio Macías y los soldados que aparecen en la novela de Azuela se mueven en virtud de una vitalidad que hace aflorar el movimiento revolucionario con singularidad especial. Singularidad que Octavio Paz ha traducido por conciencia de la so-

ledad, por un saberse México en soledad, primer paso a la conciencia de su ser histórico independiente. En este sentido, *Los de abajo* no sólo es la novela de la Revolución mexicana, sino la partida de nacimiento del México actual. Y no es novela de la Revolución porque el argumento sea revolucionario, sino porque es un testimonio profundísimo de la realidad que fué la Revolución.

Mariano Azuela fué académico de la Lengua y profesor de la Escuela de Verano de la Universidad Nacional. Dejó un libro de Historia literaria, *Cien años de novela mexicana* (1947).

Su gran valor está, aparte del simplemente literario, en la corroboración de que también la literatura y el escritor pueden develar, con el encanto de lo poético, la complejidad de la vida humana. Y en el ejemplo de su vocación intelectual fecunda.

R. G. G.

EL PELIGRO DEL VERBALISMO.—Al problema planteado en este título trata de hacer frente el editorialista «C. S.», autor del trabajo titulado «El escándalo de las palabras», en este mismo número de la revista argentina, con un nuevo fondo titulado «En conclusión: Estado de productores», que tampoco deja, por cierto, a nuestro juicio, arregladas las cosas.

A la vuelta de abundante erudición ambigua, C. S. viene a encarar el tema suscitado en términos que estimamos poco afortunados. Partiendo de la crítica de la falsa popularidad materialista implícita en la antítesis liberaldemocracia-marxismo, llega a deducir que el sistema actual de distribución de la propiedad ya no esclaviza la vida y el destino de hombres y familias; que el pueblo no debe seguir siendo considerado como masa famélica; que no puede seguir pensándose en una sociedad inmutablemente dividida en derecha e izquierda. Esto, según C. S., «no es cierto, o ya no lo es, o lo fué solamente cuando la solidaridad humana era virtud de unos pocos y la cultura privilegio de seres superiores». Y concluye: «Rehusamos creer que debemos seguir pensando en función de herederos de Smith y Ricardo, o de Marx y Engels.»

Afirmar todo esto es fácil; lo que ya no lo es tanto es demostrar que la Humanidad, precisamente en los pueblos que más fácilmente podrían adherirse a eso que, por llamarlo de algún modo hasta que nazca la verdad, se le viene dando el nombre de fantasma de «ter-

cera posición», no esté viviendo todavía estructuralmente, es decir, muy profunda y arraigadamente, en esas mismas condiciones de opresión social que C. S. da demasiado a la ligera por superadas. Otra cuestión es que enjuiciar la situación social de un pueblo en concreto, y aun de toda la sociedad capitalista en su conjunto mundial, exceptuadas algunas minoritarias regiones favorecidas, a la luz de un descarnado criterio realista, en todas sus trágicas proporciones sociales, tenga que ser marxismo.

Lo que Marx o Smith, pongamos por caso, hayan podido elaborar de científicamente válido, y tenga un valor en sí de verdad positiva independiente de las aberraciones metafísicas con que mezclaron sus investigaciones, ¿por qué no seguir usándolo como criterio de razón, si la realidad social frente a la que fué pensado sigue siendo análoga para la mayoría de un pueblo o para la mayoría de la Humanidad? Para que un criterio de verdad deba ser desechado, será preciso demostrar, no que lo pensó Marx—y Ketteler, y Lammenais, y Bloy, y Hello, y Toniolo, y León XIII...—, sino que es mentira. Mientras tanto, la solución que no tenga en cuenta tales datos fundamentales no servirá para nada.

Casi al final de su trabajo, C. S. hace referencia confusa a un punto que parece traslucir en el autor del editorial cierta nostalgia que nos explicaría sus equívocos y sus anteriores alusiones a un sospechoso ideal nacionalista. Nos referimos a su alabanza al que llama «Estado corporativo», «que no pudo concretar su experiencia porque las potencias liberaldemocráticas y comunistas le declararon la guerra». Es decir, que parece referirse aquí al destruído totalitarismo nazi y fascista. Si realmente en el seno del grupo que intenta fraguar la aportación doctrinal argentina a la «tercera posición», están colaborando totalitarios y católicos, dada la base de un régimen de libertad, es muy posible que la polémica ahora iniciada ofrezca derivaciones altamente interesantes.

M. L.

EL COLEGIO MAYOR «GUADALUPE», EN SU PRIMER LUSTRO.—El 12 de mayo de 1952 se cumplieron los cinco años, el primer lustro de una vida colegial. El Colegio Mayor Hispanoamericano «Nuestra Señora de Guadalupe» ha recorrido con ellos la primera etapa de la misión que le atribuyera en la Universidad de Madrid, su fundador, el Instituto de Cultura Hispánica. Tres-

cientos cincuenta universitarios de Hispanoamérica han convivido en este Colegio, creando una historia y una experiencia comunes, al propio tiempo que a cada uno de ellos, individualmente, le iba enriqueciendo gradualmente su faceta profesional, su curiosidad de viajero, su contenido humanístico y, sobre todo, su cordialidad humana, hondamente amistosa. Estos cinco años, con sus logros y sus fracasos, han creado un estilo de vida universitario que, por añadidura, lleva el sello de la confraternización hispánica. Porque un Colegio Mayor como el «Guadalupe» tiene singularidades propias. El antecedente de otros Colegios Mayores Universitarios, creados y mantenidos por España, sólo le pudo servir para echar unos cimientos sobre los cuales—la convivencia—levantar la arquitectura de un recinto donde ochenta universitarios, hombres jóvenes de veinte países, conversan, se descubren, se penetran unos de otros, se unen por la amistad para formar un bloque espiritual, un talante que ya es específicamente «guadalupano». De ahí que este Colegio Mayor no pueda regirse por la misma legislación de un Colegio Universitario normal. Hace falta conceder un amplio margen de libertad a la iniciativa, a la comprensión, a la especificidad nacional, a la conciencia individual, a las razones intelectuales, políticas, históricas, consuetudinarias..., y todo para recoger esta diversidad de una gran concreción comunitaria, pues los hispanoamericanos, siendo como son diversos en tantos terrenos, somos paradójicamente unos, convergentes en el único punto centro espiritual.

Pero todo esto no se puede conseguir poniendo en práctica normas preestablecidas, con carácter programático de aplicación colectiva. Cada colegial es en el «Guadalupe» un mundo cabal, distinto en lo que tiene de diverso y coincidente en lo que tiene de común al mundo personal del resto de los colegiales. De ahí que haya que cultivar la diversidad individualmente, armonizándola en el conjunto fácil de factores como el idioma, la cultura hispánica, la religión, la costumbre y todo lo que machadianamente llamaríamos «folklore», que es algo más—y nada menos—que cantos, cerámica, danza, ritos, etc. Manejando inteligentemente la libertad, estableciendo a flor de alma un sentido de responsabilidad individual en cada uno de los colegiales; subrayando el carácter de la ejemplaridad de su presencia en España, el Colegio Mayor «Guadalupe» va recogiendo sus frutos después de cinco años de fatigoso empeño, ensayando los bienes ganados un año con otro, haciendo partícipe de ellos, de una en otra, tradicionalmente, a las promociones guadalupanas.

El quinto curso colegial, que se cerró a últimos de junio con una lección del catedrático Gómez Arboleya, se ha caracterizado por la renovación de sus cuadros colegiales en un 65 por 100. Este es un hecho nuevo, real y obligado, que merma de modo notable las posibilidades y eficacia de la función formativa colegial. Tiene la ventaja de que el número de estos colegiales vaya en aumento. Ya son casi cuatro centenas de guadalupanos, en su mayoría regresados a sus patrias respectivas. Su presencia y espíritu en América confirman que la unión conseguida en el «Guadalupe» sigue siendo una realidad, un hecho feliz y creciente que, año por año, va cumpliendo el sueño tangible de unir por la amistad del espíritu a la buena juventud universitaria de Hispanoamérica. Porque así comenzará a sentirse la ansiada realidad de que Hispanoamérica sea pluralmente una.

C. H.

ANTICAPITALISMO PRIMERO.—No se puede desconocer la trascendencia de la espontánea réplica que Jaime María de Mahieu, colaborador de *Dinámica Social*, desde sus primeros números, opone al editorial «El escándalo de las palabras» del número 18 de la revista, cuyo confusionismo verbal no dejó de desagradarnos tampoco vivamente, aunque en sus conclusiones recapitulara posiciones que ya podían resultarnos más seguras y aceptables.

Mahieu titula el trabajo suyo que comentamos, y que corresponde al número 20, del mes de abril pasado, «¡Yo no soy capitalista!», y lo razona, frente al juego curioso de palabras que llevó al editorial ya referido a afirmar: «Capitalistas lo somos por convicción... Desafiamos a quienquiera que posea un mínimo de raciocinio a declarar si acaso no lo es también él.»

Analiza Mahieu el proceso histórico-económico, por el que la plusvalía o beneficio que el trabajo adhiere a la materia prima trabajada pasa de ser objeto de la indiscutible propiedad del trabajador a serlo del capitalista, que en algunos decenios reduce a disciplina de hierro, a condiciones de esclavitud y de miseria, a los antiguos artesanos, concluída victoriosamente la «gran revolución» con que sociológicamente sustituye la burguesía al viejo Estado «comunitario» medieval, del cual lo primero que suprime son las corporaciones y la prohibición del préstamo a interés. Se desencadenan las luchas sociales, y al cabo de un siglo algo han conseguido

mejorar sus condiciones materiales las clases obreras; pero no sin que «el producto fabricado por ellos se les escape todavía», sigan siendo «extraños en la fábrica que sin ellos no existiría», y «buena parte de la plusvalía y la totalidad del poderío social que dimana de la economía pertenezcan a los dueños—quienes a menudo ya ni siquiera son sus propietarios—del capital».

Nos agrada encontrar señalado con clarividencia en el trabajo de Mahieu la vaciedad del lugar común con que muchos se quedan en distinguir capital de capitalismo y en fijarse en la indiscutible condición del capital como trabajo ahorrado, sin acertar a concluir que dicho capital, en el régimen capitalista, es sólo «trabajo ajeno ahorrado, trabajo de los productores, sea que haya sido lisa y llanamente robado por acaparamiento de la plusvalía, o sea que la minoría de los administradores de sociedades utilizan los ahorros de los pequeños accionistas para fundar en ellos su poderío».

No es difícil, desde esta perspectiva, comprender la parte de verdad contenida en la idea de Proudhon: la propiedad—«individual de los medios de producción»—es un robo. «El capitalismo no es sino el régimen que sanciona dicho robo. Es, por tanto, inaceptable en sus principios, y no en sus llamados abusos. Reformarlo es simplemente hacerlo soportable y frenar así la legítima rebeldía de los explotados. Hay que elegir entre la reforma que salvará, como ya lo ha salvado, el reinado del dinero sobre el hombre, y la revolución que devolverá al productor su supremacía natural sobre la producción.» Si la «tercera posición» puede llegar a ser algo más que intelectualismo verbalista, se verá en la medida en que entre por ahí con decisión.

No hay otra solución que devolver la posesión y propiedad de los medios de producción a los trabajadores; no a los individuos, ciertamente, sino a sus comunidades naturales: familia, corporación, municipio, Estado algunas veces, y casi siempre, empresa; y antes que nada, liberar a la comunidad del imperio capitalista sobre el Estado. Estamos de completo acuerdo. La colosal reforma que la Prensa nos comunica ahora, a mediados de junio, que está acometiendo en este sentido el canciller Adenauer, siempre que opere sobre toda una concepción nueva de la economía, y no sobre una mera declaración de ilegitimidad natural de las formas teóricas del asalariado, que sería insostenible, como recientemente señaló el Papa, puede resultar así la experiencia más formidable y más sana acometida hasta ahora por la clase obrera.

La aportación final de este artículo es puntualizar las diferencias entre la clase media y la burguesía. Según el juicio de Mahieu,

con el que también coincidimos, la clase media no existe; comprende tres grupos: comerciantes, profesionales y los que desempeñan las funciones rectoras de la sociedad: jefes de empresa, funcionarios, altos técnicos, etc. Por mi parte, creo que los dos últimos—la «élite», que, en realidad, no tiene razón de diferenciación interna—forman la cabeza natural de la clase obrera, a la que el proceso normal de proletarización que viene presionado por la supercapitalización creciente y el aceptable nivel de vida hacia el que tienden en muchos países los trabajadores, no tardará en devolverlos. Los comerciantes e intermediarios, poseedores de los «medios de distribución» del régimen capitalista, junto con la alta burguesía, en cuyos beneficios participan alegremente, forman ese otro cuerpo, extranjero en toda sociedad natural, hoy dueño de todo, parasitario, creador de una escala de valores fundada en la usura, en el apetito del lucro, que conocemos sociológicamente con el nombre de burguesía, y que necesita ser eliminado del cuerpo social, si queremos que, de acuerdo con la concepción cristiana de la vida, la sociedad pueda encauzarse hacia formas comunitarias, dignas de la condición libre y trascendente de la persona humana.

Mahieu concluye su estudio, cuyo interés ya no es necesario subrayar: «Un «nacional-capitalismo» que sirva de disfraz a las fuerzas económico-sociales de opresión, no es, para mí, más justificable que un socialismo que perjudique la integridad histórica de la comunidad.» No cabe duda de que nos encontramos en uno de los puntos críticos más decisivos al que inevitablemente tenía que abocar el intento de «Dinámica Social», de configurar una tercera posición.

M. L.

REAL Y PONTIFICIA UNIVERSIDAD, Y UNIVERSIDAD AUTONOMA.—Apenas ha pasado la conmemoración del IV centenario de la Universidad de San Marcos, de Lima, y ya se preparan otras dos. La de la Universidad de México y el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, de Bogotá, fundado en 1653 por Fray Cristóbal de Torres, con idénticas constituciones a las de Salamanca.

La Universidad Real y Pontificia de la Nueva España fué fundada en 1553 por decreto de Carlos V. Un discípulo de Luis Vives, Francisco Cervantes de Salazar, enseñó en ella Retórica, a base de los diálogos latinos de su maestro. Había varias cátedras de Filosofía, de las cuales una estaba dedicada a Santo Tomás y otra a

Escoto. El primer profesor de Filosofía fué Fray Alonso de la Veracruz. En 1572, con la llegada de los jesuítas, se fundó una cátedra dedicada a Suárez. Fray Alonso de la Veracruz—en el mundo Alonso Gutiérrez—había sido discípulo de Vitoria, e introdujo a Aristóteles. En la Cátedra le sucedió Fray Bartolomé de Ledesma. En 1760 fué fundada la Biblioteca de la Universidad, con 3.410 volúmenes y «algunos instrumentos matemáticos y quirúrgicos». En los siglos XVII y XVIII, con la decadencia de la escolástica y la introducción de la filosofía moderna por Gamarra, ocurrió la decadencia de la Universidad. Por la segunda edición de las *Constituciones de México* (1775), se sabe que ya se enseñaba menos a Aristóteles y con más preferencia a Descartes y Gassendi. En el siglo XIX, bajo el predominio del positivismo, la Universidad cierra el ciclo de su decadencia.

La lucha contra el positivismo emprendida ya en 1908 desde el Ateneo de la Juventud por Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Antonio Caso, José Vasconcelos, etc., obliga a que, al ser restaurada la Universidad por Justo Sierra, se acepte en la Escuela de Altos Estudios una cátedra de Historia de la Filosofía. Desde entonces, a través de la Universidad, México ha vivido la cultura moderna día a día. Hoy aquella Universidad es la guía intelectual de Hispanoamérica. Citemos tan sólo algunos de sus profesores: Antonio Caso (1883-1946), Eduardo García Maynez, Samuel Ramos, Edmundo O'Gorman, Oswaldo Robles, Silvio Zavala, Leopoldo Zea, etc.

La Universidad de México ha servido para la elaboración de esa sabiduría hispanoamericana, vital y diaria, que pedía, como justificación de la existencia de la Universidad y su profesorado, uno de sus mejores catedráticos.

Ahora abandona la Universidad Mexicana los viejos caserones: la mansión que fué veraniega de Mascarones, de la Facultad de Filosofía; la Casa Chata de la Inquisición, de Medicina; la ruinoso Academia de San Carlos, de Arquitectura; el palacio neoclásico del Real Seminario de Minería, de Ingeniería y Ciencias, y el viejo Colegio de San Pedro y San Pablo, de la Rectoría, y la Escuela Nacional Preparatoria. Bajo el lema que le dió Vasconcelos, «por mi raza hablará el espíritu», y la riquísima tradición cultural, la Universidad se unificará en la más moderna, al igual que su pensamiento, y en la más iluminada Ciudad Universitaria de Hispanoamérica.

R. G. G.

CONCEPCION CRISTIANA DEL TRABAJO.—*Criterio*, también de Buenos Aires, recoge un discurso de su director, Mons. Franceschi, sobre «Concepto cristiano de trabajo», pronunciado el día 1 de mayo, con ocasión de la misa ofrecida por la Federación de los Círculos Católicos Obreros. La exposición que hace Mons. Franceschi sintetiza la doctrina pontificia sobre la materia y perfila algunos principios interesantes de teología del trabajo, al afirmar, por ejemplo, que el punto de partida de la concepción cristiana a este respecto es que la dignidad del trabajador no procede de los gestos que realiza, sino de lo espiritual que pone en ellos; y cómo la perspectiva final del trabajo cristianamente concebido, y considerado dentro del conjunto del plan creador de Dios, es que la labor humana se convierte en colaboradora de Dios, y reviste, por lo tanto, una dignidad incomparable. Más aún, si esta colaboración se entiende en su pleno sentido, como colaboración también sobrenatural y santificante y corredentora, al implicar el trabajo una considerable proporción del ejercicio habitual de la libertad de la persona, y al ser el punto de referencia más certero y obligado en el que es necesario apoyar la base social de la solidaridad humana.

M. L.

LA REVOLUCION DEL ALTIPLANO.—*Latinoamérica* de mayo publica una documentada crónica sobre «La revolución en Bolivia», que últimamente ha vuelto a llevar al poder al mismo movimiento nacionalista revolucionario que antes gobernó hasta 1946, y que ahora ha triunfado tras una cruenta lucha de tres días, que ha ocasionado dos mil muertos y cinco mil heridos.

Esta revolución parece haber sido hasta ahora la más cruenta en la América española. Durante los tres primeros días de la Semana Santa de este año se libraron los mayores combates, llenos de ferocidad y de heroísmo, entre el Ejército y los revolucionarios. Mientras se luchaba en las calles de La Paz, casa por casa, las mujeres atendían a los combatientes, recogiendo heridos y proporcionándoles alimentos. Hubo que habilitar, repletos los hospitales, los colegios y escuelas de la ciudad, donde en cuadros desgarradores los familiares buscaban a los suyos entre los miles de heridos y moribundos. En el interior de la República sólo hubo veinticuatro horas de combate en la ciudad minera de Oruro, con 600 bajas.

En el aspecto político, el M. N. R. tenía ganadas las elecciones desde mayo de 1951, aunque impedido su acceso al gobierno por una Junta Militar constituída entonces para impedirlo. El M. N. R. presenta un matiz social avanzado, viene apoyado por los trabajadores y universitarios, y se ha conducido después de su victoria respetuoso a la exhortación del arzobispo de La Paz, con un civismo ejemplar, que no ha atentado ni a la propiedad privada ni a la dignidad de las personas.

Parece que la razón profunda que ha hecho estallar una vez más la tragedia en Hispanoamérica, con un balance de diez mil hogares deshechos, es el famoso contrato, no firmado hasta ahora, entre Bolivia, país esencialmente minero, que cifra toda su economía en el estaño, y Estados Unidos, comprador privilegiado de este mineral.

DOS TEMAS EN LA LITERATURA HISPANOAMERICANA.—

La muerte y la brújula (1), el más reciente libro de Jorge Luis Borges, recoge nueve narraciones ya publicadas, revisadas, sin embargo, para esta edición. Borges es, sin duda alguna, uno de los mejores narradores de la literatura de lengua española. Su mérito no reside, empero, según suele pensarse, en el cuidado de la prosa, extraordinaria, es verdad, ni tampoco en las soluciones inesperadas de sus cuentos. Una crítica impresionista es esto lo que primero hallará. Cabría comenzar a buscar la raíz del interés que ofrece en detalles menos a la vista, pero no por eso sin especialísima significación. Pudiera ser uno de éstos la sinceridad con que indica el origen de sus argumentos, que revela su concepción de la obra literaria y de la tarea del escritor. Dejamos suelto el cabo para recogerlo más adelante. Unidos a esta concepción se encontrarán, engarzados por el tema de la temporalidad, dos frecuentes conceptos de la filosofía actual. Con perfil más destacado, el de la posibilidad, y, en forma tácita, el de situación. Ts'ui Pên, la interesante persona que aparece en *El jardín de senderos que se bifurcan* «creía en infinitas series de tiempo, en una red creciente y vertiginosa de tiempos divergentes, convergentes y paralelos. Esa trama de tiempos que se aproximan, se bifurcan o que secularmente se ignoran, abarca todas las posibilidades. No existimos en la mayoría de esos tiempos; en

(1) Ed. Emecé. Buenos Aires, 1951.

algunos existe usted y no yo; en otros, yo, no usted; en otros, los dos...» (pág. 110). «Cada vez—escribe en otro lugar—que un hombre se enfrenta con diversas alternativas, opta por una y elimina las otras» (pág. 106). Agreguemos a estas transcripciones el proyecto de nueva redacción de *Emma Zunz*, «escrita no desde la mujer que ajusticia, sino desde el varón que es ajusticiado», sugerido en el prólogo. Y, para mayor abundamiento, citemos la narración que da nombre al libro. «Ya redactada esa ficción—aclara—he pensado en la conveniencia de amplificar el tiempo y el espacio que abarca.»

Detengámonos ahora superficialmente en los protagonistas: Rosendo Juárez, Ireneo Funes, Emma Zunz, Vicent Moon, etc., son gentes a primera vista extrañas, de esas que corrientemente se dice que «tienen pasado», que «tienen historia».

Atemos los cabos sueltos y tratemos de reconstruir lo que, según parece, es la concepción de la literatura y de la misión del escritor para Borges. No sin antes hacer notar, sin embargo, la curiosa aparición en algunas narraciones de la persona misma de Borges, sin que por ello se desvirtúe la ficción. En *El hombre de la esquina rosada* y en *La marca de la espada*, Borges se halla instalado, a lo largo del desarrollo del argumento, en la narración, y su figura de personaje se ilumina, como si hubiera estado en la sombra, en el momento en que se escribe o se pronuncia, el milagro de la palabra, su apellido. Y este estar instalado puede ser la clave de toda su técnica. Porque Borges no se encuentra incómodo ni el lector lo ve a destiempo en su mundo de ficción. Y esto acontece así, sencillamente, porque los personajes de su obra, en virtud de las situaciones de que los dota y de las posibilidades que les brinda, dejan de ser tales para convertirse en personas con biografía, con vida real; es decir, «con historia». Los protagonistas en la obra de Borges no son creación, sino re-creación de una personalidad en la mente del autor; no son producción, sino continuación de una vida. Y porque son re-creación y continuación, a Borges no le importa indicar el origen de sus argumentos, ya que aquello que realmente interesa es re-crear y continuar a la persona que ha sido traducida al campo de la literatura. Traducción que mediatiza y desdibuja, que «cerebraliza».

Del mismo modo, la literatura y la misión del escritor, a esto queríamos llegar, consisten fundamentalmente en re-creación y continuación del hombre mismo, no en su producción independiente. En este sentido cabe afirmar que la obra de Borges no es de ese tipo de literatura que, abusando de términos orteguianos, ha dado en

llamarse «deshumanizada», según se suele afirmar, sino todo lo contrario; una literatura humanística, pasada, es verdad, por el cernedor de la mente que la dota de vestidura «cerebral», y que tiene mucho que ver con una necesidad de continuidad de lo humano, ahora reclamada por Hispanoamérica en todos los órdenes de la vida.

No en forma directa, o mejor diremos taxativa, sino subterránea, pero vigorosa, este tema de la continuidad de lo humano o simplemente del rescate del honor es tema de típica problemática hispánica. Recordemos que esta preocupación ha dado en Hispanoamérica un «humanista moderno» como Pedro Henríquez Ureña y un intento de solución de la crisis de la cultura y del hombre como el humanismo de Alfonso Reyes.

Y esta cuestión nos lleva al segundo tema, en realidad el mismo con diverso aspecto. *El Cristo de espaldas* (2), del colombiano Eduardo Caballero Calderón, indica ya con su título la inspiración popular del tema. «Se le volvió el Cristo de espaldas», es la manera campesina de decir que un problema o los problemas todos de la vida se agudizaron extremadamente. La novela, el último libro publicado del autor, tiene sus más próximos antecedentes en sus *Cartas colombianas* (Kelly, Bogotá, 1949) y en su *Diario de Tipacoque* (ABC, Bogotá, 1950).

Caballero Calderón aborda en su novela el tema del hombre de campo, y, por tanto, la manera de hacerlo requiere la mayor sencillez, la menor problematicidad. Con todo desgarramiento pinta la explotación del pueblo colombiano, la mediocridad de la vida política, civil y espiritual de la aldea colombiana, y la coacción ejercida sobre el intelectual para que decida ante el dilema del pensar o el actuar. No juzgamos ni medimos la veracidad de la situación descrita, juicio y medida por demás delicados, ni reparamos en la ilegitimidad del dilema que para el intelectual hispanoamericano allí se plantea. Interesa señalar unas pocas notas.

En primer término, con esta novela Colombia entra a formar parte de esa gran corriente novelística hispanoamericana que cuenta con Enrique Amorim en Argentina, Céspedes y Díez de Medina en Bolivia, Ciro Alegría en el Perú, Jorge Icaza y J. de la Cuadra en el Ecuador, Miguel Angel Asturias en Guatemala y tantísimos otros. Ingresa, pues, en la llamada novela social. Por otra parte, con esta novela se enriquece la citada corriente con un matiz del que

(2) Ed. Losada. Buenos Aires, 1952.

hasta ahora había carecido : el tradicional hispánico. Se enriquece, por sobre todo, con un casticismo riguroso.

Desde el punto de vista de la literatura colombiana, es ésta la primera que con verdadera calidad literaria desciende a una realidad usualmente menospreciada por los mejores novelistas colombianos. Valdría la pena intentar un estudio que mostrara la inautenticidad de la vivencia de cuestión parecida a ésta en ciertas novelas de tendencia social. Y algo más. Con el *Cristo de espaldas*, la novela colombiana se vuelve hacia Hispanoamérica, sale de un encerramiento extranjerizante e incardina el tema social en la literatura colombiana. Cierra, finalmente, ese gran paréntesis que se abre desde Tomás Carrasquilla (1858-1940), tan sólo medianamente subsanado con *Las estrellas son negras* (Espiral, Bogotá, 1949), de Arnoldo Palacios.

En estos dos recientes libros, el tema del hombre corre por dos vertientes. En Borges es formulación filosófica, para llamarlo de alguna manera, individual y ciudadana. En Caballero Calderón es problema social comunitario y campesino. Y cada cual actúa según las exigencias del planteamiento. En Borges, re-creación por la mente. En Caballero Calderón, descripción directa y denuncia. Y ambos preocupados por el problema de la crisis del hombre, que empieza a angustiar a Hispanoamérica.

R. G. G.

COLABORAN :

MANUEL LIZCANO
RAFAEL G. GIRARDOT
RICARDO GULLON

ESPAÑA EN SU TIEMPO

QUÉ DEBE HACER LA UNIVERSIDAD.—Dos preguntas generales podemos formular respecto de la Universidad como institución para orientarnos inicialmente acerca de los principales problemas que la afectan. La primera de esas preguntas sería: ¿Qué debe hacer la Universidad? La segunda: ¿Qué puede hacer la Universidad?

La primera plantea cuestiones de índole ética, ya que el verbo debe estar tomado aquí como en una de las cuatro famosas preguntas kantianas en el sentido del deber moral, aunque, como el lector verá, con mucha mayor generalidad e imprecisión. Preguntarnos qué debe hacer la Universidad es, por consiguiente, tanto como plantear el problema de cuáles deben ser los principios morales que rijan su actuación.

De dos modos principales se pudiera contestar a la pregunta. Uno de ellos, el del profesor Russell, para quien no es tarea de la Universidad inculcar ni buenos ni malos principios ni preocuparse por la moral de la gente sino en la medida en que tal preocupación convenga a su quehacer mecánico como institución. Según este criterio, los profesores de Universidad explicarían sus asignaturas de modo absolutamente objetivo, rehuendo todo juicio de valor moral y, por consiguiente, toda explícita pretensión formativa. La tarea de educar quedaría para las familias, los clérigos y las instituciones dedicadas especialmente a este fin. Desde este punto de vista, la Universidad aparece como un organismo exclusivamente *técnico* y que prepara técnicos, desligándose de los presupuestos morales implícitos en cualquier concepción del mundo. No quiere esto decir que la Universidad ni fuere ni aplaudiere la inmoralidad, sino simplemente que de enseñarla lo haría como una asignatura más, exponiendo los hechos y las conclusiones. Por otra parte, profesores y alumnos, educados convenientemente desde el punto de vista ético en su casa, en la escuela y en la Iglesia, podrían ser un ejemplo de rectitud y honestidad.

Generalmente se suele rechazar esta opinión, y se admite que la Universidad debe ser moralizadora en el sentido de sostener y defender unos determinados principios éticos. Si al criterio anterior le habíamos llamado *técnico*, a éste le podríamos denominar

dogmático, ya que se parte de unos incommovibles presupuestos morales que la Universidad enseña, difunde y defiende. Dentro de esta dogmaticidad caben dos matices o, mejor dicho, dos criterios. Uno, riguroso e inflexible, según el cual los principios morales defendidos por la Universidad deben imponerse inflexiblemente desde la rigidez y la intolerancia. Consideradas las cosas desde esta perspectiva, la verdad es una y absoluta, no admite transacciones y, por consiguiente, produce una dogmática desde la cual sólo cabe la parcialidad rigurosa y la intolerancia extrema. Los intolerantes suelen manifestarse en el orden científico y en el literario con acritud y dureza, ya que su posición es profundamente polémica y necesita mantenerse en una continua y depuradora suspicacia respecto de sí misma y de los demás con objeto de evitar cualquier adulteración de la verdad absoluta. Este contacto con lo absoluto confiere la enorme fuerza dialéctica de lo muy claro y sencillo a los que se consideran poseedores de la verdad en cuanto tal. Abundan las coyunturas históricas en las que se ha dado tal espíritu, y todas ellas confirman la reciedumbre, poder de catequesis, interior fuerza y agresividad de las comunidades o grupos poseídos por la convicción de lo absoluto.

El segundo criterio dentro del grupo dogmático, es decir, el dogmatismo tolerante, suele ser una vaga fórmula de transacción cuyo éxito o fracaso depende de las circunstancias en que se aplica. Normalmente, los defensores de esta posición suelen actuar desde lo que pudiéramos llamar teoría de la doble verdad, algo así como un «averroísmo» inconsciente, aunque real. Al mismo tiempo que admite unas verdades fundamentales de carácter religioso-moral, verdades con fundamentación absoluta, que llevarían, por consiguiente, a una dogmática, no rechazan la presencia de otras verdades con las que conviven y a las que en ocasiones aceptan. Si desde cierto punto de vista la salvación de las almas, por ejemplo, exigiría el restablecimiento de la Inquisición, desde otro la distinta conciencia histórica, la evolución de los tiempos, impiden emplear el Santo Tribunal. Las consecuencias de la verdad absoluta tropiezan con las consecuencias de la relatividad del proceso histórico, la admisión de esta doble verdad, la verdad de lo absoluto y la verdad de lo relativo, permite dar con una solución transitoria. Para los que así opinan, la convivencia entre defensores de distintas concepciones del mundo puede darse en el seno universitario siempre que se admita la primacía de la dogmática tolerante.

Cabría aún una tercera actitud distinta de la técnica y de la

dogmática, una actitud que pudiéramos llamar *liberal*. Admitidos unos principios fundamentales para que la convivencia sea posible, la Universidad admite los principios morales de toda concepción del mundo que no se oponga a tales principios, permite su explicación y defensa, y espera que del continuo proceso dialéctico trabado entre las distintas doctrinas, se vaya fortaleciendo el *mínimum ético* base imprescindible para las relaciones interhumanas, siéndole indiferente, logrado tal *mínimum*, que se defienda una moral de fundamentación religiosa o una moral de carácter sensualista.

Pensemos ahora en las posibilidades de adaptación de cada uno de los criterios propuestos a distintas coyunturas históricas, con arreglo al criterio sociológico de la vigencia y efectividad de las distintas ideologías.

Entiendo por ideología el conjunto de ideales que tienen mayor vigencia en una determinada época; es decir, desposeyendo a la expresión del subsuelo históricomaterialista con que apareció en la cultura moderna, sucede que, en ciertos casos, las ideologías tienen la máxima vigencia y la máxima efectividad, es decir, se manejan como puntos de vista necesarios, se alude a ellas continuamente, se discuten y reafirman y además se imponen regulando la conducta y el comportamiento. Cuando una ideología tiene vigencia y efectividad, ocurre lo que acaecía en el Siglo de Oro español, que no sólo había una gran preocupación intelectual teológica, sino que además se vivía teológicamente, incluso desde la perspectiva del pecado.

Otras veces las ideologías tienen vigencia, pero escasa efectividad. Este suele ser el caso arquetípico de las coyunturas históricas de origen. El conjunto de ideas e ideales heredados poseen una gran vigencia cultural e incluso social en cuanto son objeto e instrumento del pensamiento de las mayorías cultas. Sin embargo, su efectividad resultaría muy escasa. Se puede mencionar el ejemplo de la mitología pagana en la época de la decadencia del Imperio romano. Nunca hubo más dioses y nunca influyeron con auténtica efectividad menos que entonces en el comportamiento y conducta de los súbditos del Imperio.

Aunque no en tal grado, ocurre hoy en Europa que gran número de ideologías tienen considerable vigencia y escasa efectividad. Desgraciadamente esto ocurre también con el cristianismo, de admitir la observación tan reiterada y habitual de la descristianización efectiva de las masas de Occidente. Cuando se dan estas circunstancias, las ideologías con efectividad disminuía o casi nula buscan com-

pensación en el aumento proporcional de su vigencia en el número de tópicos, modos convencionales de expresión y comportamiento, etc. Normalmente se produce en estos casos una inflación literaria, ya que las ideologías caducas o simplemente poco efectivas se expresan aparentemente como muy furtes e influyentes en novelas, poesías, ensayos, etc. En general, la literatura es el gran instrumento por el que las ideologías con vigencia pero sin efectividad procuran simular esta última. Desde el punto de vista estrictamente subjetivo todo esto suele hacerse de buena fe, bien es cierto que siempre queda un insobornable fondo de descontento y duda.

Si para simplificar estas consideraciones admitimos tan sólo un cuarto supuesto de relación entre vigencia y efectividad de las ideologías en una coyuntura histórica, suponiendo que se da el caso de sólo admitir como vigente aquello que es efectivo, es decir, una comunidad que posea poder de autocritica y depuración suficiente para rechazar sin más las ideologías preteridas o caducantes, encontraríamos en los cuatro casos estudiados cuatro distintos tipos de Universidad con cuatro contestaciones diferentes a la pregunta inicial de ¿qué debe hacer la Universidad? En el primer caso, es decir, en el que hay una auténtica vigencia y una auténtica efectividad, el criterio moral que aparece es el intolerante. Ocurre aproximadamente lo que en el Siglo de Oro español. La ideología religiosa vigente era eficaz; por consecuencia, nadie disentía, y para el disidente, de haberlo, se aplicaba la máxima intolerancia. En general, algo así ocurrió en la Edad Media occidental.

En los casos en que existe vigencia, pero escasa efectividad, suele aparecer el dogmatismo tolerante, y la Universidad se transpone al plano de la compensación literaria, la charla, y la actividad intelectual caprichosa, desordenada y aparentemente seria. Es característico en tales coyunturas que aparezca una sedicente seriedad que define a las generaciones que capitanean el movimiento del dogmatismo tolerante como poseídas por una adolescencia inactual o, si se prefiere, una adolescencia formada, exhibida por personas maduras que inconscientemente notan que el modo que mejor va con el clima intelectual que predomina es la adolescencia. Si en el caso del dogmatismo intolerante la Universidad tiende a convertirse en un gran cuartel de letrados, en este otro del dogmatismo tolerante se transforma en una inmensa tertulia.

Podemos ahora referirnos a la pregunta ¿qué puede hacer la Universidad? En el primer caso, ante el dogmatismo intolerante que surge cuando vigencia y efectividad ideológicas coinciden, la

Universidad sólo puede hacer una cosa: ser instrumento de la intolerancia. Cualquier otro intento sería simplemente una suposición sin realidad social alguna. Sin embargo, cuando se da el caso descrito de la inadecuación entre lo vigente y lo efectivo, la Universidad tiene que hacer algo muy importante, que consiste en procurar no convertirse en un instrumento al servicio de la pura apariencia y «literaturización» que la singular circunstancia de la coyuntura le impone. La Universidad y los universitarios deben darse cuenta de que su quehacer consiste en no dejarse arrastrar, en la medida de lo posible, por la mecánica de la interacción de la ideología y de la realidad social y evitar caer en la gran tertulia, en la poesía trivial con aspiraciones metafísicas, en la transposición de todo lo cotidiano al campo filosófico, ontologizando las cosas más comunes con arreglo a un procedimiento que acabará por ser un truco y eludir en resumen la muchedumbre de publicaciones sin importancia y la fingida y vacua adolescencia madura.

Quizá lo más difícil sea saber cómo se puede lograr esto. Por lo pronto, no parece posible, a juzgar por la experiencia histórica aprovechable, que, dadas las referidas circunstancias, los intolerantes por un inmenso esfuerzo consiguieran sincronizar de nuevo vigencia y efectividad. Recuérdese el caso de los contrarrevolucionarios del pasado siglo. Para lograr éxito en tal empresa sería menester contar totalmente con el poder político actuante sobre una cierta comunidad, y aun así el éxito no es seguro, pues un éxito de la fuerza sin el triunfo simultáneo de la autoridad espiritual y la correspondiente aquiescencia de las mayorías cultas, sería un éxito de porvenir dudoso. El ejemplo más próximo es el soviético. Nadie ha luchado con mayor tesón e indiferencia ante los valores tradicionales para unificar vigencia ideológica y eficacia. Sin embargo, es también un claro ejemplo de la necesidad de la coacción política irresistible cuando la sincronización entre lo vigente y lo eficaz no es espontánea y de las dificultades que acompañan a un éxito de esta clase.

Pensando simplemente en la Universidad, parece, repetimos, que la coyuntura actual es la del dogmatismo tolerante, por lo menos en la mayoría de los países europeos.

¿Qué puede hacer la Universidad para evitar los riesgos que hemos denunciado como inherentes a esta actitud? A mi juicio, nada mejor que aproximarse tanto cuanto pueda al modelo de la Universidad técnica. Para ello ha de alejarse de la polémica ideológica y de la apología reiterada de unos supuestos que nadie en princi-

pio pone en duda, eludiendo así el riesgo de que el combate contra un enemigo en parte inventado convierta la lucha en pura parodia. Tendrá que admitir que el Estado y la sociedad cumplen bien su cometido de educar moralmente a la juventud. Se esforzará para que vocación y profesión coincidan eludiendo el retoricismo que en este caso no es sino la retórica destinada a complacerse uno a sí mismo. Por último, será menester reducir al mínimo las disciplinas equívocas por su impresión o generalidad, a las que tanta afición se tiene en las Universidades en las coyunturas inciertas.

Deliberadamente hemos dejado para el final las otras dos situaciones a las que hemos hecho referencia: la escéptica y la liberal. Una y otra requieren la especialísima circunstancia de que los ideales que constituyen las ideologías tengan menos vigor que las formas de vida y las convicciones sociales, de tal modo que una concepción pragmatista a cuya base suele estar el escepticismo o el empirismo, cree un clima de indiferencia vital ante las ideologías que sólo son eficaces en la medida en que dejen de serlo para convertirse en usos sociales o formas automáticas de comportamiento colectivo. Esta situación sólo es posible verla respecto de Europa como futurible y, por consiguiente, como inactual.

E. T. G.

UNA GRAN PERDIDA: AMADO ALONSO.—Reciente aún la muerte de Pedro Salinas, que ha llorado todo el mundo hispánico, otro gran español, Amado Alonso, se nos va también arrebatado en pocos meses por la misma cruel enfermedad. Era uno de esos adelantados del mundo hispánico, de la defensa de nuestro idioma, que realizan tenaz y abnegada labor, tantas veces lamentablemente ignorada por aquellos a quienes más interesa.

Amado Alonso había nacido en un pueblecito navarro, Lerín, en 1896. Tenía, pues, a su muerte, cincuenta y seis años, y se hallaba en la plena madurez de su obra de creación crítica, de filólogo excepcional. Ingresado en 1917 en el Centro de Estudios Históricos, fueron sus maestros Tomás Navarro y Ramón Menéndez Pidal, de quien fué discípulo predilecto. De 1922 a 1924 continuó estudios de fonética en la Universidad de Hamburgo, y a fines de 1924 regresó al Centro de Estudios Históricos, ya como profesor. Poco después se doctoró por la Universidad de Madrid con una interesante tesis sobre la «Estructura de las *Sonatas* de Valle-Inclán», donde

estudia especialmente las condiciones del ritmo de la prosa valleinclanesca. En 1927, la Universidad de Buenos Aires pedía al profesor Menéndez Pidal que enviase a uno de sus discípulos para dirigir el Instituto de Filología, fundado en 1923, y del que habían sido ya directores Américo Castro, Agustín Millares Carlo y Manuel de Montoliú. Esta vez, don Ramón designó para dirigirlo a Amado Alonso, que en plena juventud, a los treinta y un años, sentía sobre sí la delicada responsabilidad de crear en tierra americana una escuela de filólogos hispánicos. Durante cerca de veinte años, hasta que en 1946—y no por su voluntad—hubo de abandonar su querido Instituto, Amado Alonso consagró todas sus fuerzas y su fervorosa pasión de profesor e investigador a las tareas del Instituto de Filología, realizando una labor que el propio don Ramón Menéndez Pidal y recientemente Dámaso Alonso han calificado de insuperable.

No es sólo la formación de un plantel de discípulos ejemplares—hoy profesores distinguidos, como los hermanos María Rosa y Raimundo Lida—, y la fundación de la magnífica *Revista de Filología Hispánica*, sino la creación de varias importantes bibliotecas de investigación filológica, como la de *Dialectología Hispanoamericana*, la *Colección de Estudios Estilísticos*, la de *Estudios Indigenistas*... Y aparte esta labor de su Instituto, dirige, en la Editorial Losada, una biblioteca de «Filosofía y teoría del lenguaje», donde difundió los sistemas de los principales lingüistas contemporáneos, como Bally y Saussure, cuyas obras tradujo y anotó insuperablemente. Pero toda esta ardua labor no le impide concentrarse en la redacción y publicación de libros de crítica estilística tan importantes como el que dedicó a *La novela histórica moderna* o el modernismo en *La gloria de don Ramiro*, o a la poesía de Pablo Neruda.

Desde 1946, Amado Alonso enseñaba en Harvard, donde poseía en propiedad quizá la mejor cátedra hispánica de los Estados Unidos. Había trasladado allí la revista, que ahora salía—y sale—con otro nombre, *Nueva Revista de Filología Hispánica*. Y algunos de sus mejores discípulos bonaerenses le habían seguido también a Harvard, y colaboraban con él en sus tareas. La muerte le ha sorprendido en la redacción de su obra quizá más ambiciosa e importante, su *Historia de la pronunciación española*, en la que llevaba trabajando muchos años. Hasta pocos días antes de morir, siguió dictando capítulos de su obra, y el día 25 de mayo, veinticuatro horas antes de expirar, aún daba instrucciones a Rafael Lapesa, que le acompañó en sus últimos días, sobre la obra a la que no ha po-

dido dar el retoque final. Muy deseable sería que esta *Historia de la pronunciación española* de Amado Alonso, cuya importancia científica e histórica ha destacado ya Dámaso Alonso, sea publicada en España con los honores y cuidados que merece.

J. L. C.

EL PROFESOR SKOLEM EN MADRID Y LOS FUNDAMENTOS DE LA MATEMÁTICA.—Ha estado recientemente en Madrid el ilustre matemático y lógico escandinavo Thorau Skolem, profesor de la Universidad de Oslo, cuyas investigaciones en el campo de los fundamentos de la Ciencia Exacta son conocidas en todo el mundo científico. El famoso sabio ha sabido responder generosamente a la invitación que le hizo don Tomás Rodríguez Bachiller, director de nuestro Instituto «Jorge Juan», de Matemáticas, para que diera algunas conferencias en la capital de España. Siete han sido, en efecto, las disertaciones leídas en lengua inglesa en el citado Instituto por el matemático noruego, que tuvo como auditorio un pequeño grupo de estudiosos de Lógica Matemática y Álgebra. Las cuatro primeras fueron sobre el tema «Consideraciones acerca de los fundamentos de la Matemática» y las tres últimas sobre «Fundamentos de la teoría de los números algebraicos». La claridad de expresión y la precisión conceptual fueron rasgos acusados de estas conferencias, aplaudidas de corazón por los «pocos» asistentes.

En las «Consideraciones sobre los fundamentos de la Matemática» expuso Skolem conceptos y problemas ya conocidos, aunque aportando perspectivas personales. Dedicó la conferencia inaugural, titulada «La naturaleza del razonamiento matemático», a precisar los términos de la vieja y siempre viva polémica entre los mantenedores de lo que puede llamarse concepción *platónica* de la existencia matemática y los partidarios de las tesis *constructivistas* (Brouwer, Heyting), según las cuales un ente matemático no *existe* ya por el mero hecho de ser *definido* correctamente, sino que exige, además, poder ser *construido*, a partir de entes previamente aceptados. Sobre la ambigüedad del concepto de *construcción*, dentro de estas concepciones, y la idea de *recurrencia* hizo algunas observaciones de verdadero interés: éste es, en efecto, el punto crítico de las doctrinas *intuicionistas* y posiciones afines.

Después de señalar cómo caben otras actitudes *antiplatónicas*, además del *intuicionismo*, en el campo de los fundamentos de la

Matemática, dedicó las tres conferencias siguientes a una bella y concisa exposición de los postulados lógicos básicos de la concepción intuicionista y del modo de edificación rigurosa de la Aritmética, según estos puntos de vista, caracterizados por la negación del *principio de tercio excluso* en ciertos dominios infinitos.

* * *

Creemos conveniente, tanto por rendir un homenaje al profesor Skolem, poco conocido en nuestra Patria, y responder así modestamente a su amabilidad y cariño hacia España, como por el interés filosófico del asunto, ilustrar a los lectores en dos palabras acerca del contenido esencial y significación de la más importante aportación del matemático noruego a la Ciencia universal: *el teorema de Skolem*.

Este teorema es de carácter lógico-matemático, y debe situarse en la línea de aquellas proposiciones modernas que han venido a marcar las fronteras del *formalismo* científico, es decir, los límites de las posibilidades de determinación formal de los objetos de la Ciencia.

En efecto, desde Peano se intenta fundamentar la Aritmética estableciendo un sistema de axiomas suficiente para determinar el concepto de *número* de la serie natural. Ya Russell demostró que los cinco axiomas peanianos podían aplicarse igualmente a entes distintos de los números naturales. Y Gödel, dedicándose a otro problema derivado del mismo intento, el problema de la no-contradictoriedad, disipó con sus teoremas toda esperanza relativa a la posibilidad de demostrar que un sistema que contenga la Aritmética elemental es no-contradictorio por medio de los recursos (conceptos, axiomas) del sistema mismo. Pero acaso la proposición de Skolem es más grave y afecta no sólo a la Lógica, sino a una *Ontología del objeto matemático* y de la *existencia matemática*. En palabras sencillas podríamos formularla así:

Ningún sistema finito de axiomas puede caracterizar plenamente la Aritmética de los números naturales. O sea: no es posible establecer el conjunto de propiedades que conviene a los números de la serie natural y sólo a ellos. O finalmente: no pueden enumerarse de modo exhaustivo las propiedades esenciales de los números enteros ordinarios mediante un sistema finito de proposiciones.

El alcance filosófico de este teorema (*) es inmenso. Reflexiónese un poco y se verá que dibuja toda una doctrina—negativa al principio—acerca del *número*. El número no es un concepto: es una realidad heterogénea a los entes puramente lógicos. *No puede definirse*. No es una esencia captable por el entendimiento lógico puro y sus procedimientos finitos de determinación, sino acaso sólo por la *intuición*. La enumeración de sus propiedades no puede agotarse, análogamente a lo que ocurre, según Leibniz, con los *individuos* existentes, en contraposición a las *esencias* puras.

Después de Skolem, ¿cuál será la nueva situación de la polémica sobre la existencia matemática? Tenemos razones para creer que los filósofos no han prestado suficiente atención a la aportación del gran matemático noruego, en la línea de unas preocupaciones que están presentes en el pensamiento occidental desde Platón y Aristóteles. ¿Serán acaso los *entes matemáticos*, los *números*, realidades lógicamente más próximas a los *individuos existentes* que a las *esencias*? Perdóneseme, por una vez, esta incursión breve y furtiva en un recinto de ordinario vedado al gran público de lectores, en homenaje al profesor Skolem, el gran matemático noruego.

M. S.-M.

LA EVASION AL PASADO.—Pocas veces la gente estuvo tan convencida como hoy de que cualquier tiempo pasado fué mejor. En algún sentido es cierto. José Luis Aranguren planteaba en nuestro anterior número el problema del cristianismo en nuestro tiempo y sus discutibles posibilidades mundanales en el futuro, con lo cual, por supuesto nada se dice contra lo que por encima de todo está llamado a prevalecer.

Pero debe distinguirse el apreciar cosas concretas, de la tendencia tópica de los hombres de hoy a refugiarse en el pasado. Por doquier, y en todos los órdenes, se ponen los ojos en blanco tan pronto como otro tiempo es evocado. No se trata del apego al pasado ni del enraizamiento en la tradición, cosas respetables y de bien nacidos. La tradición significará un apoyarnos en el pasado para vivir la verdad del presente. Pero lo que hoy tendemos a hacer es tratar de vivir en otra época, sintiéndonos atraídos no por su última

(*) La primera versión del teorema puede verse en el artículo «Über die Unmöglichkeit einer vollständigen Charakterisierung der Zahlreihe mittels eines endlichen Axiomensystems», Norsk. Math. Foreign Skrifter, Ser. II, 1933.

esencia proyectada en un futuro que nosotros mismos somos, sino por la figura de su mundo y por sus externos rasgos. Envidiamos la breve suerte del protagonista de *La plaza de Berkeley*. No decimos «las virtudes antiguas», sino pazguatamente «aquellos tiempos».

Nada más noble que evocar el pasado. Pero ello debe hacerse precisamente buscando las fibras hondas de una época, y no tratando de imitar sus externos formatos. No es de creer que los hechos de la guerra de secesión americana estén realmente reproducidos en el film *Lo que el viento se llevó*. Más bien hay ampliaciones y alteraciones. Pero como están hechas no al azar, sino poniendo en ellas la movilización interna del destino de un pueblo llegado más tarde a la hegemonía, aquella época resulta realmente vivida. En cambio, no conseguiremos resucitar para nada el pasado reproduciendo con exactitud sobre revistas de la época un número justo de sombreros y de lámparas y cancioncitas isabelinas. Y eso ocurre simplemente porque el tiempo es algo vivo y flúido que no se nos da en sus externos moldes. Puede, por tanto, haber más «realidad» en la desproporcionada plaza de una ciudad estadounidense del Sur que en una reuñioncita isabelina pulcra y rigurosamente reproducida sobre figurines.

Actualmente el sentido histórico produce un poder de evocar al pasado. Pero hay que distinguir ese poder de evocación del amañerado evocacionismo de ojos en blanco.

En España, por ejemplo, nos creemos obligados casi todos a decir que hemos venido a menos y que hoy nuestra vida es una sombra de lo que fué, no en el Siglo de Oro y con referencia a la entera comunidad nacional, sino en la pasada década y principios del actual con relación a nuestra infancia. Resulta que cuando el Estado o ciertas minorías se esfuerzan en llamar la atención hacia la época de los Reyes Católicos, la sociedad evoca plañideramente los tiempos de Isabel II, cuando no los mismísimos de la Verbena de la Paloma. Por todas partes se oye decir: «aquellos salones», «aquellas carrozas», «aquellas modistillas verdaderamente guapas», «aquellos toros de no sé cuántas arrobas», «aquellas funciones del Real», aquellos duros de plata», aquellos rigodones en los que...». Todo ello es encantador, entre otras razones porque la cursilería es una de las cosas que nos ayudan a vivir. Pero resulta ya menos alegre el que ese artificioso evocacionismo nos fuerce a falsificar el presente.

Es curioso, por ejemplo, ante la inauguración de una fábrica fomentada por el Estado, que en una reuñión donde los economistas

brillan por su ausencia, todo el mundo se cree autorizado a opinar sobre el libre cambio, referido, no faltaba más, a una era victoriana» que cada uno se compone como le place en su imaginación, desprovista muchas veces incluso de los libros de Maurois. A veces las cosas sólo en este orden tan inauditas como esto: no tratando de carrozas ni de verbenas, sino nada menos que de la tuberculosis, en una vieja casa de una vieja ciudad, importante centro médico, se descalificaba hace unos días, es decir, en 1952, a un especialista literalmente europeo en comparación con «aquellos moravillosos tisiólogos de antaño»..., que por supuesto poco más podían hacer que medir la temperatura a los enfermos.

Yo no sé si ello es o no espejismo de toda época movida, pero actualmente propendemos a interpretar la Historia como una marcha hacia la normalidad. Y entendemos por tal algo así como una edad dorada que, lejos de situar en un pasado legendario, colocamos tranquilamente en el pasado mañana y en el anteayer.

Todo lo anterior es divertido, pero también es grave. Como las preferencias sociales son difusivas y ejercen presión, resulta que, en mayor o menor medida, todos nos dejamos enmogigatar, con perjuicio de nuestro presente vivir, no por la realidad ni siquiera por la sombra, sino por la máscara del pasado.

Si calamos en el último fondo de todo ello, lejos de un sentido tradicional, ni siquiera de un auténtico conservatismo, tal vez denota esa visión de la vida una actitud, en lo profundo, desarraigada. Porque el que vive de veras en la tradición, teniendo el pasado, en su esencia, dentro de sí, no precisa agarrarlo por los pelos.

S. L.

SEPTIMA EDICION DEL PREMIO EUGENIO NADAL.—

Muy de pasada conocíamos a Luis Romero—último premio Nadal con su novela *La Noria*—y solamente a través de aquel estudio, empequeñecido hasta el máximo por la expresa voluntad de sus editores, en torno al dulce variopinto mundo de las tabernas españolas. Es ahora, merced a la solapa de la sobrecubierta de la novela premiada, cuando nos enteramos de que Luis Romero navegó algún tiempo por el proceloso mar de las secciones fijas de los diarios y hasta llegó a publicar, con cierto éxito, un libro de hondos y humanos versos. Después, marchó Romero a Buenos Aires y allí necesitó tan

sólo un mes para sacarse de la manga, como un buen prestidigitador en las pistas del camino, esta *Noria* volatinera e insospechada, esta *Noria* que es, un poco, como el titirimundi pimpante y castizo, como un hormiguero humano latente y preciso.

Durante este mes de trabajo vagó Romero, como un buen Diablo Cojuelo de cuello y corbata, por el ancho panorama ciudadano de la Barcelona actual. (Podría ser cualquier ciudad española, podría ser, incluso, cualquier ciudad del mundo; mas, a fuerza de querer precisar, se hacía necesario dejar todo bien sentado, y hubo de optar por Barcelona.) Ramblas arriba o Ramblas abajo, del Tibidabo a la Barceloneta, bien plantado en un desportillado piso de la calle del Carmen, bien reclinado sobre la barra de Monterrey o bien acudiendo a los lugares semiprohibidos de la noche batallona, Luis Romero ha dado forma a los personajes de su *Noria* incansable, de esa *Noria* con aliento profundo que discurre a lo largo de doscientas ochenta bien escritas páginas.

El empeño no era fácil. Plasmar el latido de una gran ciudad—veinticuatro horas tan sólo—a través de las grandes o pequeñas preocupaciones, de los terribles o grotescos problemas, de los dilemas, de los avatares, a veces hasta de la simple anécdota sin importancia—pero siempre bien contada—de treinta y seis personajes enlazados entre sí por un nexo trivial que los ligase en cierto modo.

Luis Romero ha utilizado para su ficción, para su imagen novelesca de una gran urbe, mundos y lirondos personajes, seres de carne y hueso que, con una limpia pincelada del autor, muestran al desnudo su carroña humana y, también, su magnífica humanidad. Son gentes vulgares, gentes de hoy y de mañana, gentes tan del informe montón que, en ocasiones, llegan a parecernos en el correr de las páginas, y a fuerza de tan similar condición y de tanto hermanarse en el sufrir y en el gozar, personajes excesivamente cortados por un mismo patrón excesivamente uniforme. Pero no nos equivoquemos. Los héroes de *La Noria* son el pan nuestro de cada día en la vida de una ciudad, el producto típico de un patrón municipal.

Desde Dorita, «una cualquiera» que abre la espita de la narración en una madrugada cálida, al regreso, en taxi, de una noche de juerga «con un chico de Bilbao que paga bien», hasta Mosén Bruquera, el buen cura que pone punto final, a la madrugada siguiente, caminando renqueante en dirección a su iglesia para decir la misa de alba, Luis Romero hace desfilar una legión de ciudadanos sin trampa ni cartón, creados a la imagen y semejanza y a tenor del más puro verismo, de todos los ciudadanos del mundo.

Es como un *puzzle* pintoresquista y estudiado. El escolar aprovechado, el profesor tímido, solitario, un poco bastante mal de posibles; el padre de aquél—Gallardo de apellido—, trabajador esforzado de una fábrica de la ciudad; el jefe de Gallardo, la novia de este jefe, las amigas de la novia, el hermano de la novia... Y una cohorte graciosa y amañada que va desde la prostituta de campañillas al despreciable homosexual, pasando por el honrado trabajador y la solterona menesterosa.

Entre todo este mundo abigarrado y sobrecargado de humana realidad, el magistral capítulo que lleva por título «La Sentencia», donde un tronera incansable recibe la noticia de que con sus juergas ha «recibido las tres cruces del mal amor», ha hecho cisco su propia salud; aquel otro «Ser o no ser», bien engarzado relato de un muchacho hundido en la sima del mal camino; resaltable también el intitulado «Náufrago», donde la derrota en el póquer hace rodar a Llorach en una cruel excursión nocturna, saltándole en su febril imaginación de jugador las copiosas cifras perdidas, ya para siempre, en las últimas noches de juego. Y, sobre todo, acaso el más logrado capítulo, «La encrucijada», buen estudio psicológico del alma femenina, donde Montse, la protagonista, descubre el amor en los labios de Pablo, después de creerse, durante algún tiempo, enamorada de Pedro, su novio.

Usa el autor en la narración de un presente de indicativo limpiamente apto para la novela. Administra bien y no deja caer, en ningún momento, el admirable interés que nos prende desde las primeras páginas. El castellano, impecable, y las pocas veces que los personajes hablan en voz alta, lo hacen como en la vida, sin olor a los despreciables jugos gástricos del empucho de grandilocuencia.

Usa también Luis Romero de un como monólogo consciente-subconsciente, que sabe dosificar, y que tampoco, en ningún momento, aunque a veces pueda parecer lo contrario, peca por exceso.

Creemos que Luis Romero es un escritor de talla, un novelista de garra, redondo, de empuje. Su próxima novela deberá ir sopeada, medida y calibrada por la inmensa responsabilidad contraída con la publicación de esta galardonada y excelente obra suya que es *La Noria*.

A Luis Romero le encasillarán los eternos maniáticos del encasillamiento en los escaparates pintiparados de las últimas—o, por lo menos, penúltimas—maneras de novelar. Se hablará de los norteamericanos—Dos Passos en primer término—, se hablará de Sartre, se hablara de Kafka en cierta manera... En fin, mejor para el autor.

Para nosotros, y sabemos que no nos equivocamos en este punto, Luis Romero es un escritor que brilla con luz propia, un escritor que «desliteraturiza». Y ahí, creemos, está su razón vital y su más prometedora cualidad.

La Noria será una novela con la que ya habrá que contar y Luis Romero un nombre que no convendrá echar en el olvido. El séptimo Ndal, el de 1951, ha acertado en la poco horadada diana de la actual vida literaria española.

C. P.

UN GRAN FÍSICO ESPAÑOL: JULIO PALACIOS.—Un gratísimo acontecimiento familiar—el matrimonio de su hija—ha traído recientemente a Madrid, para una estancia de alguna semana, a uno de los pocos científicos de primer orden y de fama mundial con que hoy cuenta España: el profesor Julio Palacios, académico de Medicina y de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.

El ilustre sabio, que reside actualmente en Lisboa, donde se dedica a una importante labor de investigación y enseñanza—de la que, como compatriotas suyos, podemos francamente envanecernos—, ha aprovechado su viaje desde el país hermano a nuestra capital para hablar ante un selecto auditorio de físicos y de médicos sobre uno de sus temas predilectos, cuyo planteamiento en la Universidad española fué el primero en abordar, a través de la asignatura de Física para médicos: el tema de la aplicación de los conceptos físicos a la Biología. Y, en verdad, su conferencia, pronunciada hace unas semanas en el Hospital Central de la Cruz Roja, «La Física nuclear en Biología», fué una interesantísima aportación en dicha materia.

Merece la pena dedicar unas líneas en estos CUADERNOS HISPANO-AMERICANOS, siempre tan sensibles a la vida cultural española y europea, a exaltar la figura de este gran físico, recordando a los lectores españoles e ilustrando a los iberoamericanos sobre los diversos aspectos de la rica personalidad de don Julio Palacios. Triste es la rotura de una hermosa y fecunda continuidad docente, pero más triste aún sería que la rotura—provisional, esperamos—degenerase en olvido, especialmente en el caso de este sabio y pedagogo ejemplar, tan vinculado al progreso de la investigación y de la técnica en España, cuyo hueco no puede llenarse fácilmente.

La inteligencia y la energía de este extraordinario hombre de

ciencia se han proyectado hacia actividades muy distintas y complementarias: en el terreno de la pura investigación física sus aportaciones son notables, sobre todo en Termodinámica, asignatura de la que es catedrático en la Universidad de Madrid. Puede decirse que ha sido el primero que ha empleado eficazmente en nuestra Patria el recentísimo concepto de *energía utilizable*, introducido por Darrieus en 1930 para una corriente flúida permanente (*Revue Générale de l'Electricité*, vol. 27, pp. 963-968) y generalizado por Keenan más tarde para un sistema (*Mechanical Engineering*, páginas 195-204). El contenido último y el valor de este concepto han sido analizados y puestos en claro con rigor admirable por don Julio Palacios, que ha formulado la definición siguiente: «La energía utilizable de un sistema es el trabajo máximo que puede ser realizado en cuerpos extraños al sistema y al medio cuando se pasa al estado muerto con intervención de una máquina que describa un ciclo y sólo cambie calor con el sistema o con el medio.»

No es propio de esta breve nota, dedicada a un público no especializado, comentar las orientaciones científicas del sabio español en detalle. Baste decir que el concepto de energía utilizable ha mostrado una gran fecundidad en sus manos, y que de él ha sabido extraer el gran físico importantes consecuencias teóricas y aplicaciones al estudio del rendimiento de las máquinas térmicas; ha establecido los procesos que tienen lugar en la combustión como fuente de calor y trabajo mecánico, fijando el rendimiento termodinámico de las turbinas de combustión interna. Quien desee obtener más detalles puede consultar, por ejemplo, el trabajo titulado «Las nuevas orientaciones en la Termodinámica aplicada a las máquinas térmicas», publicado en los *Anales de Mecánica y Electricidad*, números 180 y 181.

Pasemos a otro aspecto. Las contribuciones directas del ilustre sabio a la técnica patria. Estas deben medirse principalmente por su importante obra en el campo de la Aeronáutica. Si hoy existe en España la posibilidad de una investigación original sobre los problemas de la navegación aérea, se debe enteramente al genio y al entusiasmo de unos cuantos hombres de la talla de un Esteban Terradas o de un Julio Palacios. El Instituto Nacional de Técnica Aeronáutica (INTA), del que don Julio es asesor, a ellos debe agradecerse. Hay que recordar, en este punto, los trabajos del sabio titulados *Los nuevos métodos de propulsión en la navegación aérea* y *Los procesos termodinámicos en la propulsión inarticulada*, pu-

blicados por el INTA, respectivamente, en junio y en octubre de 1945. En el primero de ellos estudia don Julio Palacios la propulsión autónoma, que es la que se utiliza en los cohetes. Demuestra que el rendimiento es óptimo cuando la velocidad de avance y la de expulsión son iguales, y que, en tales condiciones, la potencia necesaria para mantener el vuelo horizontal uniforme es igual a la mitad de la requerida para vencer la resistencia al avance. Hace también la consideración de que «como para iniciar el vuelo normal ha de expulsar el cohete una masa superior a la que le queda para el resto del viaje, tal sistema de propulsión no será económico a menos de utilizar para el lanzamiento o despegue una energía exterior barata».

Estudia luego la propulsión no autónoma: en ésta el rendimiento es proporcional a la masa de aire lanzada hacia atrás, de donde resulta que en los propulsores a chorro «convendrá que intervenga una masa de aire mucho mayor que la necesaria para la combustión».

Algunas de estas aportaciones son de fecha muy anterior a las extranjeras en el mismo sentido. Puede con ello calcularse el interés de la obra realizada por Palacios como catedrático de la Academia Militar de Ingenieros Aeronáuticos.

Pero el espíritu científico, la curiosidad intelectual de don Julio eran demasiado grandes y elevados para encerrarse enteramente en una preocupación técnica por las aplicaciones. Y así, atiende con pasión a los problemas de la teoría y la fundamentación de la ciencia, adoptando una perspectiva de eternidad, de Filosofía. Alcanza de este modo su inteligencia esa armonía fundada en una triple consideración: Técnica-Ciencia-Filosofía. Cuando leímos su libro *Esquema físico del mundo*, saludamos en él al primer físico español con capacidad de visión sintética y panorámica y con amabilidad vulgarizadora, de la estirpe de los Eddington, Jeans, De Broglie. Claridad, sencillez y una viveza asombrosa. Y, en el fondo, un duro, y a veces casi hiriente, realismo científico, a lo Planck, como cuando dice: «En Física, los esquemas teóricos no tienen importancia en sí, sino porque son instrumentos indispensables para la investigación. El sujeto de la Física es la realidad exterior, y por eso, aun en su historia, lo primordial son los descubrimientos; lo que el investigador tenía en la mente no pasa de lo anecdótico. Invertir los términos, subordinando los descubrimientos a las teorías, sería como hacer una historia de la arquitectura fijándose principalmente en la evolución del andamiaje.» Es, por otra parte, muy

digna de alabanza la prudencia, discreción y sabiduría con que nuestro sabio sabe armonizar en este libro su sentir y su fe profunda de católico con las exigencias científicas. Continúa esta línea de vulgarización e interpretación científica el libro *De la Física a la Biología*, que es en cierto modo como una respuesta al *What is life?*, de Schrödinger.

Finalmente, donde se muestra toda la personalidad, la gran alma de Palacios, es en la cátedra universitaria. Su excepcional capacidad y voluntad de enseñar, en toda la gama de modalidades que exigen las asignaturas físicas, es decir, desde las prácticas de laboratorio hasta la meditación casi filosófica sobre los fundamentos, pasando por las ecuaciones de la Física Matemática, le hacen de tal modo acreedor a la admiración y a la gratitud de sus discípulos y, en general, de todos los españoles preocupados por el gran problema de la enseñanza en nuestra Patria, que ninguna recompensa sería bastante. Piénsese también en la labor original que representan sus libros de texto, que *cubren todo el campo de disciplinas básicas: Mecánica Física, Termología, Electricidad y Magnetismo*, materias en las que gracias a él hemos logrado liberarnos de la humillante condición de tributarios de los textos extranjeros.

En resumen: un físico, un técnico, un teórico, un filósofo y, sobre todo, un maestro, título de todos el máspreciado. Y, además, un patriota ejemplar y un hombre modesto como tantos hombres de valor.

M. S. M.

COLABORAN EN ESTA SECCIÓN:

JOSE LUIS CANO
MIGUEL SANCHEZ MAZAS
SALVADOR LISSARRAGUE
JOSE CASTILLO PUCHE

BIBLIOGRAFÍA Y NOTAS

DOS LIBROS YANQUIS SOBRE LA ORGANIZACION POLITICA DE HISPANOAMERICA

Es evidente el extraordinario interés que hoy existe en Norteamérica por comprender a la otra América, y el gran volumen y calidad de la literatura especializada que se publica al respecto, de la que es buena muestra ese exhaustivo inventario que es el «Handbook of Latin American Studies». Uno de los campos más cultivados al lado del económico, es el estrictamente político, es decir, el de las cuestiones que los profesores norteamericanos incluyen bajo la rúbrica «Política y Gobierno». Del estado actual de estos trabajos son perfecta muestra los dos libros que comentamos, que, por supuesto, son ya sendos instrumentos insustituibles para el especialista en estos temas (1).

Empecemos por el de publicación más reciente, que en realidad contiene textos escritos a lo largo de los últimos quince años, pues se trata (y en esto consiste su mayor interés) de una inteligente selección de artículos monográficos, capítulos de libros, etc., sistematizados en torno a los problemas centrales y completados con estudios propios por el profesor de Ciencia Política de la Universidad de Minnesota, Asher N. Christensen (2).

La primera parte del libro se refiere a «La herencia del pasado». Aquí nos encontramos con la habitual incompreensión (de más o menos buena fe) hacia la época española, con los argumentos tradicionales. El propio Christensen, después de distinguir inteligentemente los problemas que plantea la influencia del pasado colonial (3) en los actuales sistemas políticos, llega a la con-

(1) Austin F. Macdonald, «Latin American Politics and Government», 3.^a edición, Nueva York, 1950 (Thomas Y. Crowell & Company), 642 págs. en 8.^o.
Asher N. Christensen, «The evolution of Latin American Government. A book of readings», Nueva York, 1951 (Henry Holt and Co.) XVI + 748 páginas en 8.^o

(2) De los autores de estos trabajos, treinta son norteamericanos, diez hispanoamericanos y tres alemanes. En conjunto, la selección es buena, sobre todo respecto de los norteamericanos: Chapman, Crawford, Kingsley Davis, Fitzgibbon, Humphreys, Schurz, Stokes, Tannenbaum, Whitaker. Entre los hispanoamericanos: Germán Arciniegas, Víctor Andrés Belaúnde, Manuel Garnio, Alberto Lleras, etc.

(3) La organización colonial era, a su juicio, el producto de: a) Las instituciones políticas de España y Portugal; b) Los motivos de la exploración y colonización; c) Las poblaciones indígenas y sus instituciones previas; d) La política colonial que se intentó y la que efectivamente tuvo lugar (página 54).

clusión de que todo era malo. A diferencia de las colonias anglosajonas, no había tradición de libertad política: «¡Ninguna de las colonias españolas de América, cuando tuvieron lugar sus luchas por la independencia, tuvo como grito de guerra la defensa de los derechos de los españoles!» Por otra parte, también a diferencia de lo ocurrido en el Norte, España realizó una *conquista* (es decir, una empresa militar basada en la sumisión y la conversión religiosa y en la explotación de las minas) mucho más que una *colonización*; de aquí el predominio del elemento militar y la servidumbre personal, en forma de encomiendas, etc. (4). Finalmente, la equivocación política mercantilista que todas las potencias europeas mantenían en los siglos xvi y xvii; España (por su mayor poder y organización) la pudo poner efectivamente en vigor, y esto fué la causa de mayores males (5).

Lanzados por esta vía, los autores norteamericanos todo lo encuentran desastroso; hasta el famoso juicio de *residencia*, que suele ser elogiado como instrumento de control del poder injustamente ejercido, era, según ellos, de efectos contrarios, pues mataba la iniciativa creadora por temor a incurrir en responsabilidad. De todos modos, de vez en cuando hay un resquicio por el cual se puede entrever que en este afán de recargar las tintas hay algo más que un error histórico, y es una intención política presente. Así, cuando los eminentes profesores George Soule, David Efron y Norman T. Ness (6), después de cargar todas las culpas de la mala situación económica al sistema colonial, añaden: «Esto, dicho sea de paso, debería servir de apropiado recuerdo histórico de lo que hubiera cabido en suerte a los países latinoamericanos si el programa de Hispanidad—resurrección del Imperio histórico—, inspirado en el Eje, hubiera tenido éxito». El pintoresco consejo nos exime de ulteriores comentarios (7).

El segundo elemento del subsuelo histórico son las guerras de la Independencia. También aquí, a juicio de Christensen, se produjo un elemento funesto, al acentuarse el predominio del elemento militar. Esto, unido a un exceso de entusiasmo en las fórmulas políticas que se quisieron adoptar de

(4) Ver sobre ambos puntos la interpretación opuesta, finamente apuntada por Felipe Barreda Laos en su libro «Segunda emancipación de América hispana», Buenos Aires, 1947.

Por lo demás, el propio Christensen reconoce que las circunstancias eran totalmente distintas: población escasa y primitiva, en el Norte; grupos numerosos y relativamente adelantados, en el Sur.

(5) Página 57.

(6) En un capítulo de su libro «Latin America in the future world», Nueva York, 1945. La cita es a las páginas 187-188 del libro que comentamos.

(7) En otro lugar, William Lytle Schurz (del Departamento de Estado, y que al parecer ha sido asesor económico de varios Gobiernos hispanoamericanos), habla de Sarmiento como autor de «Facundo», «la clásica novela de la época gaucha» (disparate considerable, pues si bien el autor usó, y no poco, su imaginación para construir al personaje, el libro puede ser cualquier cosa—historia, sociología, ensayo—antes que novela), y a continuación le alaba porque, regresando a la Argentina después de ser Ministro en los Estados Unidos, «no sólo trajo consigo las ideas pedagógicas de Horace Mann, sino un grupo de maestros de escuela norteamericanos, que introdujeron métodos progresivos de instrucción en las nuevas escuelas públicas de la República» (pág. 39). Por todas partes la misma idea: civilización y barbarie, o sea, antes y después de USA.

improvisado (8), a la ausencia de una clase media, a la presencia de masas inertes de población indígena, llevaron a unas formas características, de tipo oligárquico: mezcla de aristocracia terrateniente, de caudillaje militar, de expertos en el manejo de los nuevos y complicados mecanismos políticojurídicos (9). Esto abre el paso a lo que Chapinan llama la «era de los caudillos» y a la formación de idearios conservadores, tales como los que arrancan ya del propio Bolívar. (Aquí se toma el excelente, y ya clásico, análisis de Belaúnde.)

La segunda parte del libro estudia «Los básicos factores condicionantes». Desde un punto de vista parcial (el por qué de la *patología* de la democracia en estos países) se analizan, en cuanto «handicaps», los factores geográficos, demográficos, sociales, para terminar con un estudio de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Se estima que la Geografía ha dificultado la integración social y la prosperidad económica. Se estudian las curvas de una población impresionantemente creciente (10), pero cuya escasa densidad y gran complejidad han sido hasta ahora otro elemento de desorden, hasta el punto de que algunos países aún no han logrado la unidad lingüística (11). Ello crea la existencia de islotes de población no asimilada: esos grupos indios, con una dieta deficitaria, sobre todo en vitaminas; con viviendas insanas, vestido deficiente, herramientas inadecuadas, que dan a su trabajo un bajísimo rendimiento, mentalidad primitiva y espontánea, sin cuadros científicos (12). Finalmente, el viejo elemento integrador, la Iglesia, es atacada sistemáticamente en muchos de los países, que han confundido el progreso con el anticlericalismo (13). Kingsley Davis opina al respecto que «en la medida en que las

(8) «Los Hispanoamericanos creían que, tomando prestada la ideología originaria de la Revolución Francesa y la maquinaria del republicanismo americano, podían racionalizar y realizar su sueño de la democracia (Schurz, página 13).

(9) «Así, por un proceso de eliminación, una oligarquía de terratenientes y de abogados-políticos era inevitable». Esta «oligarquía estaba templada por el pretorianismo», promovido por los veteranos de las guerras de independencia. A su vez, la única institución con tradición administrativa, la Iglesia, no encontró el modo de reconciliarse con el nuevo orden». (Schurz, pág. 13).

(10) Como observa Kingsley Davis, Hispanoamérica ha aumentado en 40.000.000 desde 1920 a 1940, o sea, en un 41 %. De suerte que su ritmo actual la lleva a doblar su población cada 40 años. Por el contrario, USA aumentó en el mismo período en 26.000.000, o sea, solamente en un 25 %. De hecho, en 1950 la población hispanoamericana es de nuevo mayor que la estadounidense; y el ritmo actual de crecimiento del bloque hispánico se mantiene en el doble de la media mundial. Kingsley Davis, aun estimando que este ritmo no se mantendrá después de 1970, calcula para dicho año una población global de 200 a 225 millones y de 300 a 375 el año 2000 en los países ibéricos.

(11) Así, dice el mejicano M. Gamio: «hasta que todo el pueblo mexicano se pueda comunicar entre sí en español, no podremos decir que la nacionalidad mexicana ha sido realmente fundada; y como quiera que todavía hay un gran número de mexicanos que solamente hablan sus idiomas indios, y otro millón que hablan estas lenguas a la vez que un español imperfecto, es necesario «castellanizar» a todo el pueblo mexicano, esto es, enseñarle el español» (página 127).

(12) Cfr. M. Gamio, pág. 126.

El autor habla de «países Indo-ibéricos» a su vez, desunidos entre sí por largas distancias, faltas de corrientes comerciales y migratorias, etc.

(13) Haciendo de éste «una filosofía política y un plan de acción que señale el camino hacia el mundo moderno como finalidad».

Repúblicas se conviertan en democráticas, la Iglesia debe seguir perdiendo» (14). Por lo demás, sólo así podrá lograr la tolerancia. En efecto: «la dificultad con la religión es que tiene, en sus aspectos dogmáticos y ritualistas, una naturaleza última y absoluta, y por lo mismo no inclinada a la tolerancia. Por esto una nación democrática sólo llega a la tolerancia religiosa a través de un cierto grado de secularización» (15). Anotemos de nuevo: la tesis es cierta; pero nosotros la entendemos al revés y preferimos conservar la Religión como valor supremo, a pesar de que ello lleve consigo un mínimo de intolerancia (valor secundario).

A continuación se estudian los problemas económicos en su relación con la Política. Este es un buen capítulo, como podía esperarse. Diagnóstico general: la Agricultura sigue organizada principalmente sobre bases semi-feudales, con grandes latifundios poseídos por un patriciado local o por grandes firmas extranjeras, siendo el monopolio de la tierra la fuente principal del poder social y político.

La producción, y sobre todo la distribución, están controladas por grandes «trusts» internacionales. La mayoría de la población agrícola está, pues, integrada por peones o pequeños colonos, con escasa independencia; y en muchos de estos países, el problema de la tierra está conexo con el problema indígena.

La legislación agraria es inexistente o se cumple mal. La tierra se explota para que dé ciertos productos tipo, de fácil comercialización: azúcar, café, etcétera (correlativos de una similar explotación de los recursos mineros). Muchas parcelas quedan improductivas. Apenas se pagan impuestos territoriales, y ello dificulta la política social. Se mantiene, en cambio, una política de salarios bajos y peonaje.

En un mercado tan sensible a las variaciones del comercio exterior (16), las crisis son frecuentes y de efectos tremendos. El transporte está montado para servir esta situación y no intercomunica las diversas partes del país, sino unos cuantos grandes centros de producción con la costa. La electrificación es casi nula; y también el crédito agrícola. Por otra parte, en algunos países han fracasado políticas de mera parcelación por las dificultades de terreno. El cooperativismo es escaso. La industrialización no hace más que empezar (17).

A continuación se estudian, en la tercera parte, «Las bases constitucionales del gobierno». En principio, las circunstancias económicas producen una tendencia efectiva a la oligarquía. En países donde, como en Colombia, un 3 % de la población controla el 90 % de la riqueza; en Argentina, 15 familias poseen la décima parte de la provincia de Buenos Aires; en Chile, 0,3 % de los terratenientes disponen del 52 % de la tierra cultivada, o en Venezuela, el 3 % de los poseedores de tierras dispone del 70 % de las

(14) Ibid.

(15) Davis, pág. 230.

(16) Según Alejandro Bunge, un tercio de la producción iba a mercados exteriores. Lo mismo ocurre con Chile. En Brasil esta cifra es superior a un quinto, y poco menor en Cuba y Méjico. Por otra parte, en nueve de estas países un solo producto representa la mitad o más del total de las exportaciones, y en dieciocho de los casos, esta cifra está ocupada por sólo tres productos.

(17) No se habla, claro es, de los responsables *externos* de esta situación, ni de cómo éstos tratan de agotar a los países que, como Argentina, luchan valientemente por mejorar.

mismas (18), el resultado no puede ser dudoso. Por una parte, predominio político de unos pocos (19); por otra, inseguridad tremenda de un sistema. El fenómeno impresionante de que Bolivia haya tenido sesenta revoluciones en setenta y cinco años, y Venezuela cincuenta y dos en un siglo, con serie impresionante de textos constitucionales, está en relación con este otro que señala Alberto Lleras: «Hay millones de habitantes sin casa, sin vida de familia organizada, sin escuela, sin tierras, sin posesiones personales. Su único riesgo al incorporarse a un movimiento revolucionario es el de perder el jornal del día siguiente» (20). A su vez, esto hace de la dictadura una forma normal de gobierno: «la dictadura era inevitable, incluso necesaria», y en estas condiciones «representaba el triunfo de la experiencia sobre la teoría» (21). Por otra parte, era lógico que la dictadura encontrase en la misma necesidad que la engendraba la base para perpetuarse y hacerse institucional: de aquí el *continuismo* (22).

La cuarta parte agrupa una serie de trabajos sobre «La organización y las instituciones del gobierno». Se analizan los problemas del federalismo (con tres buenas monografías sobre los casos del Brasil, Méjico y Argentina), del poder ejecutivo y el problema del personalismo político; de las Cámaras legislativas hispanoamericanas (incluyendo la clásica monografía de Stokes sobre el parlamentarismo en Hispanoamérica), el sistema judicial, el régimen administrativo, los municipios, los partidos políticos (con una interesante monografía de R. J. Alexander sobre los movimientos obreros, y otra del mismo autor sobre el APRA y otros partidos análogos).

La quinta parte incluye un cajón de sastre sobre «Problemas contemporáneos». Se habla de temas agrarios, industriales, de seguridad social, de educación, de sanidad y vivienda, etc. Un capítulo final se ocupa de problemas internacionales; aquí reaparece la parcialidad inevitable desde el punto de vista del «buen vecino».

En conjunto, un libro estimable sobre los problemas generales de la sociología y la política hispanoamericana.

El otro que recensamos, del Prof. MacDonald (titular de Ciencia Política en la Universidad de California), es un complemento lógico, ya que,

(18) En Méjico, en 1910, un 1 % de los terratenientes controlaba el 70 % de las tierras, mientras que de 95 a 99 % de las familias no poseían tierras de ninguna clase. En 1930, todavía el 80 % de la tierra estaba en manos de grandes terratenientes. Después vinieron las reformas de Cárdenas.

(19) Según el militar alemán K. C. Arnade, que ha sido instructor del Ejército boliviano, «el hecho cardinal es que los países hispanoamericanos hoy, con la excepción de Uruguay y Chile, son democracias nominales, pero no reales», por cuanto su democracia es esencialmente «una democracia de las clases altas» (como en las ciudades antiguas). Cfr., pág. 310.

(20) Realmente esta explicación es más seria que la de García Calderón, que atribuye el fenómeno al carácter guerrero, lo mismo de los indios que de los españoles, o la de C. O. Bunge, según el cual las revoluciones resultan «de la habitual inactividad de las gentes, que no hacen nada más que acumular bilis».

(21) Humphreys, pág. 322.

(22) Definido por el Prof. Fitzgibbon como «la práctica de continuar el gobierno en el poder en un país latinoamericano por medio de una enmienda constitucional, exceptuando al Presidente en ejercicio y tal vez a otros magistrados electivos de la histórica y corriente prohibición contra dos mandatos consecutivos en el cargo» (pág. 430).

después de un breve capítulo general, va estudiando, país por país, las líneas esenciales del desarrollo político y las Constituciones vigentes, con una selecta bibliografía al final de cada capítulo. El autor ha viajado por varios de estos países. No faltan, sin embargo, muestras de radical incomprensión (así, en el caso de Argentina y su reciente revolución). Con todo, es el inventario de conjunto más útil entre los publicados hasta la fecha. Pero lo apuntado basta para inferir que sigue en vigor la afirmación de W. Ebenstein: «No disponemos todavía de un estudio comparado de las instituciones políticas latinoamericanas» (23). Para hacerlo se necesita una comprensión y un afecto que, por ahora, ha faltado a los observadores extrínsecos de ese maravilloso experimento social que es América Hispana.

MANUEL FRAGA IRIBARNE.

EL ABSURDO, LA IRONIA, EL TIEMPO. A PROPOSITO DE ALBERT CAMUS

La obra de Camus, como la de Kafka o la de Sartre, nos sitúa ante un tipo de creación característica a la que el más representativo de estos escritores ha denominado *literatura de las grandes circunstancias*. Lo que se plantea en el ámbito de esta literatura, edificada sobre situaciones extremas—tanto en «Muertos sin sepultura» como en «El Proceso»—es el problema del hombre en su totalidad. La proximidad de esta obra a la filosofía que de algún modo la alimenta es materia sobre la que no cabe discusión. Por otra parte, el que la metafísica haya descendido de las nociones abstractas para hacer cuestión propia la condición humana—el hombre en tanto que vive y muere aquí abajo desde su existencia individual, al margen de todo esquema objetivo—, ha hecho de la novela o del drama, de la descripción viva de esa existencia concreta cuyo sentido se trata de desentrañar, un instrumento efficacísimo de experimentación en manos de filósofos como Unamuno, Sartre o Marcel. Conviene tener en cuenta que, de cualquier modo, el producto literario obtenido aquí está a muchas leguas de lo que suele llamarse «obra de tesis». Y tal vez la obra de Camus sea la que menos sospechosa puede resultar en este sentido.

Porque Camus es, fundamentalmente, un artista. Lo que aparece en primer término en *La Peste* o en *L'état de siège* son sus asombrosas dotes de narrador o de constructor de situaciones dramáticas. He querido ver a lo largo de estas líneas, cómo determinados contenidos espirituales que interesa subrayar, encuentran una expresión apurada y exacta en el arte consumado del novelista francés.

Sartre ha escrito, teniendo a la vista «Le Mythe de Sisyphe» y «L'Étranger», un ensayo sobre esta novela, donde creo que hay muchas cosas puestas en claro (1). Por eso me voy a referir preferentemente a ella, la criatura más difícil, sin duda, que Camus nos ha ofrecido.

El absurdo como estado de hecho en el cual se encuentra irremediamente

(23) En el libro de Cristensen, pág. 478.

(1) «Situations», I, edit. Gallimard, 1947, págs. 98-121.

el hombre, es la base sobre la que se construye la novela. Se trata del ámbito en el cual sus personajes viven, respiran, se mueven, sin posibilidad de evasión, porque el absurdo nace de la irreductible dualidad hombre-mundo. Por un lado, la aspiración a la unidad, el impulso hacia lo eterno, la razón; por otro, la pluralidad de verdades y seres, la muerte, la imposibilidad de conocer lo real. «Certes l'absurde n'est—resume Sartre (1)—ni dans l'homme ni dans le monde, si on les prend à part; mais comme c'est le caractère essentiel de l'homme que d'«être-dans-le-monde», l'absurde, pour finir, ne fait qu'un avec la condition humaine». Es la razón la que, incapaz de llegar al verdadero conocimiento, opone el hombre a todo lo creado. Y del choque entre conocimiento y realidad brota intenso, agobiante, el clima de «L'Étranger». Toda la maestría de oficio del narrador, que nos lleva con mano habilísima hasta agotar el drama, no hace más que subrayar en cada una de las dos partes de la novela uno de los dos elementos de aquella dualidad. En la primera parte, como señala Sartre, se nos ofrece clara, sucinta, la realidad, es decir, todo lo que acontece a Meursault; en la segunda—el proceso—la reconstrucción racional de estos sucesos. La razón da una versión de hechos que, sin advertirlo, prejuzga, aplicándoles determinados valores, dándoles un sentido con el que el protagonista no había contado nunca. Versión racional y realidad no coinciden. ¿Por qué ha matado Meursault? ¿De qué se le acusa? ¿Se le acusa a él verdaderamente? El héroe de «L'Étranger» tiene la sensación de que es a otro, alguien distinto de él, a quien se alude entonces.

A partir de esta escisión base entre hombre y naturaleza, que es el por qué de la radical extranjería de aquél, resulta difícil entender qué quiere decirse al hablar de optimismo en la obra de Camus. Porque es más, cuando Sartre habla de los temas agrupados en «Le Mythe de Sisyphe», nos da, con evidente certeza, su filiación y su carácter: «Ils furent dénombrés, dès le XVIII siècle, par une certaine espèce de raison sèche, courte et contemplative qui est proprement française: ils servirent de lieux communs au pessimisme classique»... y más adelante: «...par le sujet de ses essais, M. Camus se place dans la grande tradition de ces moralistes français qu'Andler appelle avec raison *les précurseurs de Nietzsche*» (2). Por un lado, el pesimismo del siglo de oro francés; por otro, la tradición de los moralistas franceses que, a partir del siglo XVIII, como señala el propio Nietzsche, influyó en toda Europa: en Kant, en Schiller, en la música de Beethoven. Ahí están, por otra parte, en manos de los grandes demolidores del XVIII, otras tantas creaturas semejantes al Meursault de «L'Étranger»: en Voltaire, en sus modelos ingleses, en Swift, en Fielding. Camus ha utilizado el mismo procedimiento que ellos, el humor. Lo que predomina en su novela, lo que nos deja ese gusto ácido y difícil una vez leída, es su ironía, su seca e implacable ironía.

Camus ha puesto bien a las claras su procedimiento en «Le Mythe de Sisyphe»—ese libro subtítulo «Essai sur l'absurde» (1)—. Es lo mecánico de la vida, su inhumanidad, su falta de sentido, lo que se pone de relieve. Este hombre, Meursault, extranjero en un mundo absurdo, o cuya significación al menos le es ajena, se limita a registrar pasivamente los hechos; su terrible indiferencia hace que no captemos a través de él más que la acción en cada

(1) «Situations», pág. 102.

(2) Idem, pág. 101.

(1) Edit. Gallimard, 1942.

momento, no su sentido. La actividad del hombre queda así puesta al desnudo en todo lo que tiene de pantomima absurda, de maquinal, de inhumana. De ahí esa desconcertante incoherencia en la actuación de Meursault, héroe absurdo en un mundo absurdo, estúpido, como una rueda que girase inútilmente y sin saber por qué, Sísifo empujando eternamente la piedra de su castigo hacia una cumbre imposible, tal como lo vió Odiseo entre las sombras del Hades, es el mito en que Camus ha encarnado el quehacer del hombre absurdo.

Es la vida del hombre, el hombre mismo, quien segrega ese principio de inhumanidad, automático, mecánico, que aquí se revela. Y esta revelación de lo maquinal de la vida, cuyo valor como procedimiento en el campo del arte estudió tan agudamente Bergson, es propia de lo cómico, del humor. Todos los personajes que intervienen en la segunda parte de «L'Étranger»—el proceso—son a través de la terrible pasividad del procesado, otros tantos muñecos que se mueven sin ninguna relación de sentido con él. Hablan, pero Meursault no sabe por qué; hablan de él mismo, pero Meursault tiene la sensación de que se refieren a otro. ¿Cuál es, pues, el sentido de esta farsa? Ninguno. Reducidos a lo mecánico de sus gentes, de sus palabras vacías, estos hombres nos harían reír si la amargura que late en el fondo de esta implacable ironía no nos hubiera ganado de antemano.

Así, pues, cuando Camus interfiere entre los hechos y sus significaciones la conciencia de Meursault, reduciendo aquéllos a un maquinal acontecer, utiliza un procedimiento de que el arte ha hecho frecuente uso, típico del humor. Tal vez pueda buscarse por este camino el punto de contacto que ha hecho brotar la comparación con Kafka, que a Sartre le parece insostenible. Es cierto que el universo de Kafka está lleno de símbolos, entre los cuales el hombre se mueve presa de una perpetua inquietud, mientras que, en el mundo de Camus, la idea de trascendencia no tiene lugar. Sin embargo, los personajes de Kafka, incapacitados radicalmente para desentrañar el sentido de los símbolos circundantes, dejan, a fin de cuentas, la misma impresión de cosa mecánica, cuyo funcionamiento es controlado desde una misteriosa morada, donde la secreta clave de todo se guarda en rigurosa clausura. También, por otra parte, resulta Kafka un extranjero en la aldea de «El Castillo». Un extranjero a pesar de sus esfuerzos para dejar de serlo, y en esto consiste su diferencia esencial con el héroe de Camus. Pero no por luchar contra ella su extranjería es menor. La situación de este extranjero se recorta con absoluta rotundidad en boca de uno de los personajes de la novela: «Usted no es del castillo, usted no es de la aldea, usted no es nadie. Pero por desgracia, es usted algo a pesar de eso, un extraño, un ser superfluo...» K., buscando denodadamente su razón de ser en medio de una impenetrable bruma, resulta tan sobrante, tan absurdo como Meursault, que no trata de mover un dedo para explicarse

Creo, desde luego, que el corazón de la obra de Kafka es el problema religioso. Pero tal como aparece planteado en ella, resulta un problema insoluble. Ciertamente el hombre está rodeado de símbolos de lo trascendente, pero entre ellos y su razón hay un abismo infranqueable. A un lado y a otro de este abismo, de esta noche oscurísima, Dios y el hombre. Este es el drama de «El Castillo» (1). Kafka es, efectivamente, como Sartre dice, el novelista

(1) El sentido eminentemente religioso de la obra de Kafka, ya de por sí evidente, ha sido confirmado por ese precioso documento viviente que es el libro de Max Brod sobre el autor de *La Metamorfosis*.

de trascendencia imposible. Pero entre afirmar esta trascendencia imposible y desentenderse de ella no hay más que un paso, y este paso ya se ha dado en la obra de Camus. «Ignoro—escribe éste—si el mundo tiene un sentido que me sobrepasa. Pero sé que no conozco este sentido y que me es imposible conocerlo por el momento. ¿Qué valor tiene para mí una significación fuera de mi condición? Yo no puedo comprender más que en términos humanos. Lo que toco, lo que me ofrece resistencia, he ahí lo que comprendo».

Una vez dado este paso, el clima angustioso y oscuro de la novela de Kafka se resuelve en la paz seca, en la implacable claridad, en la indiferencia irritante del protagonista de «L'Étranger»: Meursault no ha tratado de preguntarse si cree o no en Dios: le parece una cuestión sin importancia. No se niega propiamente a Dios, pero se le relega del plano existencial. Como el viejo criado de «Le malentendu», su papel en el drama que se está desarrollando aquí abajo es nulo.

Instalado así en un mundo privado de sentido trascendente, este hombre absurdo «sans lendemain, sans espoir, sans illusion», sólo puede contar con lo presente en cada momento y se entrega a ello con feroz intensidad. De ahí que la dimensión temporal única de «L'Étranger» sea el presente. Es la experiencia inmediata alojada en el corazón de cada momento lo que trata de agotarse hasta el fin. La acción de la novela se nos ofrece no como un plano temporal continuo, sino como una serie de presentes inconexos. Lo que cabe en un presente forma la totalidad de la vida en ese momento, y fuera de él nada tiene realidad. Uno de los personajes de «Le Malentendu» lo formula así, casi con rigor definitorio: «... Il y a des années et des années de cela. Tellement d'années que je n'en sais plus le commencement et que j'ai oublié ce que j'étais alors. Celle-ci est ma fille. Elle m'a suivi tout au long de ce temps et, sans doute, c'est pourquoi je la sais ma fille. Sans cela, elle aussi serait peut-être oubliée» (1). De este modo la vida se integra en cada momento con los elementos presentes. Sólo el presente es real y se vive en toda su plenitud; el recuerdo, el pasado, no tienen lugar aquí. Tampoco el futuro: la vida de Meursault carece de proyecto y cada instante de ella vale por sí mismo, sin justificación en el que lo precede o en el que lo sigue. De pronto todo puede ser, en el salto de un presente a otro, interrumpido para siempre. Y es justamente esta posibilidad del súbito aniquilamiento la que potencia hasta el máximo la insularidad de cada presente, porque en el universo de este hombre absurdo, vuelto totalmente hacia la muerte, nada se organiza y vive más que por oposición a ella. De ahí la denodada pasión con que el héroe de «L'Étranger» vive la instantánea presencia de la vida.

Sartre ha visto, de modo extraordinariamente sugerente, la correspondencia estilística de tal concepción en la prosa de la novela de Camus. La reducción del tiempo a una serie de instantes comunicables cobra valor plástico en la discontinuidad de la frase en la narración. La discontinuidad de la frase se calca sobre la discontinuidad del tiempo. «Entre chaque phrase et la suivante le monde s'anéantit et renaît: la parole dès qu'elle s'élève, est une création ex nihilo; une phrase de L'Étranger c'est une île» (1). Consecuentemente, Camus ha prescindido aquí de los nexos indicadores de organización temporal o causal. Generalmente, las frases se suceden por mera yuxtaposición, tratando

(1) Edit. Gallimard, pág. 41.

(1) «Situations», pág. 117.

de plasmar solamente esa pura adición de presentes netos en que el tiempo se ha descompuesto.

Esta es también la razón de que Camus haya utilizado para su narración el perfecto compuesto. Sartre hace un análisis de la eficacia de esta forma verbal, cuya explicación, tal vez no demasiado clara, no podría ser acometida aquí. De todos modos, el hecho de que la narración se realice constantemente en perfecto compuesto, tiene una indudable importancia desde el punto de vista estilístico. Es cierto que por medio del uso de esta forma, la acción verbal ha perdido trascendencia y la frase se ha fijado e inmovilizado. ¿Por qué? Baste anotar ahora, al margen de la explicación sartriana, que esta inmovilidad nace del carácter mismo de las formas verbales compuestas, indicadoras de una acción cuyo término se ha realizado. Esta indicación de término proviene, efectivamente, del participio que introduce en la forma «cune petite substance isolée qui se suffit». Nada une cada frase, plena en sí misma, con la siguiente, como nada se tiende entre presente y presente en esa seca adición de instantes a que se reduce el plano temporal del hombre absurdo. La prosa de «L'Étranger» cobra así un ritmo duro, monótono, una fría claridad apenas penetrada en alguna ocasión por leves estallidos poéticos.

Hemos visto, pues, hasta qué punto la armazón intelectual de «L'Étranger» tiene a su servicio instrumentos que, en manos de este narrador habilísimo, se tornan dúctiles y se ajustan con perfección casi mecánica a su fin. Esta perfección técnica se repite, con idéntica pureza, en otra pieza de Camus: «Le Malentendu», cuyo argumento está ya esbozado en «L'Étranger». Creo que ambas obras, novela y drama, son lo más asombrosamente realizado de cuanto Camus ha ofrecido hasta ahora.

La obra de Camus responde, sin duda, a una pregunta por el sentido de la existencia. La conciencia absurda del protagonista de «L'Étranger» es el instrumento utilizado para hacernos sentir la extrañeza de esa existencia y objetivarla a nuestros ojos. Camus ha hecho el doblaje puramente especulativo de su novela en ese conjunto de ensayos que integran «Le Mythe de Sisyphe». Si Camus se hubiera limitado al tipo de labor realizada en este libro, sería un filósofo. Pero no es esto lo que hemos afirmado de él en un comienzo. Camus había ilustrado de antemano *estos juegos del espíritu*—como él mismo escribe de Dostoyevski—con el drama vivo que son en una existencia humana, y esto es lo que hace de él, ante todo y sobre todo, un artista.

JOSÉ ANGEL VALENTE.

Con este título, el profesor Fernández-Miranda ha agrupado una serie de estudios sociológicos, cuyo diverso objeto tiene como denominador común su importancia y la necesidad previa de su conocimiento desde el punto de vista del Derecho Político. Como acertadamente indica en el prólogo conque justifica la aparición de tales ensayos en forma de libro, una teoría de la sociedad es presupuesto esencial y necesario de toda teoría del Estado y del Derecho que persiga dar razón suficiente de sus objetos. «Todo problema jurídico o político—dice—revierte necesariamente al problema del ser de la realidad social y en general a los problemas sociológicos.»

Son cuatro los temas cuyo desarrollo constituye el volumen, y es el primero y más importante «El concepto de lo social», el que da título al libro, siguiendo a continuación tres estudios que versan, respectivamente, sobre el Derecho como normatividad social; los conceptos de poder y autoridad y la política como actividad.

Afirma el autor con sencillez que el fin principal que se propuso no ha sido otro que el facilitar la tarea de sus alumnos universitarios, pues que se trata de temas objeto de exposición desde la cátedra, y el someter al propio tiempo sus puntos de vista a esa crítica general que tan beneficiosa y necesaria es a toda tarea intelectual.

Obra dedicada, pues, al universitario, y redactada por quien vive y siente la docencia como auténtica misión espiritual, quizás su mérito esencial radique en ese sentido de invitación a conocer, de despliegue panorámico de valoraciones, de teorías, de posibilidades, de juicios críticos, mostrado todo ello con una honesta franqueza intelectual que huye deliberadamente del apriorismo concluyente y quiere ofrecer mejor pautas valorativas. Esto, para los espíritus jóvenes, tiene una importancia que muchos tratadistas con pretensiones didácticas suelen con frecuencia olvidar. Sin embargo, si las aulas universitarias han de llenar con eficacia su tarea de formación, es precisamente a la formación del sentido crítico de los alumnos, y no al almacenamiento mental desordenado de sistemas, a lo que hay que atender, y afortunadamente, como este libro nos muestra, no faltan en nuestras Universidades quienes así lo entienden y sienten.

Comienza el ensayo sobre el concepto de lo social, abordando el problema del ser de la realidad social, enfocado desde la posibilidad de su conocimiento científico como tal *ser* histórico y concreto, diferenciado del *deber ser*: es decir, proponiéndose como objeto la simple captación de la realidad social, haciendo pura Sociología y no Filosofía o Política sociales.

La primera Sociología, la positivista, trata de delimitar esa realidad, bien considerándola como organismo, como sistema mecánico o simplemente como conciencia colectiva. Pero es preciso preguntarse previamente cuál sea la razón histórica de la aparición de la Sociología como ciencia; es decir, cuál sea el motivo de que el hombre, en un determinado momento y no antes, se haya planteado intelectualmente el problema. La respuesta se encuentra en la crisis radical de lo social, planteada a partir de la Revolución Francesa y el espíritu de su filosofía, que tendió a plantearse todos los órdenes de la realidad como estructuras racionales.

Surge así una primera Sociología esgrimiendo el principio determinista, la simple conexión mecánica entre los fenómenos sociales, frente al principio ontológico de causalidad. Esto se une a una concepción monista de lo real: todas las especies de lo existente son de la misma naturaleza, y, por tanto, todo queda sujeto a las leyes naturales, ordenadas en un sistema de estratos diversos. La Sociología será así considerada como ciencia natural y último eslabón del sistema de ciencias positivas, conectada especialmente con la Biología, ya que precisamente en función de esta última habrá de explicarse la dinámica social. Esto impregna toda la concepción sociológica de un radical naturalismo que desborda por encima del sentido intelectualista que innegablemente informa el pensamiento de Augusto Comte. Spencer, con el empleo del método bio-analógico, va a ir todavía más allá por tal camino; y en Lilienfeld y en Worms llega esta dirección a extremos verdaderamente pintorescos.

No tarda en alzarse, frente a la consideración de la sociedad como organismo natural, una nueva dirección: la que la equipara a un sistema de fuerzas, de tensiones entre centros autónomos. Aparece con ello el mecanicismo de Carey, Small y Pareto.

Carey cambia el método de analogía, estableciéndola, no con relación a las ciencias biológicas, sino a las físico-matemáticas. Small arranca de su concepción de los intereses humanos como capacidades insatisfechas, clasificándolos en seis grupos fundamentales; Pareto toma como punto de partida su división de los actos humanos en lógicos y alógicos. Hans Freyer señaló ya la utilidad de este método, que reduce los fenómenos sociales a una serie constante y fija de elementos; y el profesor Fernández-Miranda ha acertado a exponer con singular claridad su parte aprovechable, especialmente la concepción paretiana de la élite como elemento rector de la sociedad y su dinámica de renovación.

A continuación son examinadas las principales tendencias de la Sociología psicológica, marcando la debida distinción entre la escuela individualista, que podría caracterizarse por las ideas de Gabriel Tarde y su concepto de la sociedad como imitación de la que parte un doble proceso de atracción o repulsión, cuya consecuencia es la acumulación o la sustitución de los usos y formas sociales, y la escuela o dirección colectivista, representada por Durkheim y su construcción del hecho social como ajeno y exterior a la conciencia individual.

Como resumen de la exposición de estos métodos, subraya el profesor Fernández-Miranda el, a su juicio, verdadero valor del concepto de imitación de Tarde, distinguiéndolo en su sentido de «copia» del impulso de asimilación; y el carácter de forma exterior al sujeto e imperativa para él de la conducta social, que Durkheim, sin duda, supo ver con exactitud, pero que no requiere como supuesto necesario para su explicación el postulado de la existencia de una conciencia colectiva.

La dirección formal en sociología encuentra su justificación en la afirmación de Dilthey de que sólo cabe su legitimidad como ciencia particular, circunscribiéndola al estudio de las formas exteriores de organización social, haciendo abstracción de sus contenidos, que serán a su vez objeto de otras ciencias particulares. Dentro de esta tendencia, es Simmel quien se preocupa particularmente de justificar una tal abstracción, que separa la forma social de su contenido y que asemeja la Sociología a la Geometría, fundamentando

su razonamiento en que forma y contenido se manifiestan como mutuamente indiferentes. Dentro de este sistema, la realidad social vendrá definida como interacción, puesto que para que un hecho humano pueda ser calificado de social se requiere la presencia activa de dos sujetos. Von Wiese añade a ésta la idea de los procesos de coordinación y disociación, y subraya la separación entre Sociología y Psicología. Reproduce aquí el autor la crítica freyeriana de la Sociología formalista, abundando en la idea de éste, quien considera que la realidad social no puede ser arbitrariamente despojada de su carácter histórico y concreto. En este sentido, Max Weber representa un paso decisivo en la asimilación de la forma social a un contenido, pero continúa apoyándose primordialmente en tipos puros racionales de relaciones sociales.

Una vez marcada la insuficiencia de lo formal, da el autor una ojeada a los sistemas que encuentran su raíz en la filosofía de Hegel, colocando el primero al universalismo de Otmar Spann y su construcción de las estructuras espirituales, que supone un intento de eludir el criterio formal, al considerar al mismo tiempo a las formas sociales como la realidad misma y como desenvolvimiento de la razón objetiva en el tiempo. Pasa de ahí al historicismo de Von Stein, aludiendo brevemente a su distinción entre el Estado como idea y como realidad. Pero lo más interesante en este campo, a pesar de que no constituye un sistema sólido y organizado, sino una serie de supuestos básicos inconexos, esbozados asistemáticamente y con el propósito de construir una filosofía social fundamento de una política, es la construcción marxista de la doctrina del materialismo histórico, con su empirismo esencial y su teoría del ciclo constante. Frente al historicismo dialéctico de Hegel y mediante la inversión metodológica de su construcción filosófico-social, Carlos Marx da el último paso desde el formalismo al realismo histórico. Este es, tal vez, según el autor, su mayor mérito desde el punto de vista científico para un sociólogo; pero al enfoque marxista, añade, le son aplicables enteramente las críticas ya formuladas por Dilthey respecto al naturalismo positivista de la Sociología francesa.

La Sociología histórica propiamente dicha es estudiada a través de sus más caracterizados representantes, Oppenheimer y Weber, indicando, de paso, el valor de Augusto Comte como precedente de esta dirección. Pero para Oppenheimer el proceso social, más que verdadero proceso histórico, es simple evolución natural, lo que le lleva a la afirmación de que la Sociología como ciencia ha de ser necesariamente determinista. Quien verdaderamente supo concebir la Sociología como ciencia histórica fué Alfredo Weber, con su teoría de la estructura del mundo, que se configura por un triple proceso o evolución de la sociedad, la civilización y la cultura.

En el camino que busca la posibilidad del conocimiento científico de la realidad histórica, la obra de Hans Freyer tiene importancia fundamental. Partiendo de la insuficiencia del estudio de las formas sociales y de la consideración de la Sociología como ciencia meramente especulativa, llega, a través de su distinción entre ciencias del Logos y ciencias de la realidad, a la consideración objetiva e histórica de las realidades sociales como formas de vida instaladas en el tiempo. Esta concepción de la realidad social como expresión de la situación existencial de los hombres, constituye una intuición poderosa y certera de su auténtica esencia. A la teoría sociológica de Freyer le falta, sin embargo, y como fundamento previo, una teoría de la vida humana y de

la realidad histórica. Para el profesor Fernández-Miranda, la insuficiencia del pensamiento freyeriano se hace patente desde la concepción de Ortega y Gasset de lo social como forma, precisamente, de vida humana.

Aquí son reproducidos ampliamente los conceptos orteguianos sobre notas y elementos constitutivos de la vida humana, señalando su valor para la comprensión de la realidad social, pero reconociendo también su carácter incompleto, al no dar explicación satisfactoria del ser del hombre, en cuanto durante su curso vital permanece idéntico a sí mismo; y al no dar tampoco base metafísica a su concepto de la vida como realidad radical. Son estudiadas con atención las ideas orteguianas sobre el verdadero carácter de la sociabilidad humana, y su consideración de lo social como repertorio de soluciones que se presentan hechas para satisfacer a las necesidades del individuo, consideración que lleva a concluir que la sociedad será una convivencia conformada por los usos.

Desarrollando la tesis de Ortega sobre la realidad social como sistema de soluciones prefabricadas, llega el autor a formular una distinción entre lo social y lo societario, de la que se sirve para precisar el sentido auténtico del instinto humano de sociabilidad; como asimismo llega, merced a sucesivas distinciones entre las diversas unidades sociales y los elementos de que éstas se integran, a definir la sociedad como «conexión real y permanente de una pluralidad de voluntades individuales concretas, para la realización de una empresa común mediante la integración de aquéllas en una voluntad colectiva, realizada por una normatividad y hecha eficaz por un poder».

Del estudio de los usos sociales, pasa a la determinación de la vigencia de lo social en su raíz última, evocando el «ordo amoris de Max Scheler, que será en lo social lo que el «pondus meum» agustiniano en lo individual. Afirma el autor que el fundamento de lo social habrá de encontrarse, no en un sistema de ideas, sino de creencias, puesto que es el orden creencial, y no el eidético, el que determina en último y definitivo término la misma vida humana, y es ésta y no otra cosa, al ser configurada por los usos, lo que se nos aparece como realidad social.

En el siguiente ensayo, bajo el título «El Derecho como normatividad social», y partiendo de la consideración del mismo como sistema positivo de normas, se examinan los problemas planteados clásicamente por las relaciones entre Derecho y Moral, Derecho y Justicia, la vigencia efectiva de los preceptos jurídicos frente a las convenciones sociales, y la existencia del Derecho Natural, con el propósito de hacer resaltar, como conclusión, el carácter de elemento esencial de toda sociedad que el Derecho tiene, en cuanto constituye un sistema imperativo de normas, no sólo reguladoras de la conducta individual, sino definidoras o determinantes de las situaciones sociales en que se realizan los tipos concretos de convivencia humana.

Dentro del ámbito de la Sociología, el fenómeno político del poder tiene una importancia innegable y presenta aspectos peculiares y característicos, justificadores de una atención especial, que en el libro que nos ocupa le resulta otorgada por un tercer ensayo, independiente de los anteriores y bajo el título de «Poder y Autoridad». Desde un punto de vista social, el poder habrá de ser estudiado como capacidad de decisión frente a otros, es decir, como forma de relación que presenta como su correlato la obediencia. El concepto de poder así entendido sobrepasa el de poder político, y podría ser identificado más bien

como el caudal de energía propio de un grupo humano diferenciado y que sirve para afirmar su superioridad.

Ya apuntó Heller el desdoblamiento del poder de la sociedad en cuestiones relativas al sujeto del orden social, y cuestiones propias del soporte de ese orden. Es decir, que resulta necesario distinguir entre poder de organización, que equivale a capacidad, y poder de la organización, propiedad de la misma. En la sociedad política, ambas especies coinciden en el mismo titular, lo que no obsta para que deban ser considerados como tipos diversos.

El problema de la justificación del poder, así concebido, nos lleva de pleno a la cuestión del justo título para su ejercicio, y por tanto, de su legitimidad; y como ello, a la idea de autoridad diferenciada de la fuerza. Hace el autor algunas consideraciones sobre las significaciones que históricamente ha ido poseyendo el vocablo, para terminar precisando el significado y la relación recíproca de los conceptos poder social y poder político, y distinguiendo, dentro de la idea de autoridad, la cuestión de su justificación y la de su legitimidad.

La Política es, antes que nada, una actividad, es decir, un tipo específico del hacer humano; y definiéndose toda especie de actividad humana por su fin, es lógico que un grupo notable de doctrina haya pretendido fijar su concepto por la determinación de su objeto o fin específico. Dentro de ellas, la tradicional que considera como tal al bien común sigue, a través de sucesivas elaboraciones, aceptándose hoy por autores de diferentes tendencias.

Estudia el profesor Fernández-Miranda el bien común como fin propio de la actividad política, arrancando de la concepción de Santo Tomás, y examina además los conceptos de política como disyunción entre amigo-enemigo, según Carl Schmitt, y de Política como actividad determinada por el complejo de poder adleriano, desde Maquiavelo hasta Heller y Max Weber.

Concluye el autor definiendo como política «la actividad humana que se orienta a la tarea de dar solución al problema de la convivencia humana, y por ello, la actividad humana encaminada a la determinación de lo que hay que imponer como regularidad, es decir, lo que es preciso socializar o funcionalizar en las vidas humanas de una unidad social dada, para dotar a ésta de una organización que asegure la realización histórica de un plan de convivencia humana».

De tal concepto infiere luego la distinción entre «organización política» y «forma política», definidas respectivamente como organización social y como sistema de principios, pero principios no meramente pensados, sino realizados históricamente.

Concluye aquí el volumen; sólo nos resta desear que al mismo se sumen otros que, a su semejanza, contribuyan a desplegar ante las mentes universitarias los amplios panoramas de la Sociología moderna, ciencia nacida en tiempo de crisis y que en tiempo de crisis como los nuestros ha de ser forzosamente, incluso para el intelectual orientado hacia otros derroteros, de aguda actualidad.

J. E. T.

NOTAS SOBRE UNA CORRESPONDENCIA: CLAUDEL-GIDE

Cuando los nombres de dos personajes, cuyas respectivas figuras traspasaron ya la órbita de lo cotidiano, de la crónica, para hacerse un sitio en la galería del renombre universal, se ofrecen a la Historia emparejados, no por el capricho de una crítica o un parangón, sino en el cuadro íntimo de una correspondencia personal, ya no es el interés por el incidente, por la anécdota, el que mueve a buscar entre las líneas de las cartas que se cruzaron nuevos rasgos, ángulos de tiro inéditos, para ofrecer al lector. André Gide y Paul Claudel son, como figuras literarias de nuestra época, símbolos intocables, asuntos concluidos.

No. Las páginas de su correspondencia íntima no descubren nada ya. Pero constituyen la novela de dos hombres representativos, escrita por ellos mismos. La línea argumental, una sola, permanece tensa desde el principio hasta el fin.

No importa que las ideologías de ambos protagonistas sean distintas. No se trata de una correspondencia entre amigos íntimos de iguales o parecidos modos de enjuiciar o afrontar la vida. Es una correspondencia entre cerebros. A medida que se avanza en la lectura de las cartas, va pesando sobre el ánimo del lector la evidencia de este aserto. Quizás los temas literarios, artísticos o de crítica, puedan llegar en algunos pasajes a desviar el centro vital de la cuestión que constituye el punto de gravedad, algo velado del diálogo Gide-Claudel. Y esta cuestión es, eminentemente, una cuestión religiosa, en la mayor amplitud de la manida expresión.

La correspondencia se inicia cuando ambos protagonistas comienzan a descollar en el mundillo literario parisino. Ninguno de los dos posee todavía rasgos definidos: sus cartas irán reflejando los cambios, los retoques, las negaciones. Pero ahora no tienen todavía mascarilla propia. El uno es diplomático, y por los encabezamientos de las cartas puede verse que en servicio activo: Kuliang, Tientsin, Praga, Frankfort, Hamburgo... El otro permanece de continuo en París, dedicado con exclusividad a las letras.

El motivo de las primeras cartas lo constituyó el envío de unos libros con que André Gide obsequió a Claudel. Pero ya antes habían coincidido en las reuniones que se celebraban los martes de los últimos años del siglo, en casa del poeta Mallarmé. Sus primeras reacciones son de tanteo. Se estudian mutuamente, giran, anotan. «La calidad de su talento es tan rara, como particular su manera de obrar», dice Claudel. Y Gide: «Su modo de escribir es uno de los más curiosos y más nuevos a que pueda aplicarse la atención de una persona habituada a reflexionar sobre su propio arte».

Las apreciaciones personales, literarias y críticas se suceden. Pero ya los dos saben que el diálogo sobre estos temas es agua de superficie. Hay fondo en el destino de los dos. Es menester que, para llegar a él, alguien tome la iniciativa. Y la iniciativa será de Paul Claudel.

Desde su conversión al catolicismo, y aun antes, se ve impulsado por un afán desmedido, incontenible, de proselitismo, que pronto se refleja en sus cartas. Descubre su juego: «Aunque no haya placido a Dios hacer de mí uno de sus sacerdotes, amo profundamente a las almas. La suya es para mí muy querida. ¿Por qué no he de poder ayudarle un poco?» Descubre su juego, pero demasiado pronto.

Gide acusa el golpe: «...[Claudel] me produce el efecto de un ciclón coagu-

lado». Es quizá paradójico que Paul Claudel, diplomático de Francia, obre en este sentido sin diplomacia alguna. André Gide lo conoce ya y se reserva en sus cartas. «Para el artista, la mayor ventaja de su fe religiosa es que le permite un orgullo inconmensurable.»

Esta falta de tacto, este lanzarse como un proyectil y sin contemplaciones sobre su objetivo, es, no un defecto, sino una de las más acusadas características temperamentales de Claudel. El así lo reconoce, y la idea de que André Gide pueda sentirse golpeado, violentado, le hace decir: «Siempre temo que interrumpa usted su correspondencia.» Pero este conocimiento de sí mismo no le ha de impedir que reincida en sus golpes abiertos, a la descubierta. Sus rectificaciones se suceden; después de la frase violenta, de la llamada directa y sin subterfugios al buen camino—él sabe que la verdad está de su parte, y lo justifica—, viene la disculpa, el deseo de enjugar la herida. Y es aquí, quizá, donde la personalidad y la entereza de Claudel brillan más fuerte: «¿Qué quiere usted? Hay que tomarme como soy, y si un Claudel no fuera un salvaje y un fanático, ya no sería un Claudel.» «De cuando en cuando me dan esos ataques de rabia, en los que se me sube verdaderamente la sangre a la cabeza. Hasta hoy he conseguido preservarme de cometer tonterías demasiado grandes...»

Claudel se sabe del lado de la Verdad. Se ha tomado de un modo firme, convencido, vocacional, su papel de brazo de Dios en las letras francesas, y trata de conseguir por todos los medios la conversión de Gide al catolicismo. Pero hay que volver a insistir, no actúa con suficiente diplomacia. Precisamente en el caso de una susceptibilidad artística y personal exagerada como la de Gide, el camino que elige no es el más indicado. En su descargo cabe señalar que, así como él presenta batalla abierta desde el primer momento para conseguir la conversión de Gide, éste deja siempre abierta una puerta a sus espaldas: desde las primeras cartas que cruza con Claudel, muestra un interés patente y una gran inquietud por las cuestiones religiosas. Esta actitud, esta predisposición, confían a Claudel, que, creyendo el terreno abonado, se lanza a fondo. Pero Gide no se compromete nunca, no suelta nunca la última carta. Juega, simplemente, a dejarse querer... convertir.

Ni la revelación de su «costumbre horrenda» fué para Claudel argumento suficiente para hacerle cejar en su empeño. Antes al contrario, su celo se ve ahora aumentado por el temor que le causa la idea de que los textos y el ejemplo de Gide puedan influir perniciosamente sobre la juventud. «En nombre del cielo, Gide, ¿cómo ha podido usted escribir el pasaje que hallo en la página 478 del último número de la N. R. F.? ¿No sabe usted que, después de *Saúl* y *L'immoraliste*, ya no le queda ninguna imprudencia por cometer?» «¿No ve usted que se pierde y que pierde a los que le rodean más de cerca? ¿No advierte el efecto que pueden producir sus libros en ciertos desgraciados jóvenes?» Y, una vez más, y con los arrestos redoblados, retorna Claudel a la carga.

Pero ya Gide termina de contemplarse en su etapa religiosa y se prepara a abandonar la escena por su puerta de escape. Tristemente comentará Claudel: «He visto a Gide... Larga y solemne conversación. Me dice que su inquietud religiosa ha terminado, que goza de una especie de felicidad, fundada en el trabajo y la simpatía. La parte goethiana de su carácter ha vencido a la cristiana».

También para Gide, a pesar de la frialdad analítica con que ha contemplado su propio espectáculo, su propia pirueta, es doloroso este final. Ha de decirle: «Yo mido el afecto que siento por usted por la pena que me causa el tener que desengañarle». Pero, contra lo que puede suponerse, no toda la actuación de Gide ha sido una farsa. En el comienzo de su amistad no enfoca Gide el asunto en la forma de un divertimento, de un acto gratuito. El mismo dirá más tarde en su *Diario*: «Yo no juraría que no hubo cierta época en mi vida en que estuve muy cerca de convertirme.» A pesar de ser el desenlace el mismo, es de justicia hacerlo notar así.

Todo termina aquí. La correspondencia cesará. André Gide y Paul Claudel no tienen ya nada que decirse. Militan en campos contrarios. Ambos han vivido una amistad fundada sobre una base falsa. Claudel iba a lograr la conversión de Gide, y éste, aun con un principio sincero, se dedica luego a vigilar el desarrollo de sus propias ideas, de sus propios sentimientos. Claudel cometió un error: el modo de plantear la cuestión. Gide jugó con ventaja: se reservó en sus opiniones, no soltó nunca prenda que le comprometiese, observó y anotó cuidadosamente en su *Diario* todas sus ideas, sus reacciones, y no abordó la cuestión religiosa hasta que estuvo en condiciones de inmunidad frente a ella—como hizo más tarde en *Numquid et tu...*—para, finalmente, abandonar la partida llevándose oculta la última carta.

JOSÉ GOYTISOLO.

LAS ADIVINACIONES

Cuando un libro como *Las Adivinaciones* (1) aparece, no es para saludarlo de paso con una nota como la presente, sino para hacerle un estudio a fondo. Pero como la brevedad de una nota lo impide, probaremos unas breves anotaciones como punto de partida de un estudio crítico. Ahora bien: un libro como éste presenta muchos ángulos de visión para tratarlo ya por la unidad de los poemas, por la profundidad y riqueza de las imágenes, ya por la belleza y sonoridad del verso. Esto hace que la poesía de Caballero Bonald posea la cualidad esencial de todo poeta de verdad: un lenguaje propio.

Pero antes que todo se hace necesario un enfoque total del libro, porque el de Caballero no es uno más, sino la expresión sincera de un auténtico poeta que entra por el portal mayor a la poesía. He aquí que cogemos su libro y encontramos un título: *Las Adivinaciones* (2). ¿Es que el poeta ha colocado ese título *ad hoc* o es que responde con su forma misteriosa a la totalidad de su poesía? Vamos a ver.

En la vida hay un momento en el cual el poeta se enfrenta con la realidad como poeta, para buscarse a sí mismo y para encontrar la verdad. Entonces se responsabiliza de su vocación y asume una actitud de vigilia constante; ya su posición no es estar ante las cosas, sino que las vive, las existe. De ahí

(1) Pfeiffer: *La Poesía*. Ediciones Breviario, del Fondo de Cultura Económica de Méjico.

(2) José M. Caballero Bonald: *Las Adivinaciones*. Primer accésit del Premio Adonais. Ediciones RIALP. Madrid, 1952.

que el poeta sea atención, la poesía conocimiento y que el poeta intuya la realidad. Así, el poeta se llena de intuiciones que luego comunica en el poema. El poema, la creación, no ha sido dictado por poderes ajenos al poeta, sino que estaba desde siempre creciendo y madurando en él. Lo que sucede es que el poema es precipitado por algún móvil que ha conmovido al autor; este factor precipitante dirige todas las vivencias del poeta sobre sí mismo y hace que el poema sea el poeta. Pues bien: esa intuición de las cosas, ese sacar de lo circundante la verdad para proyectarla en el tiempo, es llamado por Caballero Bonald «Adivinación» («Los signos de lo humano: las adivinaciones», como él dice en un poema). Entonces, el poema así cargado de sugerencias «dice más de lo que enuncia» (1), y es una verdad en voz alta para que los demás la hagamos nuestra. Y cada poema es una pieza adivinatoria, irremplazable en el libro, que a la vez que posee vida propia se continúa en los demás. Más también hay que notar que este título—*Las Adivinaciones*—va sonando a través de todo el libro como una dirección tácita pero constante, a la manera de los ríos que nacen en las cumbres y luego abren túneles y refrescan la tierra que los cubre. Después de leído el libro, viene un proceso inverso: los poemas se devuelven y llenan la palabra *adivinaciones* al cargarla con su expresividad poemática. Hemos encontrado una clave: intuición poética, expresada adivinación.

Caballero Bonald se adentra en la gran temática—Dios, el amor, la existencia, el hombre—y abre, paso a paso, un poco de camino dentro de ellos. Más su posición es la de un hombre deseoso de hallar la verdad y que se angustia por no encontrarla, porque, a veces, se le va de las manos o porque lo que ellas contenían era apenas oropel. Entonces espera y se refugia en una esperanza dinámica que también es búsqueda, una búsqueda trágica y esperanzada. Así,

*en su oscuro principio, desde
su alucinante estirpe, cifra inicial de Dios,
alguien, el hombre, espera.*

Pero en la espera el hombre ha estado siempre y siempre luchando; sólo aguarda una luz que le enseñe la verdad. Mientras tanto, «permanece dormido o silencioso/llorando, besando el terso párpado rosa,/el pecho triste de la muchacha amada», o, «late en la ardida llaga que es su verbo,/fundiéndose en un llanto donde habitan/su linaje, su origen, su canoro/destino de buscador de Dios,/... que espera... encender la ceniza de sus labios».

El poeta de «Las Adivinaciones» llena su temporalidad—«viviente brasa»—con algo que es anuncio de lo total: el amor, la ternura, y a través de ellos, una capacidad para comprender lo ajeno en los otros seres con quienes se identifica. Existe también, dentro de la esperanza de Caballero, un querer ser responsable de lo que le sucede a las otras criaturas, un echarse sobre sus hombros el peso de las culpas, alegrías y existencias que lo rodean. Y se siente responsable porque su realización es la poesía, porque el poeta es el más ingenuo a la vez que el más responsable de los hombres. Tiernamente quiere estar dentro de la amada, con el dolor del mendigo, en el hombre tendido sobre el campo; quiere llevar un domingo de su mano para suavizar en algo la criatura que viste sus «mensuales lágrimas»; además se identifica con lo que lo

ayuda misteriosamente, con los elementos: la tierra le ofrece «un algo que es continuo», el aire donde «las aves son celestes y cantan» y el agua que es «fluyente claridad».

El universo poético de Caballero está lleno de seres que caminan, que hablan, que casi nos llegan al tacto y que se nos meten en la sangre. Su fuerza expresiva nos hace incluso asistir al proceso de creación poética, cuando el poema nace y queda lejano del poeta, reflejo de su vida interior. De pronto oímos cómo se quejan sus poemas y hay una lengua angustiada que se debate por explicar, por decir, por dar el tono preciso. Más también de pronto el poeta es aliviado por algo que lo conmueve profundamente y habla de amor, aunque en Caballero el amor es un amor triste, como el de un condenado a muerte.

Del libro de Caballero Bonald—su primer libro—puede hablarse mucho; pero baste por ahora el anotar su aparición regocijadamente. Sólo resta decir: «Muchas gracias, Caballero, por su hermoso libro».

EDUARDO COTE LAMUS.

LA ÚLTIMA NOVELA DE GARCÍA SERRANO (1)

Es frecuente, a lo largo de la historia, que los acontecimientos militares, religiosos o políticos, marquen una clarísima frontera entre dos generaciones literarias. Quizá sea una ley fatal determinada por las conmociones que sufre el espíritu, provocadas por el mundo exterior.

La decadencia de los últimos Austrias provocó el pesimismo y la melancolía, la añoranza de otros tiempos en los escritores de nuestro barroco; la culminación de dicha decadencia impregnó fuertemente también con un pesimismo derrotista a la generación del 98, y el desorden europeo de la primera Gran Guerra, que engendra en el Occidente un fuerte desequilibrio moral y económico, ocasionó la gran subversión de los ismos que pugnan, como toda aquella Europa sangrante, por demoler rápidamente lo anterior para encontrar nuevos caminos. ¿No había de originar nuestra guerra de España y por España una viva reacción españolista, vigorosa y apasionada, con una fuerte carga de dolor y amor humanísimos? A la vista la tenemos. En contraposición a las generaciones inmediatamente anteriores a nuestra guerra, un soplo de humanidad y de ardor corre por las cuartillas.

Si la generación de los pacíficos tiempos de la Dictadura produjo una literatura que no piensa en España, que coquetea con las modas del exterior, que se deshumaniza frívolamente, la generación que se empieza a llamar del 40 viene salpicada de sangre y de barro de las trincheras, de esas trincheras de las que saltó la «Fiel Infantería» de Rafael García Serrano, que lleva plomo entre su carne y un amor español en sus canciones.

(1) Rafael García Serrano. *Plaza de Castillo*. Colección Meridiano, número 3. Madrid, 1951.

La última novela de García Serrano, titulada «Plaza del Castillo», es un fiel exponente del espíritu de nuestro momento; pero sus valores no son actuales tan sólo, es decir, perecederos, porque el ambiente de la obra, los magníficos caracteres de los personajes, la prosa vivísima, desenfadada y natural, dan a «Plaza del Castillo» un puesto legítimo a través del tiempo.

La prosa de García Serrano quizá sea, a pesar de su sobriedad, de su justeza, una de las más ricas de la nueva generación de novelistas españoles, y si, con frecuencia, va cargada de ternura y de fuerza, no falta tampoco en ella un delicadísimo, tenue y delicioso humor. No me resisto a copiar, como prueba de ello, un breve pasaje en que Rafael García Serrano nos describe, con un garbo de gran escritor, del gran escritor que es, un curioso grabado que impresiona a uno de sus personajes. He aquí cómo describe el cuadro que cuelga de una pared: «Godofredo de Bouillon marchaba hacia la Cruzada, jinete en un caballo blanco de larga cola y patas recias. Godofredo de Bouillon tenía, todo hay que decirlo, un cierto tufillo de tenor. Una pastora rubia, que, indudablemente, había surgido de entre los árboles densos, copudos, solemnísimos, estaba al estribo del cruzado, y éste, agradecido a su ofrenda floral, besaba a la pastora en la frente, con inocencia y precisión.» No creo que se pueda lograr una descripción más rápida y concreta, más deliciosamente fina y humorista que la que acabo de transcribir.

La acción de «Plaza del Castillo» transcurre en catorce días, que son el retrato exacto, con sus virtudes y sus defectos, de toda una época, y, sin embargo, el novelista sólo nos ha reflejado el ambiente de Pamplona en lo que va del 6 al 19 de julio de 1936.

Vidas sencillas, heroicas o vulgares, que transcurren en la Plaza del Castillo, de Pamplona, forman el cauce humanísimo de esta última novela de Rafael García Serrano, que nos lleva interesados, página por página, en la suerte de los personajes, a los que une un dramático torbellino, un huracán que sopla su plomo sobre los campos y las ciudades de España.

La gran virtud del novelista es la de dar interés a lo que narra. García Serrano lo da con creces—y esto es lo difícil—a unas peripecias que todos los españoles hemos vivido, sabiéndonos arrebatados toda la atención tras los personajes que presenta.

Verdaderamente, «Plaza del Castillo», por su ambiente, por su prosa y por la descripción de los caracteres, es una magnífica novela que no hemos de olvidar, porque nos ha conmovido. ¿Quién no se siente interesado por los inocentes y apasionados amores de Felisín, el que, a pesar de sus pocos años y su arrebatado cariño por Paloma, toma su fusil y su macuto y parte para el frente? ¿Quién no se interesa por la vida de Vallejo, por la de la deliciosa Doña Cándida y hasta por la del humilde Julián, guardia municipal de Pamplona, que abandonando su rutinaria ronda en bicicleta se incorpora con toda sencillez, con esa sencillez que es grandeza, a una lucha tremenda que ha de dejar tantos miles de muertos sobre las tierras de su patria?

R. MORALES.

LAS RELACIONES COMERCIALES ENTRE ESPAÑA E HISPANOAMERICA

El comercio español con las naciones hispánicas, sus problemas y vicisitudes, dan motivo a un nuevo trabajo que, dirigido por Manuel de Torres Martínez, acaba de publicar el Instituto de Cultura Hispánica (1).

A pesar de la gran masa de datos estadísticos manejada para elaborarle, la claridad y la sencillez son sus más acusadas características. El lector—aun el profano en temas económicos—sigue fácilmente sus páginas. No le abrumba nunca ese lastre de listas y cifras—imprescindible cuando se trata de realizar una estructura comercial—que tanto pesa en esta clase de libros. Aparecen, naturalmente, cuando llega el momento preciso, pero llevando al lado el comentario rápido que mantiene la atención sin forzar su retentiva. Es, en fin, un trabajo plenamente logrado, de ejecución difícil, que ha encontrado su director exacto en la experiencia que como economista y publicista reúne Manuel de Torres. Veamos a grandes rasgos su contenido.

Está el libro dividido en tres partes, a las que precede un prólogo firmado por Torres: «Este estudio sobre el comercio internacional de España—dice en él—ha sido el resultado del trabajo conjunto de un equipo que ha actuado bajo mi dirección... Los resultados y conclusiones logrados tienen un alto interés no sólo para explicar las principales peculiaridades de nuestro intercambio comercial con Hispanoamérica en los últimos años, sino también, y ello es lo más importante, para establecer unas bases para nuestra política comercial». Y termina precisando cómo esta obra reúne, junto a la aportación de datos para el estudio de aquellas relaciones, las distintas soluciones a los problemas que dicho comercio tiene planteados.

La primera parte—«El comercio con América»—es un análisis de la estructura del comercio exterior de España. En ella, tras una crítica de la estadística de Aduanas y los defectos sustanciales creados por el criterio seguido para establecer sus valoraciones, que sólo hasta cierto punto subsana la reforma de 1931, estudia y sitúa «uno de los tópicos que han adquirido patente de libre circulación en nuestra Patria: el déficit crónico de nuestra balanza comercial de pagos». La exacta interpretación de los calificativos favorable y desfavorable, indebidamente aplicados generalmente, dan más tarde la postura justa.

Razona asimismo «la elección de años comparados» en este trabajo, «1931-32 y 1947-48», los dos últimos ya «suficientemente alejados de los años de la guerra, para que en ellos no deban reflejarse las irregularidades que en la distribución y volumen del tráfico hubo aquélla necesariamente de producir». El resultado de tales razonamientos se condensa finalmente en trece puntos o conclusiones que absorben todas las peculiaridades de nuestro incremento comercial con América.

Ofrece la segunda parte—«El comercio por países»—un prontuario especializado, imprescindible para cualquier estudioso de temas hispanoamericanos. El comercio español con veinte naciones americanas de raíz ibérica, se desmenuza en otros tantos tratados que abarcan cuantas variaciones y evolu-

(1) *Las relaciones comerciales entre España e Hispanoamérica*. Manuel de Torres Martínez, Carlos Muñoz Linares, Hernán Cortés Rodríguez y Carlos Fernández-Arias da Cunha. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1952.

ciones ha venido sufriendo, completadas con un resumen de conclusiones correspondiente a cada uno de los países reseñados. Precisamente estos resúmenes componen, a nuestro juicio, el grupo más interesante del libro. Queda en ellos razonado con una sinceridad y un sentido práctico indudables, cuanto de favorable o negativo ofrecen hoy las distintas relaciones comerciales que mantiene España con cada una de las naciones hermanas de ultramar.

«Anejos Estadísticos» es el título de la tercera y última parte del libro que comentamos. Son una serie de cuadros, los primeros de los cuales expresan, en cifras, la balanza del comercio entre España y los países hispanoamericanos. A éstos siguen unas indicaciones sobre la medida del índice de concentración y el procedimiento de cálculo observado para obtener el mismo en este trabajo.

La clasificación de Bruselas para nuestras balanzas comerciales con Hispanoamérica—detallada por países—ocupa, con nuevos cuadros, las últimas hojas de este pequeño libro—144 páginas—que, como indicábamos anteriormente, nos parece imprescindible para cuantos pretenden estudiar sinceramente las relaciones actuales de los pueblos hispánicos entre sí.

JUAN A. LIAÑO.

UN LIBRO SOBRE SALVADOR DALÍ

El empeño de un libro se hace más difícil, en el análisis y en la biografía de una obra y de una vida, cuando sobre ambos aspectos se han detenido las plumas de muchos comentaristas, y en este caso, se hace aún más difícil por haberse parado también ante sí mismo el propio protagonista. La Editora Afrodísio Aguado ha publicado un bello volumen en el cual Santos Torroella hace resumen del signo y cifra de Salvador Dalí. En esta circunstancia, el espacio, al ser más limitado, cierra más posibilidades al escritor; pero el crítico catalán ha sabido vencer estrecheces ganando condensaciones, y así, los juicios y glosas sobre la producción daliniana alcanzan una precisión y una justeza de sentido que se convierten en fórmulas y axiomas para quien desee conocer el principio y fin de una pintura y de una postura, manteniendo el imprescindible equilibrio. En la obra de Dalí, el permanecer en el justo medio se hace muy difícil: primero, porque el mismo pintor no ayuda nada a que la mirada sobre su obra quede libre de apasionamientos y discusiones, y luego, por otras muchas causas, entre las cuales figuran como mayores la gran «sorpresa» que ha constituido poder observar, frente a los cuadros expuestos en la Bienal, la reacción de los dalinianos de ayer y la de los dalinianos de hoy. El hecho se presta a muchos comentarios, ya que a las afirmaciones rotundas han sucedido negaciones absolutas, y a las negaciones totales, adhesiones incondicionales. Pero el problema de observar una trayectoria que, naturalmente, no está limitada a la exposición de la Bienal, que tan acertadamente

ha recreado los motivos pictóricos más importantes de hace un siglo en España, lo analiza Torroella con fina percepción y ecuanimidad, ya que tanto en el elogio como en la reprobación se encuentra la justa medida que permita el conocimiento de una obra cuyos resultados van de rebote en rebote por las agencias internacionales, circunstancia que a tantos despistes puede conducir. Y el primer avisado en el peligro es el autor del libro, que, refiriéndose al tema, afirma: «Empero han ido acompañadas (las obras) tantas veces del escándalo y la polémica, de un sensacionalismo tan sospechoso por las argucias comerciales a que pueda deberse, que, hasta cierto punto, se justifican las prevenciones con que a juzgar por los primeros síntomas van a ser acogidas...» Por eso Santos Torroella, desde una profesión de fe hacia la producción daliniana, que se puede compartir o no, examina expresiones y sentidos, situando los esfuerzos—en la pintura de Dalí el esfuerzo es síntoma esencial—del artista bajo una visión que, siendo entusiasta, se fundamenta siempre en la realidad de un pintor que cuenta en el concierto del mundo con una señal primera bien definida y acusada. Por eso, al hablar de la obra explica: «Adviértese en ella una doble dimensión de forma y contenido, al menos como punto de partida, como intención o voluntad de Arte, independientemente de que, a nuestro juicio, la identificación entre ambas dimensiones se halle o no felizmente conseguida». Y, lógicamente, tras la enunciación, se discriminan las paradas: análisis, calificación y el ajuste y reciprocidad que puede haber entre ambas dimensiones, que son los pilares elementales de toda expresión artística.

Santos Torroella, tras fijar una pintura, glosa con acierto posiciones de credo del pintor, haciendo sumaria historia de esta confesionalidad y defendiendo la sinceridad de las tesis católicas desde sus primeros lienzos hasta la creación del Cristo que ahora se halla en Glasgow, pasando por sus intentos, en compañía de Buñuel, cinematográficos en el film «L'âge d'or». Para remachar las posiciones, inserta en el libro un manifiesto del artista, en el cual éste afirma resumir su posición ideal, y del cual son estos párrafos: «... Me hicieron falta diez años para ganar mi batalla surrealista. Me hace falta un año para ganar mi batalla clásica, realista y mística... Ganaré la batalla para la Pintura española». El hincapié místico en que gusta detenerse a Salvador Dalí es eje en esta glosa comprensiva, que a veces adquiere tonos de disculpa que no son otra cosa sino reconocimiento de méritos que, al ser disculpados, son admitidos.

Este aliento vital que se escapa siempre en la existencia de nuestros artistas, tan faltos siempre de un exegeta o de un biógrafo, existe en Dalí a través de Santos Torroella, que refiere incidencias de niñez y juventud del pintor, que no han aparecido hasta ahora, ya que la «vida secreta», que el mismo Dalí ha referido carece de elementos valiosos y descripciones necesarias para el conocimiento de una personalidad que no es nunca aquella que la autobiografía nos cuenta. De esta forma, y en el mejor recuerdo de nuestro Vasari, el inapreciable Palomino, el crítico catalán nos pone al tanto de pormenores íntimos que ayudan mucho a la comprensión y a las circunstancias de estados y situaciones. En el empeño biográfico y crítico han vencido la percepción y tenacidad del autor, ya que ha tenido que luchar con la grave dificultad de que el mismo artista desacredita y oscurece su propia verdad. Hechos y sucesos esenciales desfilan como acotaciones previas para que la comprensión de

un pintor se haga y determine—hasta el momento actual—con la mayor garantía. Desde Cadaqués hasta el telegrama a Picasso, una serie continuada de eslabones se esbozan con intención y nunca con el solo criterio estadístico, para llegar a conclusiones vitales bien ligadas a posteriores expresiones estéticas.

La aportación de Santos Torroella por su equilibrio crítico, por su amabilidad y buen estilo, es decisiva para el estudio de la obra de Salvador Dalí, que se puede seguir gráficamente en magníficas reproducciones encabezadas con la conocida «Cesta de pan» reproducida a todo color, frase exacta frente a tanto cuadro coloreado, que más bien perjudica que eleva la obra de un artista.

SÁNCHEZ-CAMARGO.

ASTERISCOS

UNA INNOVACION AFORTUNADA: LA DEL PRIMER CONGRESO DE POESIA

* * * En el Congreso de Poesía, dichosa y recientemente celebrado en Segovia bajo la advocación de la Universidad de Verano, se han demostrado varias cosas que hoy tocaremos sumariamente para volver a ellas con más acopio de ilusión y de tiempo. La primera lección, y la más importante, es que la unidad—en este caso la unidad de la poesía española—no puede consistir en un monólogo, sino más bien en un diálogo. La palabra poética es la palabra en estado naciente. La palabra en estado naciente es siempre el fruto de un diálogo. La palabra que no es dialogadora es letra muerta y farsa viva; en el mejor de los casos es solamente un grito. Y gritando no se entiende la gente, dice un refrán que no ha perdido actualidad entre nosotros. Allí, en Segovia, se han entendido muchos poetas de buena voluntad. Cuajen su buena voluntad, su sueño y su diálogo.

La segunda lección ha consistido en demostrarnos lo que por nuestra tácita y contigua miseria ya sabíamos: que el poeta es por lo pronto un hombre que se encuentra algo más indefendido ante la vida que los demás. Las conclusiones de este Congreso lo declaran inequívocamente. En nuestro tiempo, y en todo el ámbito europeo, la vigencia social del poeta es parva o nula. Culpa de todos es y en buena parte nuestra. La prensa—salgo alguna importante excepción—ha confirmado plenamente esta falta de vigencia, no haciendo la más pequeña referencia al Congreso. Otro gallo le cantara si los reunidos hubieran sido ingenieros, industriales norteamericanos, veterinarios o cerrajeros. La profesión poética es actualmente la única profesión no utilitaria, sino tributaria, esto es que no sólo no cobra derechos, sino que paga arancel al editar los libros por su cuenta. Hoy por hoy puede decirse que el poeta—en todas partes del mundo—es sólo un náufrago social. Así, pues, el Congreso amonesta y advierte a la juventud, aconsejándola que sólo debe acercarse a la poesía aquel que tenga bien probada su vocación de náufrago.

La tercera lección ha sido la generosísima ponencia presentada por los poetas de la otra orilla del Atlántico, en la cual se afirmaba la orgánica unidad de la poesía hispanoamericana y se pedía que esta unidad—que es hoy la más real que existe entre nosotros—tuviera su expresión adecuada en los estudios, conferencias, antologías e historias literarias. ¿Por qué no se suele estudiar conjuntamente la lírica hispanoamericana en nuestras Universidades? ¿No es una rama del mismo tronco que la nuestra? ¿Acaso no se encuentran continua y vitalmente implicadas una y otra? ¿No sería más útil y sencillo contribuir a su unidad que fomentar su división? ¿No es la poesía la sangre del espíritu, y la más viva, lograda y tangible expresión de nuestra hispanidad?

En efecto, los que vivimos apuntalando como podemos con nuestra vida la creación de una misma palabra poética, sabemos bien que a esta palabra la sostiene o la cubre la misma tierra, y que un mismo silencio, un mismo olvido, la puede hacer o deshacer. Esta verdad es indudable, y es muy de agradecer que sea de aquellas lejanas tierras de donde venga hacia nosotros la invocación de la unidad. No lo olvidemos.

R.

DOS NUEVAS REVISTAS PARA LA AMÉRICA LATINA

* * * Acaban de aparecer los primeros números de *América Latina* (1) y de *Amerique Latine* (2), revistas de gran formato, y la segunda incluso de gran lujo. Estas revistas paralelas son un índice más del peso creciente de los países iberoamericanos en el mundo y también de la creciente necesidad de los países latinos de encontrar formas de supervivencia en el mundo colosal de hoy, en el que se han quedado rezagados. Ambas revistas anuncian con claridad sus propósitos: avivar relaciones culturales y económicas, llenar las lagunas de la ignorancia recíproca y en particular fomentar el comercio (punto de vista francés) y la emigración (punto de vista italiano).

La revista italiana contiene mayor riqueza de materiales: también mayor confusión en su valoración. Incluso hay errores de bulto que resultan de un uso precipitado de la tijera; así en la página 38 se han tomado algunas notas bibliográficas de los números 14 y 28 de estos CUADERNOS (para los que hay también una amistosa referencia en la página 36) donde se han reproducido hasta las erratas (el libro de Stokes no es, en efecto, sobre Guatemala, sino

(1) El número 1 y 2 corresponde a abril de 1952. Lleva el subtítulo *Rassegna di cultura e lavoro delle Repubbliche dell' America Latina* y se publica en Milán. La dirige Cesari Maccari y en este número aparecen colaboraciones de Cesco Vian, Enrique W. Alvarez, Umbro Apollonio, Giuseppe Bellini, Alfonso Cortés, Ribeiro Couto, Horacio Quiroga, Nicolás Guillén, Joaquín Pasos, etc. Para los próximos se anuncian trabajos de Angel Alvarez de Miranda, José María Valverde, Roque Esteban Scarpa, Ramón Gómez de la Serna, Rodolfo Mondolfo, Emilio Carilla, Carlos Bó, Juan María Bertini, etc.

(2) El número 1 corresponde a marzo de 1950. Se presenta como mensual, publicada por «Eurameris», Sociedad Anónima, con un capital de 500.000 francos (parece poco para una revista en 80 páginas en couché...). Predomina el aspecto gráfico e informativo, de acontecimientos sociales y diplomáticos y propaganda económica, pero no faltan los temas literarios y artísticos.

sobre Honduras). En la revista francesa hay un exceso de presuntuosidad, muy francesa, de «dar a la literatura y al arte de la América latina la consagración de París» (sic) y una excesiva valoración de la paz diplomática *onuística* de los países iberoamericanos. Pero sin duda que de este progresivo conocimiento y estudio de la América hispana, que ya sabe también valorar estos intereses ajenos en su auténtica valía, y las constantes tentativas de redescubrimiento, producirá a la larga los mejores frutos de comprensión internacional.

M. F. I.

EL «RIVERA» QUE NO FUE A PARÍS...

* * * Carlos Chávez—compositor mexicano de «chirimía y teponaxtle»— encomienda al «ex caníbal» de Guanajuato, Diego Rivera, la confección de un *fresco*... Por este *fresco*, el Gobierno de la República se compromete a pagar la cantidad de cuarenta mil pesos mexicanos (4.628 dólares). Es todo.

Y Rivera pinta en un mural portátil de 33 × 15 pies lo que él llama *La pesadilla de la guerra y El sueño de la paz*: «...lo mejor que he producido hasta ahora, debido a sus cualidades plásticas, el color, la composición y el tema de la obra...»

En realidad, un «rivera» inconfundible.

El chino Mao Tse-Tung sostiene con una mano la nivea paloma, mientras Stalin una hoja de papel en blanco. El Tío Sam—en cambio—con una ametralladora a la espalda, en una mano la Biblia y en la otra una bolsa de dólares. Y el consabido John Bull y La Belle Marianne. Inocentes norcoreanos ahorcados; niños flagelados por las tropas de Syngham Rhee. Obreros de México con vela en el entierro...

Lo de siempre. El trotskysta de ayer había repetido una vez más, con algunas variaciones, el tema para mural de toda su vida.

Sin embargo, ¿qué esperaba Carlos Chávez de su «compadre» Rivera cuando encargó el *fresco* de marras? Nadie lo sabe.

El caso es que Chávez—director del Museo de Bellas Artes—determinó con firmeza: «Este «rivera» no va a París. No queremos dificultades con las democracias...»

«El mural no se envía al extranjero porque contiene graves imputaciones políticas contra varias naciones con las cuales mantiene nuestro Gobierno amistosas relaciones...»

—¡Censura! ¡Censura!—vociferó entonces el imponderable pintor. Y en ésas anda todavía...

EDMUNDO MEOUCHI

México.

DE NUEVO ALEMANIA

* * * Es curioso observar el desquiciamiento de la visión internacional en los últimos años. Un destacado escritor de nuestro país sostenía a raíz de terminada la guerra que Alemania se había acabado para siempre, observación que puede relacionarse con la creencia manifestada por ilustres hombres de Estado británicos que Inglaterra adquiriría tras la victoria un poder mundial hegemónico. Por un lado o por otro ha faltado la visión de la realidad presente.

Se creía al comienzo de la guerra que el mundo seguía siendo el del siglo XIX y que una lucha entre potencias continentales podría para uno u otro bando producir algo bueno. Y resultó que lo mismo la posición agresiva que la defensiva eran anacrónicas. Parece a primera vista cruel y esteticista tachar de anacrónica una posición defensiva. Pero no puede negarse que a las potencias continentales y a los anglosajones les faltó una clara visión del presente que hubiese hecho posible a tiempo una mejor canalización de las cosas.

Planteado el problema a la vista de los hechos posteriores, se dió casi por descontado que Alemania dejaría para siempre de actuar y de pesar en el mundo, puesto que las democracias (en cuya palabra cabía por lo visto cuanto concordaba con las ansias del momento) habían triunfado de todo. Y se planteó en lugar de la antigua Sociedad de Naciones aséptica y neutra, puramente internacional, una Organización mundial determinada por un confuso contenido político. Europa perdía cerca de un tercio de su denso y sacro territorio histórico como si se tratase de un abstracto trozo de espacio.

Todo lo que luego sucedió fué como si la realidad histórica del presente se arrojase sobre la miopía de la política: el poderío ruso, la necesidad institucionalizada de la ayuda económica de Norteamérica transformada en potencia directiva, la urgencia de unir a Europa que meses antes se había tratado como mero espacio, la función indispensable de una Alemania fuerte en el orden industrial y militar; todo eso no fué previsto por nadie que realmente mandase, sino que cayó de pronto sobre los débiles hombros humanos. Yo creo que lo que se llama el destino es la realidad misma del curso histórico cuando los hombres están privados de la capacidad de preverlo.

Ahí está de nuevo nuestra vieja, ilustre y amiga nación, actuando por su cuenta en el plano del mundo. Todo resulta para ella igual que antes, salvo en un pequeño detalle: que ese mundo es otro.

S. L.

INDICE

Páginas

BRÚJULA DEL PENSAMIENTO

GARCÍA VALDECASAS (Alfonso): <i>Arma Virunque</i>	175
FERNÁNDEZ CARVAJAL (Rodrigo): <i>Los niños</i> (poemas).....	199
GULLÓN (Ricardo): <i>El pintor Willi Baumeister</i>	207
ANCESCHI (Luciano): <i>Ezra Pound y el humanismo americano</i>	215

BRÚJULA DE ACTUALIDAD

El latido de Europa:

El espíritu europeo (235)—Gritos de alarma ante la restauración (236.)
Orson Oteló (240).—A por una Europa una (241).—La musa del poeta (243).—Sobre democracia y totalitarismo (245).—El arte teatral (247).

A remo hacia las Indias:

La poesía de Carlos Izaguirre (249).—Colectivización de la cultura y asimilación del indio (251).—Mariano Azuela a los cuatro meses de su muerte (253).—El peligro del verbalismo (254).—El Colegio Mayor «Guadalupe» en su primer lustro (255).—Anticapitalismo primero (257).—Real y pontificia Universidad y Universidad autónoma (259).—Concepción cristiana del trabajo (261).—La revolución del altiplano (261).—Dos temas de la literatura hispanoamericana (262).

España en su tiempo:

Qué debe hacer la Universidad (266).—Una gran pérdida: Amado Alonso (271).—El profesor Skolem en Madrid y los fundamentos de la matemática (273).—La evasión al pasado (275).—Séptima edición del premio Eugenio Nadal (277).—Un gran físico español: Julio Palacios (280).

Bibliografía y notas:

Dos libros yanquis sobre organización política de Hispanoamérica (285).—El absurdo, la ironía, el tiempo, a propósito de Alberto Camus (290).—El concepto social y otro ensayo (294).—Notas sobre una correspondencia: Claudel-Gide (299).—Las adivinaciones (302).—La última novela de García Serrano (304).—Las relaciones comerciales entre España e Hispanoamérica (306).—Un libro sobre Salvador Dalí (307).

Asteriscos:

Una innovación afortunada: la del Primer Congreso de Poesía (311).

Dos nuevas revistas para la América latina (312).—El Rivera que no fué a París (313).—De nuevo Alemania (314).

Portada y dibujos del pintor español Ismael Moreno.—En páginas de color, *¿Adónde va Europa?: Pasión y muerte de la juventud francesa*. Robert Brasillac, por J. L. Dumontier Beroulet.

¿ADONDE VA EUROPA?



MADRID

1 9 5 2

INAUGURAMOS CON EL PRESENTE TRABAJO SOBRE ROBERT BRASILLAC LA SECCIÓN «¿ADÓNDE VA EUROPA?», EN LA QUE, CON INTENCIÓN PARALELA A LA APLICADA EN «¿ADÓNDE VA HISPANOAMÉRICA?», IREMOS DANDO A NUESTROS LECTORES SUCESIVOS TEXTOS QUE AMBIENTEN UN PANORAMA AUTÉNTICO DE LA REALIDAD ESPIRITUAL DE NUESTRA PRESENTE EUROPA.

ROBERTO BRASILLAC

POR

J. L. DUMONTIER-BÉROULET

En la mañana del 6 de febrero de 1945, siendo el general De Gaulle presidente del Gobierno Provisional de la República Francesa, se fusiló en el fuerte de Montrouge, cerca de París, al escritor Robert Brasillach. Tenía treinta y cinco años. Desde entonces, todos los años, sus compañeros, admiradores y discípulos, cada vez más numerosos, celebran en esta fecha el aniversario de su muerte. Que nos sea permitido también, hoy, bajo los auspicios del Centro de Intercambios Culturales Europeos, rendir tributo a la memoria de nuestro camarada.

Este mes, pues, en muchos lugares, se ha ensalzado la figura de Robert Brasillach. Se ha hablado del artista que supo, en sus novelas y poemas, cantar el corazón de su generación. Se ha hablado del crítico literario que emitió, a lo largo de quince años, los juicios más acertados sobre las letras de su tiempo. Se ha hablado del ensayista y sociólogo que tradujo, en sus encuestas, el latir de la sociedad de su época. Se ha hablado del humanista que enriqueció la cultura del siglo xx con su magnífica antología de la poesía griega. Se ha hablado del historiador del cine, cuya obra no ha sido hasta ahora superada ni siquiera igualada. Sin embargo, queremos aquí exponer otro aspecto de su personalidad, un aspecto que, según nuestra opinión, explica su vida. Un aspecto que dominó y mandó imperativamente en toda su existencia. Un aspecto sin el cual no hubiera sido lo que ha sido, que constituyó su razón de ser y su mensaje trascendental, para el cual luchó y murió. Queremos hoy tratar de Robert Brasillach, político, patriota y revolucionario.

Escribía un periodista belga en *Le Peuple*, de Bruselas, que lamentaba el

hecho de que Brasillach hubiese malogrado su talento haciendo política y pudriendo la inteligencia de la juventud. Discrepamos por completo de tal criterio. En efecto, cuando nuestras patrias y nuestro continente están atacados desde dentro por ideologías satánicas, cuando están amenazados desde fuera por terribles potencias militares y económicas, cuando pueblos y razas extraños a nosotros intentan esclavizarnos, cuando está en juego la existencia de nuestra cultura, de nuestra fe, cuando peligra todo lo que constituye nuestro sentido de la vida, nuestra vida misma, ¿cómo puede uno permanecer impasible, no tomar partido, no «alistarse», para emplear la expresión de moda? Tal vez en las épocas remotas y edénicas, en que reinaban la paz, la justicia y la prosperidad, tenían los artistas la posibilidad de desligarse de la sociedad y, aislados en su «torre de marfil», labrar posadamente su obra. Tal vez. Pero actualmente no existe esa solución. Hace dos mil años ya, Nuestro Señor decía: «Se debe estar conmigo o contra mí.» Hoy día no es posible la neutralidad. Porque no hay neutralidad entre el bien y el mal, entre la justicia y la injusticia, entre las libertades y el universo unificante y esterilizador. Y los que defienden la postura apolítica no son más que necios o cobardes.

Esto lo comprendió Brasillach, y con él millares de jóvenes franceses que lucharon y murieron en defensa de su Fe, de su Patria, de Europa. Pero esta afirmación necesita una explicación.

Mucha gente, en efecto, habla siempre de «la culpa de Francia», de «los errores de Francia», de «la influencia nefasta de los franceses», olvidando que nuestro país no es una entidad única, sino un compuesto de muchas tendencias,

lo mismo que el pueblo español, por ejemplo.

Sí, hay actualmente dos Francias, lo mismo que hay dos Españas. Y es una característica de nuestro tiempo esta trágica división de las familias nacionales en sectas antagónicas que se aborrecen, que se matan entre hermanos, mientras que otro aspecto de nuestro siglo lo constituye, en compensación, el rompimiento de los estrechos marcos fronterizos chauvinistas y la creación de unas comunidades espirituales europeas basadas en la comprensión abierta y positiva de los valores nacionales mismos. Y si nosotros, jóvenes nacionalistas cristianos y revolucionarios franceses, estamos odiados, perseguidos y diezmados por muchos de nuestros compatriotas, desde los marxistas hasta los masones, pasando por aquellas gentes que se llaman a sí mismas católicas, mientras el crucifijo que blanden es en realidad un puñal envenenado, también tenemos la dicha de saber que en los demás pueblos europeos otros jóvenes nacionalistas sienten como nosotros, combaten con nosotros y nos quieren y nos ayudan. Y de este modo hacemos brotar entre todos una magnífica camaradería continental, que es en verdad la reconstitución de esa unidad, de esa Cristiandad medieval; en una palabra, la auténtica fraternidad juvenil, concreta y real—en oposición al mismo lema que figura, por una ironía del destino, en las fachadas de los tribunales «liberadores», así como en las sinagogas y en las logias secretas.

Esta juventud ha luchado; ha luchado para defender y salvar sus respectivas patrias y la comunidad de todas ellas. Porque, a pesar de lo que dicen algunos, la patria no es un mito, ni Europa una utopía, ni la bandera un trapo, y los que afirman tales disparates se convierten, consciente o inconscientemente, en los propagandistas de las ideologías marxistas y masónicas. No, la patria no es un mito, ni Europa una utopía. Y no hace falta, para definir esos conceptos, edificar complicados sistemas filosóficos, emplear palabras terminadas en ISMO o perderse en nebulosas teorías.

Europa es, sencillamente, unos territorios sobre los cuales, desde hace siglos, millones de hombres, perteneciendo a

diversas razas, han sabido convivir. Juntos, han cultivado los campos de esos territorios con el fin de asegurar su sustento y el de sus familias. Juntos han construido sobre esos territorios iglesias y catedrales para rezar su fe, monasterios y universidades para desarrollar su mente, castillos para defender su bien común. Y también se han peleado entre ellos a veces, como ocurre entre vecinos y amigos. Pero de generación en generación se han transmitido su saber, enriqueciéndolo siempre más, hasta llegar a la creación de una cultura tan alta, de una civilización tan armoniosa, de un estilo de vida tan equilibrado, que su esplendor se ha extendido por el mundo entero en un mensaje y una misión trascendentales. Y esto hasta tal punto, que los enemigos de nuestro continente tienen que emplear, para intentar esclavizarlo hoy, las armas que la propia Europa les ha brindado.

En cuanto a las patrias, son, sencillamente, el cuadro íntimo de la vida de cada uno, lo que nos da nuestra personalidad y el sabor de nuestra existencia, esto a la vez tan vulgar y tan esencial que llamamos FELICIDAD. Las patrias son lo inmediato, lo concreto, lo palpable que nos rodea: el hogar donde nacemos y descansamos, la escuela donde nos educamos, el taller donde trabajamos, el museo donde admiramos el genio de nuestro pueblo, el aire donde retumban nuestras canciones, el cementerio donde reposan nuestros muertos y donde reposaremos también nosotros un día; sobre todo la tierra, a la que estamos ligados por toda la sangre y todo el sudor vertidos por ella.

Todo esto—espíritu, cultura, suelo—es lo nuestro, el patrimonio común nuestro que han forjado nuestros antepasados y que debemos, imperativamente, proteger y enriquecer para trasmitirlo a su vez a las generaciones futuras. Si sabemos unirnos para esta labor comunitaria de protección y de transmisión—porque hoy día más que nunca cada nación es solidaria de las demás, y España se defiende frente a Leningrado lo mismo que Rumania o Finlandia en la costa atlántica—, si sabemos recoger lo mejor de nuestros pueblos y ofrecerlo para el haz común, entonces ya no habrá problema

continental. Si, por el contrario, seguimos debilitados por guerras fratricidas y divididos por odios estúpidos, entonces nuestros hijos tendrán derecho a reprocharlo como nosotros podemos hacerlo para con nuestros padres, que nos pusieron al mundo en medio de una sociedad agonizante por culpa suya y, peor aún, presentaron nuestros veinte años en holocausto para sus querellas intestinas.

Nuestras patrias, nuestro continente, constituyen el sentido de nuestra vida, la alegría de la vida, de la vida real, tangible y épica—porque la epopeya es el sueño materializado y porque hay tanta grandeza en la labor ingrata y cotidiana de un campeisno que cultiva su tierra durante toda su existencia como en el heroísmo de un misionero o de un conquistador—. Mas, como lo afirmaba en otra conferencia hace unas semanas un camarada español nuestro, no se defienden en una taberna o en una peña ruidosa, sino en la calle, a la luz del sol, exponiendo su propio pecho y derramando su propia sangre. No para intereses ajenos o por órdenes traicioneras, sino por y para nosotros, nuestro pasado y el porvenir de nuestros hijos.

Esto es lo que comprendieron en Europa, gracias a Dios, millones de hombres. Esto es lo que comprendieron millares de franceses jóvenes—y por juventud no entendemos sólo la del cuerpo, sino, ante todo, la del corazón—. Han luchado y han sido vencidos. Pero sus mártires quedan como testimonio de su sacrificio.

Brasillach fué uno de ellos. Y se identificó tanto con su generación, que llegó a personificarla, con todas sus virtudes y sus debilidades incluso, hasta el punto de ser un símbolo de ella. Por eso, exponer su biografía viene a ser relatar la historia de la juventud francesa contemporánea. Y como lo dijo su defensor, el abogado Jacques Isorni: «Es para algunos una bandera, para muchos una leyenda y para otros, ya, un remordimiento.»

* * *

Por un simbolismo extraño, la biografía de Robert Brasillach puede caber entre dos fechas idénticas, dos 6 de febrero: el del año 1934 y el de 1945.

6 de febrero de 1934. La Europa salida del Tratado de Versalles se estaba derrumbando, y el sueño pacifista de Briand se había ya desvanecido. La fragmentación del continente en fronteras teóricas imperaba una reorganización completa, que agravaba la ruptura del equilibrio postbélico. Movimientos revolucionarios de gran envergadura hacían temblar las bases de la sociedad liberal: comunismo, fascismo, nacionalsocialismo. Pronto, las sanciones contra Italia iban a ser el primer paso hacia la segunda guerra mundial.

En Francia, la «Unión Sagrada» de la pasada contienda y de la «Cámara azul horizonte» habían sido hechas pedazos por el Gobierno del «Cartel de izquiermuertos», la tercera parte del territorio asolada, nuestra economía arruinada. En el interior, una política de odios y de inflación; en el exterior, una política desacertada a remolque de Londres. La agonía de la Tercera República empezaba.

Sin embargo, todas las fuerzas vivas de la nación se rebelaron contra esa situación: los ex combatientes, que no querían que su sacrificio fuese vano; los proletarios, que exigían un nuevo orden; los patriotas, que rechazaban el materialismo nivelador; los jóvenes, que deseaban vivir. Todos tenían afanes comunes, y una misma repugnancia para con la democracia impotente; pero para alcanzar su ideal emprendían caminos divergentes. Unos iban hacia la derecha y otros hacia la izquierda...

Los primeros tenían elementos luchadores que formaban Ligas, entre las cuales descollaban las Juventudes Patrióticas de Pierre Taittinger y El Francismo de Marcel Bucart. La gran masa de los ex combatientes se agrupaban en las Cruces de Fuego, cuyo jefe, el coronel La Roque, mantenía el entusiasmo de sus huestes pronunciando discursos incendiarios, en los cuales anunciaba la revolución para el día siguiente. Por fin, alrededor de la personalidad de Charles Maurras, pensador cuya influencia intelectual sobre toda una generación universitaria se puede difícilmente medir, la Acción Francesa intentaba conciliar el tradicionalismo monárquico con

las necesidades sociales. En sus filas militaba Robert Brasillach.

A pesar de haber nacido en Perpignan el 31 de marzo de 1909, había vivido casi siempre cerca de París, en Sens, y en la capital, después de acaecida la muerte de su padre, caído en el campo de batalla durante los primeros meses de la guerra. Precocemente se revelaron sus dotes excepcionales de escritor. A los dieciséis años, cuando estudiaba todavía en el Instituto de Enseñanza Media «Louis-le-Grand», publicaba preciosos poemas, algo eróticos. Su personalidad llenó la Escuela Normal Superior, donde ingresó a los diecinueve años, y cuando sólo tenía veinticinco, le premió la propia Academia Francesa.

Precisamente este talento deslumbrador le hizo entrar a la Acción Francesa, en 1930, como crítico literario del periódico del movimiento. Mas su gran encuesta sobre «El final de la posguerra» le reveló el estado real de Francia y la necesidad de la lucha política. ¿Cuáles eran sus metas? El mismo nos lo dice en esta página:

«Un día nos devolverán una palabra, de la que, a pesar de todo, es preciso decir que es la meta de cada uno de nosotros. Y si no nos la quieren dar, ningún sistema es válido, pese a todas sus cualidades. Nos devolverán una palabra, que hará falta proteger, pues es frágil, y que prefiero ver inscrita en el corazón de los hombres que en las fachadas de los edificios, una palabra que no se deberá sacrificar ya por otras palabras más seductoras; una palabra que resumirá nuestros derechos y los de nuestros hogares, nuestra paz, nuestra quietud en los lugares escogidos por nosotros, nuestro cielo sin ruido, nuestras noches sin trueno, nuestros amigos presentes, nuestras calles sin peligro. Una palabra que sintetizará entonces nuestros afanes y los vuestros, el equilibrio que queremos entre el orden y el completo desarrollo, la palabra que quisiéramos ver florecer por encima de tantas ruinas y que, de antemano, no de-

bemos ofender, cuyo nacimiento no deberíamos impedir; la palabra FELICIDAD.

Un país no es para mí una idea; es una realidad, es sus hombres, sus mujeres, sus hijos y sus tierras.»

Del otro lado, los izquierdistas ansiaban la justicia social y la fraternidad universal, y se habían echado en los brazos del marxismo, identificado por culpa de la sociedad liberal y conservadora con esos ideales. Pero Léon Blum no era Jean Jaurès, y mientras el Partido Socialista se aburguesaba con su clientela de funcionarios—las sanguijuelas del régimen—, las Juventudes Socialistas empezaban las disensiones contra las «viejas barbas». Los grupos anarcosindicalistas, revoltosos y luchadores, se agitaban. Por fin, el Partido Comunista francés se había convertido, bajo la influencia de Stalin, en una sección a las órdenes del imperialismo moscovita. El sueño atractivo se había hecho descorazonadora realidad, y los militantes engañados se agrupaban alrededor del secretario general de las Juventudes Comunistas, Jacques Doriot. Este, afanoso por salvar a las clases humildes, intentaba conseguir por su influencia la ruptura con el Komintern y la creación de un movimiento izquierdista nacional.

Cuando estalló el escándalo Stavisky, que puso al desnudo la corrupción del régimen, esas masas juveniles de derecha y de izquierda, esos ex combatientes burlados, todos juntados por un mismo hastío, se lanzaron juntos al asalto del Parlamento, los días 6 y 9 de febrero, gritando: «¡Abajo los ladrones!» Dentro del Palacio Bourbon, los diputados, temblando de miedo, creían llegada la última hora de la República. Pero el presidente del Consejo, el radical-socialista Edouard Daladier, dió orden a la fuerza pública de disparar contra el pueblo, sin armas. Y cuando las cargas de la Policía montada y las salvas de la Guardia Móvil hubieron dispersado a los manifestantes, 22 muertos nacionalistas y 12 comunistas yacían en la plaza de la Concordia. Se había salvado la República, sí. Mas esa sangre generosa vertida en señal de protesta mancharía para siempre los años pos-

treros del régimen, hasta que se derrumbó en la más espantosa de las derrotas militares... Más tarde, en su libro *Nuestra anteguerra*, debía escribir Brasillach:

«La época tomaba, en efecto, un color extraño. A través de nuestros placeres y de nuestra vida personal, se introducían de pronto con ritmo cada día más rápido inmensos acontecimientos: la revolución, la guerra, el dinero, la muerte... Quizá era la primera vez que teníamos la impresión de estar directamente complicados en los acontecimientos exteriores, de sufrir las consecuencias directas y de arrancarlas de su universo de papel impreso... Los acontecimientos de la calle no los leíamos ya en los periódicos, sino que los encontrábamos... Todo eso estaba ya mezclado con nuestra vida, nuestra vida de jóvenes franceses inquietos de la última anteguerra...

Nosotros no tenemos que renegar del 6 de febrero. Cada año vamos a llevar violetas a la plaza de la Concordia, delante de esta fuente que es ya cenotafio en recuerdo de los caídos. Si el 6 de febrero fué un «complot malo», fué, sin embargo, una instintiva y magnífica sublevación, fué una noche de sacrificio que queda en nuestro recuerdo con su olor, su viento frío, sus pálidos rostros corriendo, sus grupos humanos en el borde de las aceras, su invencible esperanza en una Revolución nacional.»

*Los últimos disparos siguen chispeando
en la luz indecisa donde han caído los
[nuestros.
Con once años de retraso, ¿será, pues,
[uno de vosotros?
Esta noche pienso en vosotros, ¡oh caí-
[dos de febrero!*

Sí, Revolución fracasada, pero instintiva y magnífica sublevación de todas las fuerzas vivas unidas del pueblo francés. Sin embargo, el 6 de febrero había revelado dos cosas muy graves:

primero, que los jóvenes tenían los mismos afanes, las mismas metas y que, por eso, se los había dividido en campos antagónicos que se odiarían cada vez más. Después, que si dichos jóvenes sabían ofrecerse al sacrificio, como Brasillach y Doriot, al frente de sus camaradas, por el contrario, los jefes se habían acobardado en aquellos días decisivos: Thorez se había ido a la finca de su tía; Duclos, escondido en un refugio blindado; Blum y La Roque habían desaparecido, y Maurras, en la Redacción de su periódico, comentaba los poetas simbolistas...

Ese mismo año 1934 iba a ser testigo de otro acontecimiento capital: Jacques Doriot, dándose cuenta de la inutilidad de sus esfuerzos para arrancar la sección francesa de las garras de Moscú, se marchaba del Partido Comunista, llevándose consigo a los mejores elementos, después de haber rechazado las propuestas que le hizo Stalin de confiarle la dirección completa del Kominintern europeo.

1935 vió la disolución de las Ligas patrióticas por orden del Gobierno. Disminuyen poco a poco aquellas fuerzas juveniles y entusiastas, como lo consigna Robert Brasillach en el poema *Estrechamiento del Frente de la Amistad*. Mas no su fe en el porvenir.

*Algunos amigos se han ido,
como hojas que se lleva el viento;
sobre ellos hay que cerrar la puerta:
quedan los que se han quedado.
La amistad sigue más fuerte,
la verdadera.*

*Los hermanos de nuestra juventud,
los camaradas de nuestros campamentos,
los de los fuegos en la noche espesa,
los de las marchas acompañadas de can-
[ciones,
cumplen con sus viejas promesas,
a pesar de todo.*

*Los que se han perdido en el camino
se borrarán a lo lejos.
¿Qué nos importan las derrotas?
Tendremos otras mañanas.
Sé que nos escucha ya.
Mañana.*

Aquel mismo año, los marxistas se unían, formando el Frente Popular, que iba, meses después, a ganar las elec-

ciones y tomar el poder. Entretanto, por toda Europa el despertar revolucionario nacionalista—lo que Brasillach llama de una manera errónea «el fascismo»—brotaba con un ímpetu incontenible. Obra de jóvenes, de esos jóvenes de treinta años, de los cuales escribía proféticamente :

«Los que mueren poco después de los treinta años no son consolidadores, sino fundadores. Traen al mundo el ejemplo resplandeciente de su vitalidad, de sus misterios, de sus conquistas. Apresuradamente, enseñan algunos caminos en la luz de su juventud, siempre presente. Deslumbran, interpretan, maravillan. Dios eligió, por su apariencia terrestre, de ser semejante a aquellos seres, de morir a la edad de Alejandro. Alrededor de vosotros, hombres o mujeres, habréis conocido esas apariencias que exaltan un poco, algo misteriosas: queman su propia vida, a veces las de los demás, pero dan la llama, el porvenir. No se figuraría Alejandro envejecido y moderado, legislador de Oriente: su misión consiste en poner cara a cara el Occidente y el Oriente. Después, arréglense como puedan. Así son dichos seres que desaparecen antes de las taras, antes del equilibrio, antes de su propio éxito. No vinieron para traer al mundo la paz, sino la espada.»

¿Se daba cuenta de que él mismo sería uno de ellos? Aparte del iniciador, Mussolini, José Antonio y sus falangistas, Codreanu y sus legionarios, Degrelle y sus rexistas—al que consagró un libro en 1937—, Ante Pavélie y sus ustachas, le parecían los forjadores del orden nuevo :

«Todo esto está basado en una doctrina, y estos espectáculos están ligados a una representación del mundo, a las ideas más firmes sobre el valor de la vida y de la muerte... ¿Sería posible hacernos creer, en verdad, que de ahora en

adelante los grandes sentimientos sean incomprendidos por parte de Francia, que no se pueda enseñarlos de nuevo a la juventud francesa, que no pudiéramos tenerlos nosotros, según nuestro modo de vida?»

A esta pregunta contestó Jacques Doriot el 28 de junio de 1936 al crear su Partido Popular Francés en el mismo lugar donde sufrió el martirio el primer evangelizador de París, San Dionisio. Al grito de: «En avant, Saint-Denis», se produjo un fenómeno nacional de alta síntesis, único desde el reinado de Enrique IV, que de ahora en adelante trascendería la vida del país. Brasillach, sin embargo, y a pesar de la gran simpatía que sintió desde el principio por el ideal doriotista, estaba demasiado ligado a la Acción Francesa para abandonarla. Y desde las columnas del semanario *Je suis partout*, seguía impetuosamente un camino paralelo.

La iniciación de la Cruzada española fué para todos los nacionalistas franceses el principio de una nueva etapa, ya que se dieron cuenta inmediatamente de la significación europea de la gesta antimarxista. Y si bien es verdad que el Gobierno francés del Frente Popular ayudó activamente a los republicanos ibéricos, la oposición intentó por todos los medios contrarrestar esa política. Páginas poco conocidas de nuestra historia, porque de sobra se sabe que la realidad de nuestros días no es lo que sucede, sino lo que transmiten las poderosas agencias de información... Pero para nosotros el 18 de julio fué la chispa que dió cuerpo a la llama comunitaria continental.

En esta lucha a favor del Movimiento nacional español, se distinguieron sobre todo el Partido Popular Francés y la Acción Francesa: en nuestro país, ayuda a los refugiados, oposición a la política gubernamental roja y al envío de las Brigadas Internacionales; en la Península, emisiones en francés de Radio San Sebastián y presencia en el frente de la Legión «Juana de Arco», cuyos voluntarios participaron, entre otros, en el asedio de Teruel y en los combates de la Ciudad Universitaria de Madrid.

En 1938, en Burgos, el Caudillo condecoraba a Jacques Doriot por los servicios prestados, mientras Robert Brasillach, con su cuñado Maurice Bardèche, recorría la zona nacional y escribía dos libros para hacer conocer la verdad del otro lado de los Pirineos: *El sitio del Alcázar e Historia de la guerra de España*.

En 1937 realizó también un corto viaje a Alemania; mas su admiración por el nacionalsocialismo no era sin reserva, como lo expresa en *Cien horas en el país de Hitler*:

«¿Cómo adivinar lo que pasa en los ojos de Hitler? ¿Qué hay en ellos, sino un sueño prodigioso, un amor sin límite, para el Deutschaland, la tierra alemana, lo que existe y lo que se debe edificar todavía? ¿Qué es lo que tenemos de común con esos ojos?»

Se comprende el fascismo italiano, se comprende lo que pueda subsistir inmortal incluso después de la caída del régimen: delante del nacionalsocialismo alemán se queda uno lleno de dudas e inquietudes. Delante de esa construcción de un hombre nuevo, se pregunta uno: ¿Está permitido?»

Entretanto, en Francia se rompían los antiguos moldes políticos y se perfilaban ahora dos campos: los pacifistas, que consideraban una nueva guerra como un suicidio europeo, y en el cual se encontraban no sólo los movimientos nacionalistas revolucionarios, sino también los sindicalistas independientes, los socialistas disidentes como Marcel Déat y no pocos comunistas que seguían abandonando la Sección Francesa e iban a sumarse a las filas doriotistas. Los belicistas formaban una mezcla extraña en que se veían los ultrachauvinistas, los masones, las altas esferas industriales y bancarias anglófilas que deseaban el próximo conflicto por motivos diversos y preparaban el rearme; el Frente Popular y la Confederación General del Trabajo, que deseaban igualmente el próximo conflicto y saboteaban el rearme. Todos, en realidad, hacían el juego de Moscú, pues Kaganovitch había decla-

rado públicamente: «Una nueva guerra entre Alemania y Francia permitiría el triunfo del comunismo en Europa.»

En 1937, Doriot propugnó, para oponerse a esa maniobra, la creación del Frente de la Libertad, que agrupó a todas las fuerzas patrióticas, menos el coronel La Roque, que había reorganizado a sus Cruces de Fuego bajo el nombre de Partido Social Francés y—se supo después—estaba a sueldo del Gobierno. El Frente logró resultados apreciables, aunque no decisivos. La aventura romántica de los «Encapuchados» constituyó un último intento, pero ya no se podía hacer nada para detener la marcha hacia la catástrofe. Venecía el campo belicista. Así lo nota Brasillach en *Nuestra anteguerra*:

«A través de esa Europa empezaba con discursos una guerra religiosa que no iba ya a terminar, y nosotros mirábamos subir las primeras llamas. El universo de papel y de nubes, en el que demasiados franceses habían creído, se había derrumbado definitivamente... Lo que dominaba todo, y hundía todo en una especie de pesadilla angustiada, era la guerra, la guerra que se esperaba, que se sabía inevitable; la guerra para la primavera o para el otoño.»

Y cuando Thorez desertó, después de haber conseguido la meta ordenada por el Kremlin, el 3 de septiembre de 1939, Robert Brasillach y sus camaradas se dirigían hacia el frente para cumplir con sus obligaciones. Al llegar la primavera trágica de 1940, mientras fenecía en la más espantosa derrota la tercera República y se escapaban los gobernantes responsables del conflicto, emprendió el camino del cautiverio hacia Alemania...

Negándose a abandonar su país y su pueblo, el mariscal Pétain se daba a ellos y aceptaba el poder, que nadie ya quería. Y la totalidad de la nación, volviendo a esperar en medio de su calvario, se entregó al viejo jefe pidiéndole los milagros imposibles. Temas peligrosísimos los que vamos a tratar aho-

ra, pero indispensables si se quieren comprender los últimos años de Brasillach. Nuestro mundo actual descansa sobre la mentira, ¡y, ay de los no conformistas! Sin embargo, la resistencia francesa, tal como se la presenta y explica hoy día, es una de esas mentiras, y por no iniciar una polémica inútil, diremos que así lo declara en sus memorias la propia esposa del general inglés Spears, enlace entre De Gaulle y el Gobierno británico. Y añadiremos la curiosa información del ex prefecto de París Taittinger—no desmentida hasta ahora—, según la cual las asociaciones de resistencia de la capital comprendían 500 miembros en 1942, 5.000 en 1944, que se sublevaron contra los alemanes cuando sólo quedaba una retaguardia de 300 soldados, y más de 50.000 en 1947... No, en 1940 no se hablaba de resistencia. Y toda la nación se agrupaba alrededor del mariscal Pétain, entusiasta, esperanzada, empezando por los mismos comunistas y no pocos de los actuales dirigentes de la IV República.

Mas la política indecisa de cierta tendencia de Vichy, el desperdiciar de este momento único, el abandono sin lucha—o, peor aún, con una lucha simbólica—de nuestro imperio, iban a cambiar la situación.. Entre tanto, la guerra internacional seguía su curso. Los aliados transformaban a Francia en un campo de ruinas con sus bombardeos. Los alemanes, cuya ocupación había sido en un principio un modelo de cortesía—¿por qué no decirlo, ya que es la verdad?—, se llevaban a la juventud para trabajar en las fábricas germanas y contestaban a los sabotajes con represalias y ejecuciones de rehenes. Millares de muchachos se negaron a marcharse, y fueron al monte. Así empezó el «Maquis».

Desde Londres se les incitaba a la lucha antinazi, a hacer saltar las vías, quemar las cosechas, asesinar a sus compatriotas. Se les enviaban armas, y los comunistas, ahora fieles demócratas, se unían a ellos con toda la chusma del continente, todos los forajidos escapados de las Policías. A la ola de terror y de saqueos, algunos elementos de Vichy contestaron por el antiterrorismo. Y los jóvenes ansiosos por servir a su pa-

tría, a quienes se presentaban rutas distintas, después de haberse odiado, aprendieron a matarse. Horrible guerra civil que inspiró a Robert Brasillach el poema *Mi país me duele*:

Mi país me dolió por sus caminos de
[masiado llenos,
por sus hijos echados a las águilas san-
[guinarias,
por sus soldados disparando en las vanas
[derrotas,
y por el cielo de junio bajo el sol que-
[mando.

Mi país me dolió durante los años
[sombrios,
por los juramentos prestados que no se
[cumplían,
por su cansancio y por su destino,
y por las cargas pesadas que aplastaban
[sus pasos.

Mi país me dolió por todos sus dobles
[juegos,
por el océano abierto bajo los negros
[barcos cargados,
por sus marinos caídos para apaciguar a
[los dioses,
por sus vínculos cortados por un cincel
[demasiado ligero.

Mi país me dolió por todos sus exi-
[lados,
por sus calabozos demasiado llenos, por
[sus hijos perdidos,
sus prisioneros acorralados entre las
[alambradas,
y todos los que están lejos y que nadie
[conoce ya.

Mi país me dolió por sus ciudades en
[llamas,
me dolió bajo el yugo de sus enemigos y
[bajo el yugo de sus aliados,
mi país me dolió en su cuerpo y en su
[alma,
bajo las argollas de hierro que le su-
[jetaban.

Mi país me dolió por toda su juventud
bajo uniformes extranjeros echada a los
[cuatro vientos,
desperdiciando su sangre joven para
[cumplir promesas
de las cuales los firmantes quedaban des-
[preocupados...

Mi país me dolió por sus fábulas de
[esclavos,
por sus verdugos de ayer y por los de
[hoy.

Mi país me dolió por la sangre que le
[empapa.
Mi país me duele. ¿Cuándo estará cu-
[rado?

Brasillach había sido liberado y volvió a París, donde, al mismo tiempo que ocupaba de nuevo su puesto de redactor-jefe de *Je suis partout*, se ponía al servicio del mariscal. Lo mismo hacían los partidos revolucionarios nacionalistas, cuya colaboración con los ocupantes, sin embargo, sólo se inició el 21 de junio de 1941, cuando empezó la Cruzada antimarxista. Jacques Doriot propuso la creación de una Legión Francesa Antibolchevique y se alistó el primero, marchándose en seguida a Rusia con la bendición de Su Eminencia el Cardenal Baudrillard, su amigo, y las felicitaciones del Jefe del Estado. Poco a poco, en torno a la personalidad del político anticomunista se unían todos los movimientos que formarían al final de 1944 el Comité Francés Antibolchevique bajo la presidencia de Doriot. Robert Brasillach lo comprendió también, y abandonó a Charles Maurras, que parecía ignorar el momento histórico europeo. De 1941 a 1943 dió a través de Francia innumerables conferencias organizadas por los Círculos Populares Franceses, Asociación Cultural del Partido Popular Francés, bajo la presidencia del académico y ministro de Educación Nacional, Abel Bonnard. El 9 de julio de 1943, en la Escuela Superior de Mandos de las Juventudes Populares Francesas, decía:

«Acabo de visitar en su campamento de instrucción y en sus cuarteles a los voluntarios de la Legión Francesa Antibolchevique. Y en cada barracón, en cada tienda, por encima de cada cama, había la foto de un jefe, de su jefe, de vuestro jefe: Jacques Doriot. Y también le he visto a él. Pues allí, en medio de sus hombres, exponiendo su vida tanto y más que ellos, combatiendo al comunismo, está el mismo teniente Doriot...

Mucho escribí yo acerca del fascismo, esta epopeya de nuestro siglo. Nunca he ocultado mi admiración por sus caudillos en cada

país: además de la gran figura de Mussolini, José Antonio en España, Codreanu en Rumania, Degrelle en Bélgica, Ante Pavelic en Croacia, monseñor Hlinka en Eslovaquia, Mussert en los Países Bajos, fundadores de un orden nuevo. Y me preguntaba: «¿Y en Francia?» Tardé demasiado en darme cuenta de que Francia tenía también su jefe desde hace ya mucho tiempo... He conocido a muchos jóvenes, pero nunca me he sentido tan conmovido como hoy, entre vosotros, que aceptáis tratarme como un camarada vuestro y que sois la esperanza de mañana, los futuros cuadros de mandos doriotistas y revolucionarios de Francia.»

Por desgracia, era ya demasiado tarde, y se avecinaba sobre Francia la espantosa «liberación». Tampoco queremos iniciar con este tema una polémica, y sólo citaremos las estadísticas norteamericanas, según las cuales durante ese período fueron asesinados más de 125.000 petainistas, entre los cuales varios centenares de sacerdotes, niños, ancianos y mujeres; en medio de escenas de horror, fueron encarceladas más de 300.000 personas, separados del ejército 28.000 militares, de la administración 300.000 funcionarios y examinados más de un millón de expedientes por depuración... Se ha afirmado que todo esto fué obra de los comunistas sólo; sin embargo, las leyes que permitieron «legalmente» llevar a bien tal exterminio colectivo fueron firmadas por el general De Gaulle, y un ministro de Justicia demócrata cristiano se jactaba en la tribuna del Parlamento, en 1947, de haber superado los resultados de los «Grandes antepasados» de la Revolución de 1789...

Robert Brasillach sabía demasiado lo que iba a suceder; mas tuvo—hay que reconocerlo—un momento de debilidad. Dejó la dirección de *Je suis partout* y no quiso abandonar el suelo nacional. Todavía tenía la esperanza de poder ocultarse durante unos meses para que pasase la ola de terror. Y se equivocó. Pues la Policía comunogaullista, no encontrándole, se llevó rehenes. Encarce-

laron a su madre, a su cuñado, al hermano de éste. Brasillach no pudo resistir más y, voluntariamente, se entregó.

* * *

Al llegar a este último período de la vida de Robert Brasillach, en que se vislumbra ya el perfil siniestro del poste de ejecución, recordamos que el día 9 de este mismo mes de febrero se conmemora también por toda España el Día del Estudiante Caído y el aniversario de la muerte de Matías Montero. En cualquier nación europea hacia donde miremos, en efecto, no vemos más que vacíos en nuestras filas, compañeros muertos que han caído a nuestro lado, hombres y mujeres jóvenes que pagaron con su vida la culpa de haber amado demasiado a sus patrias. Alrededor nuestro no hay más que sangre, cadáveres, dolor. Y en muchos países ni siquiera se nos permite, a nosotros, los escasos supervivientes, llorar a nuestros hermanos desaparecidos y rezar sobre sus tumbas...

Mientras se arrojaba sobre Francia la «liberación» comun - gaullista, Brasillach, detenido primero en el campo de Noisy-le-Sec y después en la cárcel de Fresnes, empezaba su pasión y agonía. Estos cuatro meses de vida entre las paredes de un calabozo van a resplandecer con una plenitud tan intensa que bastarían por sí solos para hacer inmortal el nombre de nuestro amigo. Hasta ahora había sido un católico; ya consigue la intimidad con Nuestro Señor al pasar por las sucesivas etapas que El también tuvo que sufrir. Hasta ahora había sido un militante revolucionario nacional; ya se convierte en un protomártir de nuestra Cruzada del siglo xx. Hasta ahora había sido un escritor superdotado que jugaba a veces con su estilo precioso; ya compone, en el umbral de la muerte, una obra lírica que será considerada en el futuro como uno de los monumentos más emotivos y profundos de nuestras letras. Porque Brasillach, encerrado en su celda, sintiendo acercarse la hora de la verdad última, nos cuenta día por día sus postreros momentos en poemas de una sencillez y una belleza perfectas. Se le ha comparado a

André Chénier; pero es más, mucho más, y en un plan completamente distinto: porque no añade sólo un capítulo magnífico a su obra, sino que forja y deja al mundo un mensaje histórico.

Pero dejémosle hablar a él mismo... Su primer pensamiento, al igual que Santa Juana de Arco, mientras sus enemigos triunfan por todas partes, es poner su confianza en Dios, y así lo expresa en el Salmo I:

*La obra de los malvados es perecedera,
los ídolos de plata que han levantado
se derrumbarán un día en su base de*

*[arena
y la noche caerá sobre sus formas so-
ñadas.*

*¡Oh Señor! Nosotros a quienes han
[recluido tras estas puertas,
nosotros a quienes han encerrado detrás*

*[de estos cerrojos,
nosotros para quienes los soldados de
[estas fuertes murallas*

*hacen en los pasillos retumbar sus botas
[de clavos.
¡Oh Señor! Tú sabes que acostados en*

*[la paja
o en el duro suelo de las prisiones sin
[lumberas,*

*hemos sabido conservar dentro de nos-
[otros, a pesar de todos,
la esperanza sin decaimiento en días más*

*[hermosos.
Hemos juntado las antiguas ternuras,
hemos dibujado en el yeso de las paredes
los mágicos retratos de nuestras santas*

*[juventudes
y nuestros corazones sin remordimiento
[saben que quedan puros.*

*La mocedad se baña fuera en la roja
[sangre,
y el enemigo se imagina ya inmortal;*

*pero sólo él cree aún en la duración de
[su reinado,
y nuestras rejas, Señor, no ocultan el*

[cielo.

Pero en el Salmo IV no olvida, no puede olvidar, las ruinas y las matanzas, toda esa sangre pura y sincera de los jóvenes de su país que se han dividido y enfrentado criminalmente, esa guerra civil que asuela a Francia:

*Señor, he aquí que corre la sangre de
[la Patria;*

oigo el ruido que hace cayendo en la
[tierra,
el ruido apagado, durante cinco años de
[luchas enemigas,
de esas gotas cayendo del cuerpo de tan-
[tos hermanos nuestros.

Señor, he aquí que corre la sangre de
[nuestra raza,
sangre de la lucha guerrera, sangre de
[las guerras civiles,
sangre de los hogares ennegrecidos que
[borra una llama,
sangre de los que se fusilan en los fosos
[de vuestras ciudades.

Señor, he aquí que corre la sangre de
[nuestra tierra.
La sangre que se derrama es siempre una
[sangre pura,
y he la aquí mezclada con la sangre de
[los adversarios,
coagulada s o b r e nuestros pavimentos
[como una dura escarcha.

Señor, he aquí que corre la sangre de
[nuestros muchachos.
Por completo ha cubierto la Patria des-
[trozada.
¿Cuándo veremos brotar, ¡oh momento
[tardío!,

de tanta sangre vertida la mies deseada?
¿Cuándo vendrá por fin la hora de la
unión y de la paz, entre tantos y tantos
hombres de su país? Mas esa unión ¿no
empieza ya en medio de los sufrimien-
tos, entre todos los cautivos del mundo
que han conocido y padecido el mismo
dolor? ¿No podrían hacer en el uni-
verso común concentracionario? Así lo
pide a Dios en el Salmo III:

A mi lado vienen todos los cautivos
[del mundo,
de ese mundo total encerrado con alam-
[bradas,
y pienso en la noche en que sus sombras
[se unen,
en que todos sus desacuerdos parecen
[confundidos.

A mi lado vienen los cautivos de la
[tierra,
los que se han combatido, los que se han
[odiado;
ahora, unidos por la miseria,
y dentro de sus cárceles juntos para
[siempre.

He aquí, reconozco vuestras formas
[distintas,

¡oh hermanos míos! cautivos de los múl-
[tiples calabozos,
vuestrs campos en los pantanos donde
[sopla el viento de arena,
vuestras estrechas celdas con sus nueve
[rejas.

El soldado prisionero contempla su
[sueño
bajo los negros miradores donde vigila
[un guardián gris.
Y desde hace muchos años revive las
[imágenes
de un país confuso, de un hogar pali-
[decido.

Arrastrando fuera del olvido su pena
[sin cara,
aquellos de los cuales nadie no sabe ya
[nada,
los deportados perdidos en las landas
[oscuras
se han alzado en la sombra y me tienden
[la mano.

Los obreros acorralados en el recinto
[de los barracones,
los condenados errantes en las minas de
[sal,
los evadidos furtivos que las Policías
[acosan
saldrán un día del silencio mortal.

Ya no distingúo los rasgos de esos es-
[pectros;
son parecidos, van andando con el mismo
[paso,
la espalda encorvada bajo el mal de ser
[hombre
y fraternalmente me hablan en voz baja.

Señor, he aquí que vienen los cautivos
[de la tierra.
Señor, Tú hiciste los libres horizontes,
pero el hombre sólo ha hecho la prisión
[y la guerra.
Señor, Tú no eres quien hace las pri-
[siones.

Haz que algún día de sus tierras le-
[janas
dejen su horrible tedio los cautivos del
[mundo entero,
haz que dejen allí sus cerrojos y sus ca-
[denas
y que todos los ausentes estén presentes
[entre nosotros.

Sin embargo, el perdón y la caridad
no deben olvidar los crímenes ni los
hombres sin corazón que han juzgado
y condenado a tantos inocentes. Y en
un sobresalto de afán justiciero, fustiga

a los jueces inicuos en el Juicio de los Jueces, del que damos a continuación algunas estrofas:

Los que se ha encerrado en el frío,
[bajo los cerrojos solemnes,
los que se ha vestido con tela gris, los
[que se agarran a las rejas,
los que se echa con la cadena en los pies
[en los calabozos sin lumbreras,
los que se van maniatados, rechazados
[por el alba nueva,
los que caen en la aurora, dislocados en
[su poste,
los que claman un último grito en el mo-
[mento de dejar su pellejo, el
ellos serán algún día, sin embargo, el
[Tribunal de la Justicia Eterna.
Pues antes de juzgar al criminal y al
[inocente,
a los jueces, en primer lugar, habrá que
[reunir,
y saldrán de su tumba, del abismo de los
[siglos, todos juntos,
bajo sus estrellas de militares o su toga
[color de sangre,
los coroneles de nuestros faroles, los fis-
[cales cuya espalda tiembla,
los sacerdotes que, a la faz del cielo, han
[juzgado lo que les daba la gana,
comparecerán a su vez delante del Tri-
[bunal del Juicio...
Pasarán, contestarán delante de los Tri-
[bunales de los últimos días,
aquellos que tanta preocupación tenían
[por conservar su armiño blanco,
y las celdas se abrirán, sin necesidad de
[cerrojo ni llave.
En el Tribunal del Supremo Llamamien-
[to no serán siempre los mismos,
¡oh hermanos de los calabozos helados!
[que estarán al lado de los poderosos.
Los muñecos desarticulados atados al
[poste que se inclina,
se alzarán para oídos, ¡oh jueces que os
[quedabais sordos!,
y los que pasaron sus noches rumiando
[sus sueños trágicos...
los que durante años han perdido su
[sangre y su savia,
verán al Gran Condenado, Rey de los
[condenados de esta tierra,
abrir para jueces y juzgados el tiempo
[del último relevo.

Los que se figuraban a Brasillach como un preso solemne o triste se equivoca-

rían. Pues durante toda su existencia ha sido confiado y alegre, amando la vida y gozando de ella. No cambia a pesar de las rejas. A veces sigue esperando todavía un imposible milagro, pero incluso cuando supo que no había ya salvación humana, siguió alegre y confiado, como lo demuestra este pequeño poema titulado *Joyas*, que escribió una semana antes de su muerte, teniendo ya en los pies las cadenas de los condenados:

*Nunca tuve joyas,
ni sortijas, ni cadenas en las muñecas,
son cosas mal vistas en nuestro país;
pero se me ha puesto una cadena en los*
[pies.

*Se dice que no es vñril,
las joyas están hechas para las chicas;
hoy, ¿cómo ha ocurrido
que se me haya puesto la cadena en los*
[tobillos?

*Hace falta conocer todas las cosas,
ser curioso de lo nuevo:
extraño es el hábito que se me impone
y raro este doble anillo.*

*Fría está la pared, escasa la sopa;
pero yo ando, a fe mía, muy orgulloso,
tintineando como un rey negro,
adornado con sus joyas de hierro.*

El 19 de enero, Brasillach, a pesar de una desesperada defensa, a pesar de los esfuerzos de su abogado, Jacques Isorni —que iba a ser también el del mariscal—, fué condenado a muerte. Esta decisión de un tribunal partidista provocó en todo el país una ola de indignación. Despreciando el peligro que representaba ese gesto, la Academia Francesa, las figuras más relevantes de las artes, de la intelectualidad—muchos de sus enemigos incluso—, intervinieron para conseguir la conmutación de la pena. El general De Gaulle dió su palabra de que la condena no se cumpliría; y al día siguiente denegaba el recurso de casación... Se ha discutido mucho para explicar el porqué de tan repentino cambio por parte suya. Nosotros citaremos sólo un detalle, nada más que un pequeño detalle.

Sabemos que en el expediente que tuvo entre sus manos había dos fotografías. Una representaba a Robert Brasillach charlando amistosamente con Jacques Doriot, este último llevando el uniforme de oficial de la Legión Francesa

Antibolchevique. La otra había sido tomada cuando Brasillach contemplaba las fosas de Katin. De Gaulle miró largo tiempo esas dos fotos y luego denegó el indulto.

Brasillach ya sabe que va a ser fusilado. Durante los últimos días de su agonía, en la espera de la mañana en que se le llevará al poste, escribe su testamento. Ante todo, el político, esta *Carta a un soldado de la quinta del año 60*, dirigida a su sobrino, el pequeño Bardèche, hijo de su hermana, en la que dice:

«Querido muchacho:

En cada renglón que escribo veo la cara de un niño de cuatro años que nació cuando las tropas alemanas desembarcaron en Noruega. Hasta ahora no ha conocido nada de la paz. Ha pasado sus días bajo la ocupación alemana, primero; después, bajo la ocupación americana. Ha bajado en los refugios durante los bombardeos, ha sabido lo que era el ruido de las ametralladoras de aviones. Ignora lo que es un plátano, una naranja, un pastel de chocolate. Ha sufrido el éxodo de 1940 y ha tenido que dejar su casa en 1944. Y cuando se le invita a jugar, a pesar de su carácter alegre, contesta: «No tengo tiempo, pues mi papá está en la cárcel»...

Tendrá veinte años en 1960. No puedo esperar que no conozca el servicio militar con todas sus necesidades. Y el mundo es tan loco que conocerá, sin duda, por añadidura, otras confusiones, tal vez mayores que las nuestras. En aquel momento, lo que yo escribía en Fresnes dieciséis años antes, ¿tendrá algún interés?... No lo sé. Pero pensando en este niño, que será un día soldado de la quinta del 60, es como escribo estas páginas desde una cárcel...

Se va a pedir sin duda contra mí la pena de muerte por relaciones con el enemigo y traición. Debería tener algún remordimiento, o, por lo menos, inquietudes, preguntarme si no me equivoqué...

Tengo que confesar, a mí mismo como a todos los demás, que no tengo ningún remordimiento, ni siquiera inquietudes. Me siento el corazón puro. Y no recuerdo, en esta hora de total sinceridad, haber traicionado jamás a mi país ni intentado de cualquier manera hacerlo...

Pienso que la tarea malograda por la generación de 1918, después por la de 1940, tendremos que volver a hacerla algún día, y que esa tarea sigue siendo la de la reconciliación francoalemana, es decir, la tarea de la paz. Porque creo que eso puede hacerse sin renegar de nosotros mismos, ni de nuestros muertos, ni del mal injusto que nos hemos hecho mutuamente...

El fascismo es la poesía del siglo xx. Me digo que esto no puede morir. Los niños que serán muchachos de veinte años más tarde se enterarán con maravilla de la existencia de esa exaltación de millones de hombres, los campamentos de juventud, la gloria del pasado, los desfiles, las catedrales de luz, los héroes caídos en la lucha, la amistad entre juventudes de todas las naciones despertadas, José Antonio... Todo eso puede ser vencido por el liberalismo aparentemente, por el capitalismo anglosajón, por el marxismo. ¡Eso no morirá!...

El fascismo sigue siendo la verdad más exaltante del siglo xx, lo que le habrá dado su color. Lo que le reprochamos por una preocupación hacia la verdad proviene de insuficiencias nacionales, de condiciones de vida difíciles, de la guerra misma—y las democracias, en ese caso, han cometido los mismos errores—. Pero su color, su grandeza, su fuego maravilloso, eso es lo que le pertenece, es lo que habrá constituido la cuna y la sabiduría de nuestra edad; es, estoy seguro de esto, lo que la juventud, dentro de veinte años, olvidadiza de los errores, mirará con envidia y nostalgia...

Quando leas esta carta te pido
no desprecies las verdades que he-
mos buscado, ni las uniones a que
hemos querido llegar por encima
de todas las desuniones.»

Después, su gran poema *Testamento
de un condenado*:

*En el año treinta y cinco de mi vida,
prisionero como Villon,
encadenado como Cervantes,
condenado como André Chénier,
ante la hora de los destinos,
como otros en otras épocas,
sobre estas hojas mal escritas,
empiezo mi testamento.*

*Por decisión judicial, de mis bienes
[de esta tierra*

se me quiere tomar la herencia.

*Es fácil, yo no tenía
ni tierra ni dinero en mi parte.
Y mis libros y más imágenes
se los puede esparcir a los vientos:
la ternura y el valor
no son objeto de juicio.*

*En primer lugar, mi alma dejo
a Dios, que fué su Creador,
ni santa ni pura, lo sé,
sólo la de un pecador;
puedan decir los santos franceses,
que son los de la confianza,
que nunca le ocurrió
pecar contra la esperanza.*

*¿Qué don ofrecer a mi patria
que me rechazó de ella?*

*Creí haberla servido,
todavía hoy la quiero.
Me ha dado mi país
y la lengua que fué la mía,
no puedo aquí legarle
mas que mi cuerpo en tierra inhumana.*

*Y después, dejo mi amor,
y mi infancia con mi corazón,
el recuerdo de mis primeros días,
el cristal, la más pura felicidad,
¡Ah! Dejo todo cuanto quiero,
el primer beso, la frescura,
dejo en verdad todo mí mismo,
o, si existe, lo mejor.*

*A ti, a la primera imagen,
a la sonrisa por encima de mi cuna,
a la ternura y al valor,
a la magia de los días tan hermosos,
sol incluso en los sollozos,
orgullo en los tiempos peores,
para quien nada cambia de nuevo*

la edad que siempre tiene tu hijo...

*Y vosotros, muchachos de mi país,
he aquí las palabras que decíamos,
nuestros fuegos de campamento en la
[noche,*

*y nuestras tiendas en los bosques.
Lo sabéis mejor que nadie,
quise preservar mi patria
de la sangre vertida, y yo os doy
esa sangre guardada, ¡oh amigos míos!*

*Y para vosotros, los recién llegados,
compañeros de las oscuras jornadas,
o cautivos de los calabozos reclusos,
guardad mis horas de condenación,
guardad el frío, guardad el tedio;
para los que no lo tuvieron ya,
son también tesoros.*

Con vosotros los he conocido...

*Para ellos todos tenían las manos lle-
[nas:*

están vacías ahora.

*De las imágenes más alejadas,
del pasado más conmovedor,
no guardo para llevar
más allá de las tierras humanas,
lejos de los placeres de mis veranos,
de las amistades que fueron mías.*

*Que lo que no se me puede quitar,
el amor y el gusto de la tierra,
el nombre de aquellos con los que so-
[ñaba*

*al corazón de mis noches de miseria,
los años de todas mis dichas,
la confianza de mis hermanos,
y el pensamiento de mi honor
y el rostro de mi madre.*

*En el Salmo VII se entrega en manos
de Dios:*

He pasado esta noche en el Monte de

[los Olivos:

*¿Tan indigno era yo cerca de ti, Señor?
No lo sé, pero la cadena me pesaba en*

*[los pies
y sudaba también, lo mismo que Tú, mi
[sudor.*

No es sin dificultad, lo ves, que se

*[arranca
nuestro corazón de esos bienes a los que*

*[se consagró,
y el ángel viene a cortar más bien que*

*[a desatar
el amarra de ese barco que Tú mismo*

*[habías anudado.
Demasiado conociste Tú esta tierra
[donde estamos,*

*demasiado amaste Tú el aire que respi-
[rábamos,
para no haber padecido lo que padecen
[los hombres
y no haber gemido durante tu Pasión.*

*¡Ah! Si mañana, Señor, del Jardín de
[los Olivos,
pudiese volver hacia el mundo que se ve,
déjame beber aún en las fuentes de agua
[viva
y aleja de mí este cáliz.*

*Pero si necesitas todavía mi espera,
[Señor,
si necesitas el alba oscura y la más dura
[pena,
toma el desgarramiento y toma el dolor,
que tu voluntad sea hecha, y no la mía.*

Y en la noche del 5 al 6 de febrero, escribe sus últimas líneas, *Cara a la muerte*:

«Si hubiese tenido tiempo, sin duda hubiera escrito el relato de los días que he vivido en la celda de los condenados a muerte de Fresnes, bajo este título. Se dice que ni la muerte ni el sol se miran cara a cara. Lo he intentado, sin embargo. No me parezco en nada a un estoico, y es difícil separarse de lo que se quiere. Pero he intentado, sin embargo, no dejar a los que me veían o pensaban en mí una imagen indigna.

Los días, los últimos sobre todo, han sido fructíferos en sumo grado. No tenía ya muchas esperanzas, sobre todo después del día en que me enteré de la denegación de mi recurso de casación, denegación, sin embargo, prevista. Terminé un pequeño trabajo sobre Chénier que había empezado, escribí aún algunos poemas. Una de las noches fué mala, y por la mañana esperaba el final.

Pero durante las demás noches, después, dormí con calma. Las tres últimas noches volví a leer el relato de la Pasión, cada vez en cada uno de los cuatro Evangelios.

Rezaban mucho, siendo la oración, lo sé, lo que me daba un sueño apacible. Por la mañana, el capellán venía a traerme la comunión. Pensaba con amor en todos los que quería, en todos los que había encontrado en mi vida. Pensaba con dolor en su dolor. Pero intentaba cuando más posible «aceptar».

En el alba del 6 de febrero de 1945 se fusilaba a Robert Brasillach en el fuerte de Montrouge...

Aquí deberíamos terminar nuestro relato, pero no podemos, no debemos. Pues sería traicionar su memoria y la de nuestros muertos. A pesar de todas las persecuciones, nosotros, el puñado de supervivientes de esta epopeya y de esta hecatombe de la juventud francesa, al igual que nuestros camaradas de las demás naciones europeas, seguimos creyendo y esperando. Seguimos creyendo y esperando, porque sabemos que con doce balas se puede matar al cuerpo, mas no al alma. Porque sabemos que con doce balas se puede interrumpir el latir de un corazón, mas no la perduración de un mensaje, ni de un ideal. Porque sabemos que con doce balas, y campos de concentración, y bombas atómicas, se puede diezmarlos, esclavizarlos y asolar nuestras ciudades, mas no hacer desaparecer nunca las montañas y las llanuras de nuestras tierras, ni los bosques y los campos de nuestras patrias, ni el cielo azul de nuestra Europa en que continuará alzándose siempre la Cruz que saludamos, única esperanza.

CUADERNOS
HISPANO-
AMERICANOS

FUNDADOR
PEDRO LAIN ENTRALGO

SUBDIRECTOR
LUIS ROSALES

SECRETARIO
ENRIQUE CASAMAYOR



DIRECCIÓN Y SECRETARÍA
LITERARIA

Avda. de los Reyes Católicos,
Instituto de Cultura Hispánica
Teléf. 24 87 91

ADMINISTRACIÓN
Alcalá Galiano, 4
M A D R I D



En el próximo número publicare-
mos una monografía dedicada al
estudio de la vida y obra de

RAMIRO DE MAEZTU

Colaboran: Manuel Aznar, Er-
nesto Giménez Caballero, Gon-
zalo Fernández de la Mora, Ma-
nuel Fraga Iribarne, Dionisio
Gamallo Fierros, Alfonso García
Valdecasas, Ernesto La Orden,
Ledesma Miranda, José Félix de
Lequerica, marqués de Quinta-
nar, José Pemartín, Enrique
Tierno Galván, etc.



Precio del número 32
QUINCE PESETAS

